

PADRECITO STALIN, NO VUELVAS

**Annie Kriegel- Paco Ignacio Taibo II- Ernst Fisher-
Isaac Deutscher- Víctor Serge- Howard Fast-
León Trotski**

Antologador: Paco Ignacio Taibo II

© Annie Kriegel, Paco Ignacio Taibo II, Ernst Fisher, Isaac Deutscher,
Víctor Serge, Howard Fast, León Trotski.

Esta es una publicación de la Rosa Luxemburg Stiftung y
Para Leer en Libertad A.C.

www.rosalux.org.mx
brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Jorge Belamino Fernández y Alicia Rodríguez.
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

Introducción

Cuando colapsó la Unión Soviética en 1991, los apologistas del capitalismo celebraron y declararon el “fin de la historia” a raíz de la “victoria final del mercado”. No obstante en los últimos años la historia de las luchas sociales y el debate en torno al socialismo del siglo XXI demuestran lo contrario. Pero ¿qué significa el fin de la Unión Soviética y de los Estados del socialismo real en la última década del siglo pasado? Sin lugar a dudas la izquierda política tiene que aprender de los errores históricos cometidos y asumir las consecuencias en aras de la creación de un nuevo modelo de sociedad.

Con todo y que Rosa Luxemburg abrazaba con fervor la causa de la Revolución Rusa de 1917, poco antes de morir asesinada por fascistas alemanes en 1919 confrontaba a Lenin con cuestionamientos fundamentales. El joven Estado revolucionario implantó, bajo la presión de la guerra civil y la intervención de los ejércitos imperialistas, una estructura estatal llamada “comunismo de guerra”, lo que implicaba limitar los derechos democráticos.

Desde el punto de vista de Rosa Luxemburg ese proceso entrañaba tendencias peligrosas que se contraponían a la emancipación de la clase trabajadora. La revolución venció a sus enemigos en 1921, pero entre los ocho millones de víctimas se encontraban muchos de sus precursores y defensores más brillantes. La escasez de casi todo lo que reinaba en esos años favoreció el ascenso de una nueva casta burócrata, personificada en la figura de Josef Stalin, quien eliminaba con extrema brutalidad a todas las personas cuyas acciones y pensamientos se apartaban de la línea oficial.

A partir de entonces, más revolucionarios conscientes se opusieron a esa tendencia; entre ellos Lenin y Trotsky. Pero ya era demasiado tarde: Lenin falleció en 1924, Trotsky fue destituido de sus cargos en el gobierno (1925) y en el partido (1927) hasta exiliarse en 1929 en México, donde fue asesinado en 1940. Su oposición desde la izquierda quedó aislada y nunca represen-

tó un serio peligro para Stalin, quien pudo moldear a la Unión Soviética hasta su muerte en 1953.

Si bien en la historia de la Unión Soviética destacan muchos logros sociales y políticos notables, ninguno de ellos debe encubrir el lado contrario: el sistema estalinista es responsable de que millones de disidentes —supuestos o reales— hayan sido encarcelados o asesinados. Después de todo es el mismo sistema el que provocó su propia derrota, al igual que el gran retroceso que sufrió el movimiento socialista mundial a finales del siglo XX.

Es importante subrayar que el término “estalinismo” no sólo significa el régimen atroz de un hombre terrible, sino también un sistema político que proveyó de privilegios a los funcionarios, reprimió la crítica y a las personas críticas y, dirigido por un mando de arriba hacia abajo, impidió los debates libres en los que todas y todos gozaron del derecho de expresión.

El estalinismo es un sistema que, en lo esencial, continuó así todo eso incluso después de la muerte de Stalin; aunque con distintos matices. Las y los ideólogos burgueses suelen confundir este sistema por razones propagandísticas con los fines genuinos del movimiento marxista; no obstante, esa mentira ha contribuido al escepticismo y la distancia que prevalece en muchos movimientos populares en lo que se refiere a las ideas del marxismo.

Esta publicación presenta textos escritos por luchadores con conciencia de clase en contra del estalinismo en el siglo XX. La intención es que sirva como aporte para promover un debate necesario en la lucha por sociedades emancipadas, socialistas y democráticas, única manera de romper inevitablemente con el estalinismo como sistema.

Torge Löding
Director de la Oficina Regional
de la Rosa-Luxemburg-Stiftung en México

Ciudad de México, agosto de 2013.

Nota

¿Por qué poner en circulación hoy en día y en México estos textos sobre el estalinismo? Suena como traer a los nuevos debates a los dinosaurios de la izquierda y sus viejos problemas y reflexiones. Nada más lejos de la realidad. Una nueva izquierda está surgiendo en nuestro país de los movimientos estudiantiles, de la confrontación contra el PRI en la última campaña electoral, de la resistencia obrera y los movimientos magisteriales, de los pequeños grupos radicales y el surgimiento nacional de Morena. Somos un movimiento con poco pasado, con una amplia experiencia en estos últimos 50 años de resistencia, pero con pocos nexos con la historia común de la izquierda en el siglo XX. Bueno y afortunado porque el peso de las losas del pensamiento doctrinario no destruye nuestras espaldas, malo porque de vez en cuando los sentimientos de orfandad están ligados al desconocimiento o a la desinformación.

Hace un par de años discutía en una conferencia con un joven en una ENEP sobre una de mis frases: “Stalin ordenó matar más comunistas polacos que Hitler”. La frase le parecía una falacia surgida del *Reader Digest* de los cincuenta. Por más que traté de ofrecerle información, se bloqueaba y cuando lo tenía arrinconado dijo: “No los mandó matar, los ajustició”. No me dejó otra que decirle que el Padrecito Stalin se lo hubiera fumigado a él sin que se le moviera un pelo del bigote. Al final el debate en corto resultó inútil porque el compita era un infiltrado de Antorcha Campesina. Sin embargo las dudas que esta conversación produjo me han perseguido.

Discutir el estalinismo es poner a debate el concepto de Partido Único, la condición de la vanguardia, la contrarrevolución dentro de la revolución, el burocratismo, la substitución del debate por la represión. Es permitirnos tomar distancia respecto al “todo se vale”, a la idea de que se puede construir socialismo sin democracia popular, al camino único, al jesuítico “el fin justifica los medios”.

El sentido de esta antología es abrir una puerta a las lecturas y el debate. Ofrecerla al lector es partir de la carencia de que unos pocos

textos pueden dejar claro un periodo tan complejo de la historia del socialismo. Sea pues una introducción que no busca unanimidades sino sugerencias.

Leyendo a Michel Reiman y a Jacques Baynac, queda claro que Stalin aliado con Bujarin (al que luego también purgaría) pudo avanzar en construir una dictadura unipersonal destruyendo a la oposición de izquierda en la Unión Soviética, porque previamente el partido de Lenin había purgado a anarquistas, mencheviques internacionalistas, eseristas de izquierda y levantado la “dictadura del proletariado” sobre el terror. Ese nuevo debate sólo está sugerido en estas páginas.

Dos aclaraciones: el uso frecuente en el debate político de la época del término Termidor (o Thermidor), aplicado a la contrarrevolución dentro de la revolución francesa y el singular uso de la palabra burocracia para definir a una nueva clase social emergente han sido comunes en el siglo XX, pero resultan extraños al lector de hoy.

Los textos fueron tomados de: Annie Kriegel, *Los grandes procesos en los sistemas comunistas*, Alianza Editorial; Ernst Fisher; *Recuerdos y reflexiones*, Siglo XXI, Howard Fast, *El dios desnudo*, Siglo XXI editores; Capítulo XVIII, Paco Ignacio Taibo II, *Arcángeles*, Planeta, León Trotski; *Los crímenes de Stalin*, Juan Pablos; Víctor Serge, *De Lenin a Stalin*; Isaac Deutscher; *Ironías de la historia*. (El texto de Trotski es de 1936, el de Serge del 37; el de Fast posterior al levantamiento de Hungría).

PIT II

Una etiqueta esotérica

Annie Kriegel

No nos engañemos: seguimos tan impotentes como antes para dar cuenta cabal de las aberraciones más desconcertantes de nuestro siglo. Cualquiera que sea el lenguaje utilizado y la forma de abordar el tema, por metódico, progresivo, penetrante que sea el análisis, siempre subsiste como un núcleo infrangible, portador de un algo esencial que constituye un reto a la inteligencia: para explicar el hecho de que Hitler experimentara el deseo de quemar a seis millones de judíos, de que Stalin sintiera la necesidad de encerrar en campos —entre 1936 y 1953— a unos ocho millones de personas en promedio, provocando en menos de un cuarto de siglo la muerte de entre doce y veinte millones de hombres y mujeres; hay todo tipo de teorías, pacientemente enumeradas. Sin embargo, todas se esfuman como gases demasiado volátiles cuando queremos, finalmente, establecer un esquema definitivo de interpretación.

Ahora bien, al verse embargados por un legítimo desaliento, los escrupulosos dejan el campo libre a los desvergonzados, que con descaro se apresuran a trivializar el escándalo disimulándolo bajo una etiqueta esotérica; por ejemplo, el culto a la personalidad.

Más vale hacerlo demasiado pronto. Imágenes para un programa de televisión que nunca fue realizado sobre el suicidio de Adolf Abrámovich Joffe.

Paco Ignacio Taibo II

1. Todo es de un blanco intenso y violento. Hay nieve cubriendo la calle. Está sucia. Los hombres golpean las botas contra el suelo para calentarse. Entramos al edificio del Comisariado de Asuntos Extranjeros. Nos abrimos paso a través de una pequeña multitud que bloquea las escaleras, los pasillos. Algunos rostros resultarán vagamente conocidos para el que haya visto fotos de personajes clave de la Revolución soviética; pero esos rostros sólo serán registrados al paso: tensos, ensimismados. Tal vez algunos conversan entre sí; otros fuman solitarios: allí estarán Trotski, Rádek, Rakovski, Víctor Serge, Smírnov, Sapronov.

Nuestra mirada y las suyas se cruzan a veces. Desaire, abstracción, pequeños bichitos les roen las entrañas. Algunos rumores llegan hasta nosotros. Al final de un largo pasillo, también saturado de individuos, se encuentra un ataúd negro colocado sobre una gran mesa.

Es un incómodo personaje más en la historia, centro de ella, incluso. Por eso las miradas van y vuelven a este féretro solitario.

Alguien, en medio de los rumores, dice con claridad: «El Comité Central fijó para las dos de la tarde la salida del cortejo». Alguien responde con voz airada: «No marcharemos mientras no lleguen los trabajadores, la salida de las fábricas es mucho más tarde».

Una luz mortecina entra por la ventana iluminando apenas el ataúd.

Alguien debería decir que estamos en noviembre de 1927. Como no encuentro manera de introducir indirectamente esta información me veré obligado a superponer un letrero sobre la imagen del féretro solitario donde se lea: 18 de noviembre de 1927.

Un hombre arroja una colilla al suelo y la pisa. Un nuevo grupo se acerca a los que discuten en las proximidades del ataúd; tienen noticias.

2. Suena un disparo. Sobre la almohada cae lentamente, muy lentamente, la cabeza de Adolf Abrámovich Joffe. Desfigurado por la muerte, los lentes ladeándose, la sangre brotando de la herida en la sien. Sangre que va manchando lentamente la almohada. Sobre la imagen nuevamente el recurso del letrero que dice, “16 de noviembre de 1927” y que nos permite relacionar esta muerte sucedida dos días antes, con el féretro.

3. El hombre nos mira, parece no tener prisa, parece esperar una señal que no llega. Lo hemos visto morir hace unos segundos, bizquea, tiene una potente barba rizada. Finalmente nos cuenta, en un tono de voz un tanto monótono, casi sin distracciones, a una cámara fijada en el trípode que no vacila ni busca el contexto, tan sólo el rostro y las palabras, que al ser dichas en ruso, obligan a unos subtítulos que las traduzcan; nada de música ni tonterías, nada que distraiga ni enfatice la historia sin adornos:

«Me llamo Adolf. Nací el 10 de octubre de 1883 en Simferópol Crimea, hijo de mercaderes ricos. Estaba aún en el instituto cuando en los últimos años del siglo se desarrolló en Rusia el movimiento obrero, manifestándose particularmente en la or-

Padrecito Stalin, no vuelvas ganización de huelgas, con lo que comenzaron las famosas persecuciones de estudiantes. Entré entonces en el movimiento revolucionario y me adherí al Partido Obrero Socialdemócrata ruso. Por eso, al salir del colegio en 1903, estaba considerado como políticamente sospechoso y ya no pude entrar en ninguna universidad rusa. Partí para Berlín...»

4. Exterior del Comisariado de Asuntos Extranjeros. Sobre la nieve, invadiendo la calle, comienza a formarse un grupo. Muchos hombres y mujeres van saliendo del edificio. Muchos más se acercan y confluyen en el centro de la calle. Un hombre saca una bandera roja del interior del abrigo. Otro ata las cintas de la bandera a un largo palo. Trotski, que va adquiriendo el centro que las miradas de otros le otorgan, se sube el cuello del delgado abrigo negro. Lleva además un gorro de piel. El ataúd sale del ministerio en hombros de cuatro personas. Al menos un par de millares de hombres y mujeres se han concentrado en la calle. En medio de una luz grisácea y la blancura de la nieve, el ataúd se abre paso entre ellos, como si flotara.

En las primeras filas de la columna que se organiza esta Kristián Rakovski, calvo, de rasgos muy marcados, transmitiendo tensiones; a su lado contrasta Iván Nikitich Smírnov, flaco, rubio, desgarrado. Un grupo de militantes georgianos, de abrigos azules, los flanquea. El ataúd pasa ante ellos. Rostros graves, una cierta tensión, incomodidad, frío, rabia contenida. Rakovski nos mira directamente. Tiene 54 años. Una mano anónima le pasa un micrófono. Nos habla:

«Soy Kristián Rakovski. Hace dos días los camaradas Trotski y Zinóviev fueron expulsados del partido. Yo mismo, Kámenev, Smilgá y varios más lo fuimos del Comité Central. Centenares de militantes más lo fueron de sus organizaciones

de base. El suicidio de Joffe es una forma de protesta contra la manera como se pisotea la democracia bolchevique (...) Algunas funciones desempeñadas antes por el partido en su conjunto, por la clase en su conjunto, se han convertido ahora en atribuciones del poder, es decir, de tan sólo un cierto número de personas de ese partido y de esa clase (...) Nos encontramos ante los peligros profesionales del poder... No exagero al decir que el militante de 1917 difícilmente se reconocería en el militante de 1927. Se ha producido un cambio profundo en la anatomía y la fisiología de la clase obrera».

5. La cámara gira velozmente. Se pierde en un abeto nevado, retoma ante el rostro compungido de Víctor Serge que dice: «Tenía un rostro de asirio barbado, de labios poderosos, de mirada desarmante a causa de un duro estrabismo».

6. Joffe se encuentra sentado ante un escritorio. Está en pijama, lleva una bufanda, se mueve con dificultad, escribe. Su despacho está integrado por una gran mesa sobre la que hay un cuadro de Lenin, estanterías, una cama en una esquina y cerca de la ventana.

Una mano anónima le tiende un micrófono. Nos mira sorprendido, nos lee la carta que ha estado escribiendo. Hay una cierta melancolía en su tono:

«Siempre he creído que el político debe saber retirarse a su debido tiempo, como el actor que abandona la escena, y que más vale hacerlo demasiado pronto que demasiado tarde».

Se detiene, enciende un cigarrillo; la mano le tiembla.

«Hace más de 30 años me adhería la teoría de que la vida humana solamente tiene sentido en la medida en que se vive y en tanto se viva al servicio de algo infinito. Para nosotros la humanidad es infinita... En esto, y sólo en esto, he visto el sen-

Padrecito Stalin, no vuelvas tido de la vida (...) Creo poder afirmar que ni un solo día de mi vida ha carecido de sentido (...) Pero ahora parece ser que llega el momento en que mi vida pierde todo su valor, y por consiguiente, me considero obligado a abandonarla, a ponerle fin... El año pasado, como usted sabe, el Politburó me eliminó por completo, como opositorista, de toda labor política. Mi salud ha seguido empeorando...»

Joffe se levanta. Titubea al moverse como si no controlara sus movimientos. Se lleva las manos a la sien como si le doliera. Va hacia la ventana, un farol hiere suavemente las sombras. Al acompañarlo en sus pasos no hemos podido dejar de ver la pistola sobre la mesa en la que ha estado escribiendo. Es un pequeño revólver Browning de seis tiros.

7. Son las cuatro de la tarde. Sobre la nieve avanza el cortejo. Deben de ser unas tres mil personas, hay algunas banderas rojas desplegadas. La comitiva desciende por el Gran Teatro y toma la Calle Kropotkin. Se van uniendo trabajadores. Con gravedad, los hombres de la cabeza de la columna comienzan a entonar *La Internacional*.

Serge nos lo describe mientras camina reiterando en cierta manera lo visto: «Es un cortejo gris y pobre, sin aparato, pero cuya alma está tensa y cuyos cantos tienen una resonancia de desafío».

La multitud se desvanece por un efecto fotográfico, nos quedamos con los ecos de *La Internacional*.

8. Joffe cuenta su biografía en plano americano, apenas si gesticula, sólo fuma: «En 1904, por mandato del Comité Central del Partido Obrero Socialdemócrata ruso, partí para Bakú, llevando las publicaciones ilegales del partido a fin de hacer un trabajo de propagandista.

En Bakú milité en la organización bolchevique, pero en el curso de ese mismo año, para evitar la detención, tuve que dejar el Cáucaso por Moscú a fin de efectuar las mismas tareas. En esta ciudad me vi muy pronto amenazado de detención y hube de partir a esconderme en el extranjero, donde permanecí hasta los acontecimientos de 1905. Regresé inmediatamente a Rusia y participé en la revolución en diferentes ciudades, primero en el norte del país y luego en el sur. En el momento de la rebelión del acorazado *Potemkín* me encontraba en Crimea y organicé en seguida la evasión de K. Feldman, uno de los dirigentes del motín, de la prisión militar de Sebastopol. Después de eso tuve que refugiarme de nuevo en el extranjero. En Berlín, tras el Congreso de unificación del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia de Estocolmo, se me nombró como uno de los cuatro miembros del primer buró en el extranjero del Comité Central.

«En mayo de 1906, por decreto del canciller del imperio alemán, Von Bülow, fui expulsado de Alemania como *extranjero indeseable* y partí de nuevo para Moscú, donde fui perseguido por la policía y me vi de nuevo obligado a refugiarme en el extranjero. Partí para Zúrich...»

9. La comitiva se acerca al cementerio del monasterio de Novodevichy. En estos momentos rebasa los seis mil hombres y mujeres. Ante el cementerio, una valla de policías y grupos de la policía política, la GPU, bloquean la entrada. Tratarán de impedir con empujones que filmemos.

Sapronov, 40 años, pelo largo y blanco al viento, recorre las filas: «Calma, camaradas, no nos dejemos provocar. Romperemos la barrera».

Un grupo de policías se adelanta a conferenciar con los hombres que encabezan la comitiva.

La gente se revuelve inquieta en sus lugares.

Un policía dice: «Tenemos instrucciones de que sólo pasen al cementerio veinte personas».

Trotsky responde airado: «Entonces tampoco pasará el féretro y los discursos se pronunciarán en la calzada».

Un funcionario del Comité Central se acerca. Ignorándolo, Trotsky, Smírnov y Rakovski se reintegran a la cabeza de la manifestación que inmediatamente avanza hacia la reja. Cuando parece inevitable el choque, la policía, tras un titubeo, abre sus filas. La manifestación penetra en el cementerio, el ataúd flotando sobre la multitud, rodeado por las banderas. No hay sonrisas ni gestos de victoria tras este triste triunfo.

Una mano detiene a Trotsky que pasa ante nosotros, otra mano anónima le tiende el micrófono. Habla mientras contempla el paso de los manifestantes que desfilan.

«Nos habéis expulsado del Comité Central y del partido, y hemos de reconocer que este paso está de completo acuerdo con la política actual en la presente fase de su desarrollo, o mejor dicho de su degeneración. Este grupo gobernante que está expulsando del partido a centenares y miles de sus mejores miembros, a los más fieles bolcheviques; esta camarilla de burócratas que se atreve a expulsar a bolcheviques como Mrashkovski, Serebriakov, Preobrazhenski, Sharov y Sarkis; camaradas que se bastarían por sí solos para crear un secretariado del partido infinitamente más capacitado y solvente, más leninista que nuestro secretariado actual; esta camarilla Stalin-Bujarin que ha encerrado en las prisiones más herméticas de la GPU a hombres abnegados y admirables como Netchaev, Shtilkold, Vasilev, Schmidt, Fischelev y otros muchos, este grupo de funcionarios que retienen su puesto en la cima del partido por la violencia y la estrangulación de las ideas... »

Ha iniciado su intervención frío, apacible, incluso con una media sonrisa que de vez en cuando interrumpe un gesto amargo; pero se ha ido transfigurando, de sus ojos salen chispas, la voz raspa y hiere, el pelo se levanta por el viento que sopla. A su espalda pasan silenciosos los manifestantes hacia el interior del cementerio, pero sus pasos, marcados con fuerza, hacen temblar levemente la cámara.

«Estos métodos fascistas no son otra cosa que la ejecución inconsciente y ciega de los designios de otras clases. El fin que se persigue es suprimir a la oposición y destruirla físicamente. Ya hay voces preparadas para gritar: Expulsemos a mil y fusilemos a un centenar para que reine la paz en el partido. Estas voces proceden de hombres aterrados y dignos de lástima, aunque también diabólicamente ciegos. Es la voz de Thermidor. Los peores elementos, corrompidos por el poder, cegados por el odio burocrático, están preparando el Thermidor con todas sus energías...»

10. De nuevo en el despacho de Joffé. Sigue escribiendo la carta de despedida. Parece ignorarnos. Al terminar de escribir firma y se pone de pie; tiene que apoyarse en la silla. Camina hacia la ventana. Aparece un micrófono ofrecido por una mano anónima. Toma la carta que ha terminado de escribir y la lee a la cámara, como pidiendo perdón por su torpeza. Nosotros nos sentimos incómodos por haber violado la intimidad, quizá también los espectadores; él, al parecer, está más allá de todo esto.

«Hacia el 20 de septiembre, la Comisión Médica del Comité Central me sometió a un reconocimiento de especialistas, los cuales me informaron categóricamente de que mi estado de salud era mucho peor de lo que yo me imaginaba y

Padrecito Stalin, no vuelvas que no debía permanecer un día más en Moscú sin hacer nada, ni continuar una hora más sin tratamiento, sino que debería marcharme inmediatamente al extranjero e ingresar en un sanatorio adecuado.

«Durante el espacio de dos meses, la Comisión Médica del Comité Central no hizo ninguna gestión conducente a mi viaje al extranjero o para mi tratamiento aquí. Al contrario, la farmacia del Kremlin, que siempre me había facilitado los medicamentos por prescripción facultativa, recibió la orden de no hacerlo.

«Parece que esto acaeció cuando el grupo gobernante empezó a ensayar con los camaradas de la oposición su política de *herir a la oposición en el vientre*.

«Desde hace nueve días tengo que guardar cama definitivamente a causa de la agudización y el agravamiento de todas mis dolencias crónicas y en particular de la más terrible, mi inveterada polineuritis, que ha vuelto a agudizarse, obligándome a sufrir dolores insoportables e impidiéndome incluso andar. Durante estos nueve días he permanecido sin ningún tratamiento y la cuestión de mi viaje al extranjero no ha sido decidida.

«Por la tarde, el médico del Comité Central, camarada Potemkin, le ha notificado a mi esposa que la Comisión Médica del CC había decidido no enviarme al extranjero. El motivo era que los especialistas insistían en un prolongado tratamiento y que el CC sólo concedería para mi curación mil dólares como máximo.

«Por esa razón digo que ha llegado el momento en que es necesario poner término a esta vida. Bien sé que la opinión predominante del partido es contraria al suicidio; pero creo que

nadie que comprenda mi situación puede censurarme por ello. Si me encontrara en buen estado de salud, tendría fuerzas; pero en el estado en que me encuentro no puedo tolerar una situación en que el partido presta su mudo consentimiento a la exclusión de usted de sus filas. En este sentido, mi muerte es una protesta contra los que han conducido al partido a tal situación que no puede reaccionar de ningún modo contra el oprobio.»

Deja de leer. Arroja la carta sobre la mesa. Camina de nuevo a la ventana. Vuelve al escritorio. Suena el teléfono.

11. Es el otro Joffe, aquel vestido de negro que nos cuenta su biografía, en un tono monorrítmico, casi sin darle importancia a las historias que va engranando:

«En 1907, dejé Suiza para regresar a Rusia, pero en 1908 me vi obligado a retornar al extranjero. Me instalé en Viena, donde, con Trotski, comencé la publicación de *Pravda*. Comisionado por la redacción de este periódico, recorrí todas las organizaciones del partido en Rusia. Repetí esta operación en 1911 y 1912.

«Durante mi estadía en Odessa, en 1912, fui detenido al mismo tiempo que toda la organización local del partido.

«No habiendo pruebas para condenarme, después de diez meses de prisión fui deportado al extremo norte de la gobernación de Tobolsk, en Siberia.

«Fui detenido de nuevo en 1913 en Siberia y procesado por el asunto de la unión de marinos del Mar Negro. Ante el tribunal reconocí mi afiliación al partido y se me condenó a la privación de mis derechos civiles y a la deportación de por vida a Siberia (...) Fui incorporado a un batallón disciplinario y sometido a un régimen de trabajos forzados.

«En 1916 se me juzgó por segunda vez y fui condenado de nuevo a la deportación en una colonia de Siberia. Ahí

Padrecito Stalin, no vuelvas
continué colaborando con diferentes órganos ilegales. Cuando
llegaron a mí los rumores de la revolución, dejé las minas y,
tras una breve estancia en Kansk para organizar allí las activi-
dades revolucionarias, salí para Petrogrado.»

12. En el interior del cementerio, el ataúd es transporta-
do de mano en mano, vuela, se eleva, desciende, se ladea, parece
repentinamente estar dotado de vida, llega hasta la fosa abierta.
El funcionario del CC al que hemos visto antes negociando la
entrada de la manifestación intenta tomar la palabra subido en
una pequeña loma. Abucheos, gritos de «¡Que se calle!».

Sobre el féretro alguien ha arrojado una bandera roja.
Rakovski desplaza al burócrata a un lado y toma la palabra:

“Esta bandera la seguiremos como tú hasta el final lo
juramos sobre la tumba”.

Su voz domina la multitud.

Ha pronunciado las palabras de dos en dos, con pau-
sas, sin prisa, con un dramatismo que de alguna manera elude
el drama. La nieve que sus frases han agitado en la rama de un
árbol cae lentamente sobre su cabeza.

13. Joffe, en su despacho, dice al teléfono:

«Lev Davidovich, quisiera que pasaras a verme...»

Escucha la respuesta, cuelga. Tiene la mirada turbia.
Camina hasta la cama, se recuesta. Está amaneciendo.

14. Retomamos a la visión previa de Joffe contando su
vida. A mitad de la narración una mano anónima entrará en
cuadro y le pasará un vaso de agua, no sabrá qué hacer con él,
beberá finalmente produciendo una pausa. Dirá al principio:

«Con Trotski y otros camaradas publiqué el periódico
Vperiod. Luego representé sucesivamente a los bolcheviques
en la Duma municipal de Petrogrado, en el Comité Ejecutivo

Central de los soviets de Rusia (...) En el VI Congreso del partido (julio de 1917) fui elegido miembro del CC del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (bolchevique). En el momento de la Revolución de Octubre era presidente del comité militar revolucionario...

«Fui enviado a Brest- Litovsk, como presidente de la delegación rusa de paz. Pero tras el ultimátum alemán me negué a firmar el tratado, declarando que no se trataba de un convenio de paz, sino de una paz impuesta...

«Fui comisario de Relaciones Exteriores y de Seguridad Social, siendo luego enviado como embajador a Berlín...

«Tomé parte activa en los preparativos de la revolución alemana y, tres días antes de la insurrección del 3 de noviembre de 1918, se me expulsó de Alemania con toda la embajada.»

15. Es de día en el pequeño despacho de Joffe. Continúa tendido en la estrecha cama, con el cuerpo estirado, las manos a los costados, tocándose las costuras del pantalón del pijama. Su mujer, María, habla con él. La reacción de Joffe sólo podrá medirse por los dientes que se clavan en su labio inferior. Sobre el escritorio reposa la carta que escribió durante la noche. María dice:

«Me respondieron que una estancia breve en el extranjero sería completamente inútil. Me dijeron que la Comisión Médica había decidido trasladarte de inmediato al hospital del Kremlin, aunque reconocen que no tienen los recursos y que no servirá de nada».

16. Tomamos el último fragmento de su narración biográfica. Enumerará fríamente los países y las ciudades, como quien repasa una lección geográfica. Nosotros subrayaremos eso recortando el final de algunas de sus frases, haciendo síntesis, elipsis.

Padrecito Stalin, no vuelvas

«Fui enviado a Lituania para contribuir a organizar el trabajo del partido...

«Al poco tiempo me enviaron a Ucrania...

«Fui enviado a Turquestán como presidente de la comisión...

«Fui enviado a Génova como miembro del Presidium de la delegación Soviética.

«Me enviaron al Extremo Oriente como embajador extraordinario en China.

«En 1924 caí gravemente enfermo. Una vez restablecido, fui a Londres.

«A continuación me nombraron representante plenipotenciario en Viena...»

17. Cementerio. Trotski ocupa el lugar de Rádek. Su voz recorre la multitud; tiene una cualidad eléctrica. En el fondo se siente culpable porque a su vez culpa a Joffe de cobardía, de abandono, y esto lo enfurece:

«Joffe nos dejó no porque no deseara luchar, sino porque ya carecía de la fuerza física necesaria para la lucha. Temió convertirse en una carga para quienes están enfrascados en el combate. Su vida, no su suicidio, debe servir de modelo a quienes quedan tras él. La lucha continúa. ¡Que todos permanezcan en su puesto! ¡Que nadie lo abandone!»

18. Joffe se levanta de la cama. Camina hasta el escritorio. Se sienta y escribe al final de la carta una posdata. Cierra el sobre. Rotula en el exterior: Lev Davidovich Trotski. Lo deposita sobre la mesa. Saca del cajón del escritorio un revólver. Lo lleva en la mano. Es el pequeño Browning que hemos visto antes. Se acerca al lecho y se acuesta en la misma posición en la que se encontraba. El revólver descansa a su lado, asido firmemente por una mano crispada.

19. La multitud se desplaza hacia Trotski y cierra filas en torno a él. Algunos aplauden. Grupos de jóvenes hacen una valla para permitir su salida del cementerio. Antes de empezar a caminar, Trotski duda y retorna para quedarse mirando la tumba abierta de Joffe.

20. Joffe se lleva el revólver a la sien, alza ligeramente la cabeza de la almohada en una posición forzada, dispara. La sangre brota de la herida, la cabeza cae y reposa en la almohada. Sobre su rostro, mientras la sangre va manchando de rojo las sábanas, aparece una fecha en superposición: 16 de noviembre de 1927.

21. La casa de Beloborodov está inusualmente iluminada. Trotski vive allí y se encuentra reunido en la cocina con un grupo de seis jóvenes obreros. Discuten animadamente. En el pasillo un par de hombres fuman mientras esperan. Natalia Sedova pasa con un niño tomado de la mano. Alguien dice:

«Lev Davidovich, le llaman por teléfono».

Trotski se levanta, avanza por el pasillo hacia el sitio donde se encuentra el teléfono, cortando el humo de cigarrillos que invade la casa. Toma el auricular. Escucha y escuchamos una voz que dice:

«Adolf Abrámovich se ha pegado un tiro. Encima de la mesa ha dejado una carta para usted».

Trotski se queda inmóvil con el teléfono colgando de la mano, ligeramente caída. No se permite el gesto de rabia que quisiera.

22. Es de noche. Al fondo, el despacho de Joffe. Hay muchas personas en la casa, diez o doce al menos, entre las que destacan Rakovski y la mujer de Joffe, María. En la puerta que da al pasillo se encuentra Trotski, una de sus botas apoyada

Padrecito Stalin, no vuelvas sobre el arco de la puerta. Una mano anónima le alcanza un micrófono. Narra, se distrae, mira a veces a los obreros que pasan ante él y entran al despacho y salen tras haber contemplado el cadáver. La cámara, con la narración de Trotski siempre presente, también se mueve, a veces para contemplar el continuo movimiento de los militantes de la oposición que entran al despacho, a veces se ve el camastro sobre el que descansa el muerto, Trotski dice:

«Nos trasladamos a toda velocidad a la casa de Joffe. Llamamos al timbre, golpeamos la puerta y al cabo, después de pedirnos el nombre, nos abrieron, pero no sin que pasase un rato. Sobre las almohadas cubiertas de sangre se recortaba el rostro sereno de Adolf Abrámovich, iluminado por una gran bondad interior. 'B' vocal de la GPU (Directorio Político Estatal o Cheka, policía política secreta), revolvía en su mesa de trabajo. No había manera de encontrar carta alguna. Sabiendo que me había dirigido un mensaje, pedí que me lo entregasen inmediatamente. 'B' gruñó diciendo que allí no había ningún mensaje ni nada parecido. Su talante y tono de voz no dejaban lugar a dudas: mentía. Pasados algunos minutos comenzaron a concentrarse en la casa del muerto los amigos que acudían de todas partes de la ciudad. Los agentes oficiales del Comisariado de Relaciones Exteriores y de las instituciones del partido se sentían solos en medio de aquella muchedumbre de militantes de la oposición. A lo largo de toda la noche desfilaron por aquí millares de personas. La noticia de que había sido robada la carta se extendió por toda la ciudad. Los periodistas extranjeros han transmitido la noticia. Hace algunos minutos le han entregado a Rakovski una copia fotográfica de la carta de Joffe.»

Entrega el micrófono, gira, desaparece. La cámara avanza hacia el cuarto donde se está velando el cadáver. El ataúd se encuentra en el centro del cuarto. Serge está fumando en la ventana, mira a la cámara y habla, mientras la cámara prosigue el movimiento hasta ver en el interior del ataúd el rostro del muerto. Vemos y oímos lo que Serge nos cuenta: «Duerme. Con las manos juntas, la frente despejada, la barba entrecana está bien peinada. Sus párpados son azulosos, los labios ensombrecidos. Ese pequeño agujero en la sien ha sido cubierto por un tapón de guata».

Los procesos

Ernst Fischer

—¿Cómo has podido escribir una cosa así? —dijo Lou, entregándome dos folletitos. Los había encontrado mientras ordenaba nuestros libros. —Es horrible. No puedo entenderlo.

Sabía que todavía conservaba en mi poder esos folletos. A veces quise volver a leerlos, pero nunca me atreví. *¡Destruid el trotskismo!* y *El asesinato de obreros en Kemerovo* se titulaban esas chapucerías. Se las había ocultado a Lou, pretendiendo engañarla de alguna forma. Lou tenía razón: son horribles. Pero la pregunta a la que he de contestar es: ¿cómo pude escribirlas?

Los católicos creyentes no tienen problemas: confiesan el pecado, aceptan la penitencia y reciben la absolución. Es como si el pecado fuese sólo un fardo del que hay que desprenderse, un objeto exterior que se deja atrás, y no algo que ha crecido junto con el organismo y que perdura como una lesión. No se trata aquí del alivio que acarrea cualquier confesión de actos que uno haya cometido, sino del intento por comprender al ego de entonces. Esa comprensión no significa perdón, pues ni yo soy la instancia adecuada ni nadie puede arrogarse el derecho de gracia.

La confrontación con aquél que yo era entonces resulta impostergable; no como defensa, sino como análisis crítico.

En primer lugar, pues, la justificación que me admiten algunos críticos bienintencionados de que tenía un gran peso

encima, de que estaba agobiado por el miedo a convertirme yo mismo en acusado si no aprobaba las acusaciones y tomaba públicamente partido; esta justificación no se corresponde a la realidad. No tenía ningún peso encima, ni tampoco miedo, ni sospechaba siquiera que de hecho ciertos órganos del poder soviético desconfiaban de mí. ¿Cómo entonces se produjo esa obnubilación en mi conciencia?

—Tu error consiste —dice Lou, tratando de devolverme mi identidad perdida— en que no sabes, con frecuencia, lo que sucede en torno tuyo. No haces preguntas; no te informas; pasas por alto detalles significativos. Vives sólo en parte en un mundo real y en parte en uno que tú mismo has creado, resultante de tus combinaciones y construcciones. Pese a tu inteligencia y a tu fantasía, llegas, por eso mismo, y no en raras ocasiones, a fallos increíblemente errados. Además, eres terco, y sólo de mala gana corriges tales fallos, buscando antes argumentos que los refuercen. Yo supe desde el primer momento que los procesos contra los viejos bolcheviques eran la cosa más infame que jamás llegó a ponerse en escena, y tú ni siquiera lo viste nunca como posibilidad, pese a que te encontrabas en Moscú.

No pese, sino porque me encontraba en Moscú.

Togliatti me pidió que participase como corresponsal en el proceso que se les hizo a Rádek, Piatakov, Sokolnikov y otros trotskistas.

El auto de procesamiento, «redactado en Moscú el 19 de enero de 1937», era como un dragón de los tiempos prehistóricos, enclavado en un mundo que invocaba a Marx y a Lenin, a la razón y a los derechos humanos, como un monstruo que sabía hablar la jerga de una burocracia delirante. Allí se leyó:

«De las averiguaciones resulta comprobado:

“1° Que por órdenes de L. D. Trotski se organiza en el año de 1933 un centro paralelo, constituido por los acusados en el presente procesamiento penal: J. L. Piatakov, K. B. Rádek, G. J. Sokolnikov y L. B. Screbriakov, cuya misión consistía en dirigir las criminales actividades antisoviéticas de espionaje, sabotaje y terrorismo, con el fin de socavar la potencia militar de la URSS, de acelerar un ataque bélico contra la URSS, de prestar ayuda a los agresores extranjeros en la ocupación de territorios y en el desmembramiento de la URSS, de derrocar al poder soviético y de restablecer el capitalismo y el dominio de la burguesía en la Unión Soviética.

“2° Que por encargo de ese mismo L. D. Trotski fue constituido dicho centro por los acusados Sokolnikov y Rádek, en relación con representantes de ciertos estados extranjeros, con el fin de organizar en común la lucha contra la Unión Soviética, comprometiéndose ese centro trotskista, en particular, a otorgarle a esos estados, en el caso de que tomase el poder, toda una serie de concesiones políticas y económicas, así como; territoriales.

“3° Que ese centro, en las personas de sus miembros y de otros participantes de la criminal organización trotskista, llevó a cabo, al mismo tiempo, un espionaje sistemático a favor de esos estados, entregando a los servicios de espionaje de potencias extranjeras informaciones secretas de la mayor importancia estatal.

“4° Que con el fin de socavar la potencia económica y defensiva de la Unión Soviética, en algunas empresas y en la red ferroviaria, fueron organizados y realizados por ese centro una serie de actos de destrucción y sabotaje, ocasionando víctimas humanas y destrucción de valiosas propiedades estatales.

“5° Que ese centro preparó una serie de actos terroristas contra los dirigentes del Partido Comunista de la Unión Soviética y del Gobierno soviético, y que, al particular, intentó la realización de dichos actos...”

En el comentario sobre esa parte de la acusación se dice:

«En la realización de actos de sabotaje, junto con agentes de servicios de espionaje extranjeros, en la organización de descarrilamientos, explosiones e incendios en minas y empresas industriales, los acusados en el presente procesamiento penal tampoco vacilaron en emplear los más infames medios de lucha, y cometieron, conscientemente y con premeditación, crímenes tan horribles como el envenenamiento y el asesinato de obreros en las fábricas, con el fin de sembrar entre los obreros la desconfianza hacia el poder soviético...

»Estos son los aspectos de esa infame, traidora y anti-soviética actividad de los locos y fascistas mercenarios asalariados, de los traidores a la patria y de los enemigos del pueblo: de los trotskistas...

»Un grupo de bandidos y espías, aislados y condenados al fracaso político...

»Traición inaudita a los intereses de la clase obrera y del campesinado...

»Traición a la patria...

»Convertidos en una agencia de espionaje, sabotaje y destrucción de las potencias alemana y japonesa...»

Al releer esto hoy no puedo entender cómo pude creer en tal locura.

Mas para el que participaba de observador en el proceso que se llevaba a cabo en la sala de las columnas del Palacio de los Sindicatos lo increíble se hacía día tras día más verosímil.

Sucumbí al terrible poder de las apariencias, al poder sugestivo de la palabra hablada; la que no ha muerto en la empresa, la que no puede ser escrupulosamente analizada. Fue precisamente por su carácter antinatural un espectáculo horripilantemente natural.

El auto de procesamiento había cobrado vida propia únicamente en la figura del acusador, Vischinski. Él hablaba en su jerga, brutal, repulsivo, con las hieráticas muecas del odio y del asco, que se convirtieron en ejemplo para miles de su calaña. En sus claros ojos azules no había más que hielo. La muerte se encargaba de la dirección escénica; pero los protagonistas eran hombres vivientes, aunque parecían no desempeñar ningún papel, sino ser los que eran en la realidad. Se movían con soltura; no daban la impresión de haber sido torturados o de que se les hubiese arrancado la confesión por otros medios. Lo que decían parecía espontáneo, libre de miedo, articulado. Se les servía té, y frecuentemente el proceso no parecía un juicio, sino una discusión. Se exponían argumentos, impulsivas réplicas, concluyentes reflexiones. Sólo Rádek parecía desempeñar un papel, el de un ambiguo y trágico payaso, hablándole inesperadamente al público, en alemán y en inglés, apoyando enigmáticamente al fiscal. Al interrogársele salió a relucir de repente el nombre de Tujatschevski. Todos contuvieron la respiración, apesadumbrados, indignados. Pero el payaso se pasó por alto el silencio mortal, afirmando enfáticamente que Tujatschevski era el más fiel seguidor de Stalin, que no había participado en ninguna conspiración, que hubiese refutado con indignación cualquier imputación de ese tipo.

Junto a mí estaba sentado un hombre de baja estatura, cuyo rostro, tenso por la reflexión, irradiaba una simpatía

y una inteligencia extraordinarias: León Feuchtwanger. Era la primera vez que lo veía. Me dirigió la palabra:

—¿Qué opina de eso?

—Usted está más falto de prejuicios que yo, que soy comunista. ¿Qué opina usted de eso?

—He seguido el proceso contra Zinóviev y Kámenev desde lejos, en Occidente. Lo que leí allí en los periódicos era completamente inverosímil. Simplemente, no se podía creer. Pero de cerca, en la atmósfera de Moscú, cuando se oye y se ve esto y aquello...

Feuchtwanger reflexionó y prosiguió:

—El primer proceso me pareció una horrorosa escenificación teatral. Pero este proceso... La impresión sensorial es absolutamente convincente. Si eso es mentira, no sé lo que será verdad.

—Así que considera las confesiones...

—Como verdaderas. No veo otra posibilidad. El auto de procesamiento es inverosímil. Pero los acusados convencen. Vea si no cuán negligentes son sus movimientos; con qué objetividad, exenta de apasionamiento, discuten. Eso no es una obra de teatro; eso habría que haberlo ensayado durante años, y, sin embargo, no hubiese resultado nunca tan natural. Lo que más convence son los modales, la entonación, la conducta de los acusados. Ningún protocolo puede refutar eso. Quizá muchos de mis amigos, si sólo leen el protocolo, execrarán este proceso, al igual que execraron el primero. Pero yo he puesto mi dedo en la llaga, y sé que no es una ficción. Algunas cosas son oscuras, inexplicables, pero la otra posibilidad es francamente inimaginable.

Esto era precisamente. La posición de Feuchtwanger no justifica la obnubilización de mi conciencia, pero también para

Padrecito Stalin, no vuelvas
mí resultaba inimaginable la otra posibilidad. Y en verdad sigue
siéndolo, pese a que hoy sabemos que lo inimaginable sucedió.
Pensaba en aquellos días: «¿Es posible que la Unión Soviética
se encuentre en una situación extraordinariamente crítica, que
esté retrasada económicamente con respecto a los planes y a
las necesidades, que cunda el descontento, y los viejos bolche-
viques realicen el sacrificio de cargar con la culpa para salvar la
obra en peligro del octubre de 1917?» En realidad, tales cosas
no me parecían imposibles, pero entonces los viejos bolchevi-
ques hubiesen conservado la dignidad, no se hubiesen acusa-
do de los más asquerosos crímenes, y no hubiesen descargado
sobre Trotski, que vivía en el extranjero, tantas acusaciones.
Así que había que descartar esa posibilidad. Pero no llegué a
pensar —y ni siquiera me atreví a intentarlo— que Stalin fuese
el iniciador de los procesos, el asesino de Kirov, el que deshonoró,
perdió y aniquiló a los viejos bolcheviques, a casi todos los
compañeros de lucha de Lenin. Esto era para mí lo inimaginable
por excelencia.

Pero, ¿por qué estaba más dispuesto a aceptar esa otra
posibilidad inimaginable, la de la traición de los viejos bolche-
viques, la de su criminalidad y humillación voluntaria, que la
posibilidad de lo que se estaba realizando?

Lo que más me confundió no fue la interrelación de las
confesiones, ni el tembloroso Rádek, ni el conmovedor Mura-
lov, sino Piatakov, la personalidad más fuerte en esa danza de
los muertos, valiente, inteligente, incommovible. Verlo ahí, con
su perilla rojiza, más parecido a un catedrático de universidad
que a un conspirador, exponiendo con serena voz los métodos
que utilizó para organizar el sabotaje en los sectores de la in-
dustria que le habían sido asignados, como si hablase de algo

remoto, al igual que Penélope, que destruía por las noches lo que tejía durante el día; al verlo ahí, con esa objetividad de lo monstruoso, creí entender por vez primera lo que significa la lucha por el poder. «¡Entre vosotros sucede como en los dramas de Shakespeare!», le dijo en cierta ocasión Charles Chaplin a Hanns Eisler. Y de los comunistas decía Stalin que estaban hechos de una madera distinta a la de los demás hombres. O sea que aquí hubo —explicaba Piatakov en tono profesoral— una lucha a muerte. Él y sus amigos tenían por falsa la política de Stalin. Ellos perdieron la lucha política abierta contra él. No estuvieron dispuestos a aceptar la derrota. Por consiguiente, prosiguieron la lucha con otros medios, aliándose con el diablo. Y como quiera que también perdieron esa lucha, les cayó en suerte el destino que ellos le habían asignado a Stalin y a su régimen. En esa actitud vi la grandeza de un Lucifer derrocado, y cobró alas mi fantasía.

¿Qué sabía yo —me decía—, criado en un pequeño país, impotente, en una atmósfera relativamente democrática, aun cuando hubiese un Seipel, un Dollfuss y la Heimwehr? ¿Qué sabía yo de las cuestiones del poder, de la obsesión política, de las extremas consecuencias que es capaz de extraer una persona formada en la clandestinidad, en la revolución y en la guerra civil? Creí comprender por vez primera que había comenzado una edad de hierro; que la lucha de clases internacional y el entrelazamiento de clases, Estados y sistemas adoptarían terribles formas; que Hitler dejaba de ser un caso patológico aislado, para convertirse en caso típico; que nadie podía prever las alianzas del mañana, las más enajenadas y aparentemente imposibles. Shakespeare caracterizó una época de grandes transformaciones sociales; ¿pero qué eran las

Padrecito Stalin, no vuelvas luchas entre las fracciones de la nobleza, el derrumbamiento del orden feudal y la subida del capital y del poder central en comparación con el siglo XX? Ricardo III, el bastardo Glos-ter y el sanguinario Macbeth se convertían en enanos ante los monstruos de nuestra edad de hierro.

Sin experiencia en la lucha de fracciones, veía, no obstante, en ella el germen de una contradicción que superaría a todas las demás contradicciones. Algunos de mis amigos de la oposición social demócrata de izquierda odiaban a los dirigentes socialdemócratas más que al enemigo de clase. De los comunistas renegados o expulsados hablaban los fieles a la línea del partido con mayor indignación que de los nacionalsocialistas. En tales luchas fraccionarias no se trata únicamente del poder en sí, sino de concepciones contrapuestas, de dogmas o consideraciones estratégicas, de tal forma que la lucha por el poder se convierte en una lucha entre creyentes ortodoxos y herejes, entre el infalible partido y sus corruptores. Yo, personalmente, no podía imaginarme ninguna situación en la que estuviese dispuesto a pactar con el nacionalsocialismo; aun el acercamiento entre militantes de la Liga y nacionalsocialistas en la lucha contra el régimen de Dollfuss, y después de los sucesos de febrero y de julio de 1934, me disgustó sobremanera. Pero tales dudas me decía, caracterizan a un intelectual que nunca ha ambicionado poder; es decir, que no es un político. Ricardo III es llevado a transformarse en un «villano» por su deformidad, por el odio del feo hacia el agraciado, por el descubrimiento de su poder de seducción, que ensaya ante el féretro de Enrique VI; Macbeth necesita a las brujas y a lady Macbeth para asesinar al durmiente y para caer en el mecanismo del poder; ¿y qué sucede cuando lo que opera no es la

deformidad, ni tampoco la brujería, sino la convicción de que aquél que ha salido victorioso en la lucha fraccional desfigura y traiciona la idea de la revolución, de que es, por lo tanto, el deber de los derrotados derrocar al victorioso con todos los medios de que dispongan? ¿Y qué cuando esos medios sobrepasan indetenibles el fin, cuando ya no toleran el retroceso, sino sólo un todo o nada, cuando se ha pasado el límite entre la destrucción que todavía podría justificarse históricamente y el nihilismo del criminal, cuando el mecanismo se independiza y sigue actuando?

Lo que entonces empecé a intuir fue la terrible problemática del poder. ¿Pero por qué se dirigían mis reflexiones sólo contra los derrotados y no contra Stalin, que concentraba todo el poder en su persona? ¿Por qué no tenía la menor suspicacia contra el aparato de poder, mientras creía que los acusados eran capaces de todo? Pienso que no sólo sucumbí a las apariencias, sino que, sin saberlo, estaba contagiado por el poder. Pues ese poder no es sólo un aparato; se alimenta de la atmósfera que crea, de ese vaho de la ideología, de la costumbre, de la conformidad y de la frase, y actúa mediante su fantasmal objetivización, mediante su firme presencia en todas partes, mediante la broza que va depositando diariamente en los cerebros. Los argumentos expuestos por Stalin en la lucha fraccional eran repetidos continuamente; parecían evidentes; otorgaban a sus victorias el cuño de la necesidad. Así que si Stalin tenía razón —y de esto estaba convencido—, si detrás de él se encontraba la inmensa mayoría del partido y del pueblo, ¿que tenía él que temer de los derrotados? El que en el XVII Congreso del PCUS la mayoría hubiese votado en su contra, en el deseo de que Kirov ocupase su puesto, era algo que no

Padrecito Stalin, no vuelvas sabíamos, que no podíamos sospechar, que sólo supimos después del XX Congreso. Pese a que tengo la tendencia a inclinarme del lado de la minoría, en contra del poder, es evidente que el poder concentrado de Stalin no dejó de causar impresión en mí. En la atmósfera de ese poder resultaba más difícil resistirse a esa impresión que fuera de la Unión Soviética.

Pero lo que más influyó en mí fue el ver que los hombres que representaban una nueva estrategia política, afirmada intensamente por mí, los hombres del VII Congreso, respaldaban incondicionalmente a Stalin; que ellos, sin Stalin o en su contra, nunca hubiesen impuesto el viraje hacia el frente popular, hacia el sistema de alianzas antifascistas; que, hablando conmigo, caracterizaban a los acusados como a hombres del viejo curso, del funesto aislamiento, de la forma repetida fanáticamente, según la cual la socialdemocracia sería el enemigo principal, el apoyo socialfascista de la burguesía. Entre los acusados había fanáticos rivales de la nueva política; claro está que tendría que haberme percatado de que de esto no se hablaba nunca públicamente; de que el fiscal no les imputaba tales cosas; de que ese aspecto sólo salía a relucir en las discusiones internas. No me percaté; decisiva para mí era la cuestión: ¿a favor o en contra de la comunidad de lucha antifascista? La fatal simplificación de que sólo se oponían dos frentes; de que todo alejamiento de uno de ellos conducía, inevitablemente, a mi acercamiento hacia el otro; de que la tendencia de la edad de hierro no radicaba en la multiplicidad, sino en la polarización, en la concentración hacia los extremos; esta simplificación me inducía a postular exagerados sofismas.

Como socialdemócrata de izquierda he admirado a Trotski y respetado a Stalin. Ni el uno ni el otro me eran sim-

páticos. Que el brillante escritor, el original pensador político y gran revolucionario Trotski estuviese más cerca de mí que el árido y huraño Stalin —figura ésta que tan sólo empieza a destacar tras la Revolución de Octubre—, me provocaba entrar en contradicción justamente con quien me fascinaba. En mi drama Lenin le da a Trotski los rasgos de un revolucionario valiente, pero vanidoso y egocentrista, de un «cantante de ópera de la revolución». Reconociendo su extraordinaria capacidad, me convencí a mi mismo de que él era capaz de todo; de que él, cuando estuviesen en juego sus ideas y su poder, no retrocedería ante ningún delito, por muy atroz que fuera. El hecho de que se fuese de cacería justamente durante la fase decisiva en la lucha por el poder entre él y Stalin y que considerase que su inteligencia y la fascinación de su personalidad eran más poderosas que el aparato, tenía que haberme llamado la atención. Era, ciertamente, un hombre dominante, falto de escrúpulos, convencido de su genialidad, dispuesto al juego más peligroso, a correr los riesgos más extremos, a cometer las mayores fechorías; pero no el rastrero criminal que querían hacer de él Stalin y su aparato.

Se le ha criticado a Lenin el haber viajado a Rusia, a través de Alemania en 1917, en un vagón sellado y con el consentimiento que dio para ese viaje el Estado Mayor alemán. Lenin no vaciló en cooperar, provisionalmente, con el enemigo de clase extranjero: de la derrota militar del gobierno ruso esperaba no ya la revolución rusa, sino la europea, y no fue el Estado Mayor alemán, sino la Revolución, quien salió triunfante de ese «partir peras con el diablo». Para mí, pues, en 1936, resultaba perfectamente imaginable que Trotski estuviese dispuesto a cooperar provisionalmente con Hitler —ya que consideraba a

Padrecito Stalin, no vuelvas Stalin como el enemigo principal y el freno más nocivo del proceso revolucionario internacional—, esperando con ello darle un impulso a la revolución. Trotski se oponía a la política del frente popular. Hablaba de ella como de una traición a la clase obrera. Con ella se renunciaba a la dictadura del proletariado: precisamente por lo que había que luchar en Francia y en España. Recordé las disputas que tuvieron comunistas y nacionalsocialistas en 1932, las conversaciones con los comunistas alemanes en aquella época: «¡Puede venir Hitler! En contra de su voluntad, ¡él será quien le prepare el camino a la revolución proletaria! Después de él vendrá la dictadura del proletariado». Como Trotski, pues, tras la terrible experiencia alemana (Hitler, en el poder, porque no había ningún frente único, ningún frente popular, ninguna alianza que fuese de la extrema izquierda, hasta los generales conservadores), siguiese fantaseando nuevamente en torno a la lucha por la dictadura del proletariado y tildase de traición al frente popular, yo, a consecuencia de esto, le creí capaz de todo.

De ahí que creyese cuanto los fiscales le echaron en cara a Trotski, y que yo, haciendo un resumen, repetí con las siguientes palabras:

«Trotski declaró —tanto en conversación con Piatakov como en su carta a Rádek— que sería absurdo esperar apoyo de las masas del pueblo soviético: esto sería un prejuicio socialdemócrata. Según él, las masas del pueblo soviético habían caído en “la hipnosis de la construcción del socialismo”; nada podría hacerse con ellas. Había que partir de la idea de que en el mundo se gestaba la época del fascismo, así como del hecho de que éste hubiese triunfado en Alemania y en otros países. Había que entablar alianza con las fuerzas reales del

Antología

fascismo, con el fin de alcanzar la meta propuesta. Así como el socialismo, en un solo país, era una utopía, igualmente lo era el mantener la lucha en un solo país en contra del poder soviético, en lugar de unirse a las fuerzas antisoviéticas en un plano internacional. Era inevitable la guerra de Alemania y Japón en contra de la Unión Soviética; de ahí que expresase los intereses de los trotskistas el acelerar esa guerra, haciendo todo lo posible por provocar la derrota de la Unión Soviética. Había dos variantes de la toma del poder: la primera, por medio del terror y del sabotaje, sembrar el pánico en la Unión Soviética e imponer el dominio de Trotski, era irreal: las fuerzas de los trotskistas, en la Unión Soviética, eran insuficientes para ello; sólo era real la segunda variante: por medio de una guerra, por medio de la derrota militar de la Unión Soviética, llegar al poder y firmar la paz con las grandes potencias fascistas, darles territorios y hacerles otras grandes concesiones; consolidar, con su ayuda, el nuevo régimen. Sería absurdo, naturalmente, pensar que ese régimen pudiese ser un régimen democrático: después de una guerra perdida, después de que se hubiese desencadenado la lucha de clases entre los campesinos y los viejos kulaks, entre los obreros y los humillados capitalistas, sólo un gobierno de tipo napoleónico podría dominar la situación. Sería igualmente absurdo el creer que ese régimen podría ser un régimen socialista. Rusia sólo estaría en condiciones de subsistir igualándose a los estados fascistas y restaurando el capitalismo. En alianza con las victoriosas potencias fascistas podría existir Rusia; pero estaría obligada, como era lógico, a darles manga ancha a los fascistas alemanes, y no sólo en la Ucrania, sino también en los Balcanes, abandonando a su suerte a Checoslovaquia y a otros Estados de la pequeña entente; estaría obligada, igualmente, a

Padrecito Stalin, no vuelvas darle al imperialismo japonés no sólo los territorios hasta el Amur, sino a prestarle apoyo tanto en su penetración en China como en sus luchas contra los Estados Unidos de América. Sólo este programa era real; siendo necesario, como era lógico, redoblar el terror y el sabotaje en la Unión Soviética: no con la esperanza de derrocar, con ello, al poder soviético, sino, en primer lugar, para demostrarle a los aliados fascistas que había que tomar en serio al trotskismo, que Trotski no fanfarroneaba cuando le ofrecía a los fascistas su valiosa ayuda.»

Esto fue, pues, lo que escribí, fue en lo que creía; y mi cerebro tejía hilos entre la guerra civil española y los procesos en Moscú: escalofriante engendro de mi cabeza. ¿No había dos frentes en la segunda guerra mundial?: frentes contra Hitler, tanto aquí como allí. Conscientes la mayoría, y muchos inconscientes; todos los que se combatían entre sí, ¿no estaban obligados a incorporarse a uno de los dos frentes? Era el teorema mecanicista de los dos mundos, de los dos campos de los dos frentes, entre los que no podía haber un tercero. Era esa terrible simplificación de la lucha de clases internacional lo que oscurecía mi intelecto, poniéndolo en contradicción con la política del frente popular, la cual se basaba en que podía haber alianzas transitorias, sin necesidad de renunciar a las propias concepciones y a las propias metas. Hitler —así me lo explicaba yo— está tan dispuesto a apoyar a Trotski como a Franco; y ambos aceptan ese apoyo pese a que no está exento de peligros.

Y de esta manera me lo explicaba, y de esta manera lo escribía: «Los aventureros fascistas han contado con el aventurero Trotski, como se cuenta con una fuerza real. La destrucción del centro trotskista en la Unión Soviética les dará tanto que pensar como la resistencia del pueblo español contra los

invasores extranjeros. Y lo que Rádek declaró ante el Tribunal no les caerá bien a sus oídos. Rádek dijo que Trotsky no había entendido las gigantescas transformaciones que se han llevado a cabo en la Unión Soviética. Él (Rádek) conoce la Unión Soviética, conoce los koljós, las fábricas, el sistema de transportes, el Ejército Rojo, y él se ve obligado a decir que Unión Soviética se ha transformado en los últimos años de manera nunca vista. No hacía muchos años que le parecía muy posible una derrota, pero hoy era invencible la Unión Soviética: por eso le parecieron aventureras las órdenes de Trotski por eso sintió cada vez más que él y sus amigos habían ido a parar a un callejón sin salida».

Hoy en día, después de treinta años, he de obligarme a leer lo que escribí entonces; oponiendo la palabra impresa a la memoria, que se resiste a darle crédito. Al someterme a este tormento, no lo hago por el placer de la contricción, sino para exponer hasta dónde puede caer un hombre —que ni es tonto ni malvado— si cesa de ver con espíritu *crítico*, de oír, de pensar, si no está dispuesto a dudar de la causa que abraza, si somete a su intelecto al «Credo quia absurdum»; para señalar cómo abusa de ese intelecto sometido, envolviendo en raídos silogismos lo que no es más que locura.

Leo, pues:

Las confesiones.

“¿Por qué son confesos todos los acusados?” Esta justificada pregunta de la propaganda antisoviética es repetida a veces también por gentes, que, si no malvadas, son irreflexivas.

Los diplomáticos y corresponsales de los países capitalistas, aquellos que presenciaron el proceso, estuvieron completamente convencidos de la veracidad de las confesiones;

Padrecito Stalin, no vuelvas uno de los diplomáticos presentes dijo: “Si eso no es verdad, no existe la verdad”. Los diplomáticos y los corresponsales pudieron ver en qué buenas condiciones físicas se encontraban los acusados, cuán sueltos eran sus ademanes, con qué libertad hablaban y discutían, con qué cortesía eran tratados... Y, finalmente, se preguntaron: ¿Qué razón podría tener el poder soviético para inculpar de tales crímenes a comisarios del pueblo, a dirigentes de la economía y a miembros del partido mundialmente conocidos?; ¿qué razón para presentar ante la opinión pública tan terrible espectáculo?, si la acusación no estuviese cien veces fundamentada y comprobada. El que Stalin y la dirección del partido organizaran, por venganza, un proceso tal, es una estupidez, que sólo se puede contar a mentecatos idiotas. Los diplomáticos y los corresponsales sabían muy bien que esto no era más que una estupidez».

Me detengo: en esa acumulación de improprios, en lugar de argumentos («estupidez»..., «mentecatos idiotas»... Y de nuevo «estupidez»), y en ese invocar a «diplomáticos y corresponsales, ¿no se reprimía el presentimiento de que algo fallaba, de que era la otra posibilidad la que se daba? Así debió de ser; pero también puede ocurrir que ese yo, que desconfía en su memoria, afirme: no se me ocurría pensar, ni remotamente, que Stalin pudiese ser culpable, ya que esto se encontraba más allá de lo imaginable. O sea: tenía que ser verdad cuanto habían confesado los acusados:

«El truco principal de los trotskistas y de sus aliados consistía en hacer creer, a personas de buena fe, que los acusados habían confesado, voluntariamente, todo cuanto se les imputaba en el acta de acusación, que, por propia y expresa voluntad, habían acordado, secretamente, decir todo cuanto se quisiera oír de ellos...

»En realidad, los acusados lo negaron todo hasta el último momento, reconociendo sólo, finalmente, lo que ya no podían seguir ocultando...

»Pero, al fin confesaron, ¿no? ¿Por qué no calló uno, al menos, hasta el último momento?, ¿por qué ni uno solo lo negó todo hasta el último momento? Porque todo acusado tiene la tendencia natural a defenderse; pero, ¿cómo ha de defenderse si lo inculpan testigos y otros acusados, y si él se aferra a su posición, afirmando que no tiene nada que ver con el asunto, que todas las acusaciones son falsas? Rádek y Piatakov estuvieron negándolo todo durante meses, pero Romm declaró haber servido de intermediario en la correspondencia entre Trotski y Rádek; Bujartsev declaró haber establecido el contacto entre Trotski y Piatakov, explicando que Piatakov fue, con pasaporte alemán y en avión alemán, a ver a Trotski; algunos de los espías detenidos contaron sobre su cooperación con los trotskistas; y algunos de los trotskistas detenidos (Muralov, Boguslavski y otros) confesaron, porque se habían dado cuenta de la derrota del trotskismo: ¿qué otro remedio les quedaba a Rádek y a Piatakov? Si querían defenderse políticamente, tenían que reconocer el estado de cosas, en la medida, al menos, en que éste le era conocido al fiscal. El hecho de que confesasen no resultaba misterioso: misterioso hubiese sido el que hubiesen seguido callando, y, sin intentar justificarse políticamente, hubiesen esperado la inevitable sentencia...

»Muy distintas son las personas que encontramos en el banquillo de los acusados, en el tribunal soviético; muy distintos sus caminos hacia la confesión; muy distintos los grados de su responsabilidad; pero de una cosa, al menos, con mayor o menor claridad, fue consciente la mayoría de ellos, durante

Padrecito Stalin, no vuelvas los últimos tiempos de su actividad terrorista: que habían ido a parar a un callejón sin salida, que se hundían, cada vez más, en el pantano de los delincuentes comunes. También hay que tomar en cuenta esa situación para apreciar el mayor o menor valor de sus confesiones. Cuando, en un país capitalista, son detenidos treinta socialistas o comunistas, es muy alta la probabilidad de que ninguno de ellos inculpe a los demás, de que todos manifiesten con orgullo sus convicciones políticas. Les respalda un gran movimiento heroico, al que ellos se mantienen fieles, y que les sigue siendo fiel. Pero, ¿qué respalda a los contrarrevolucionarios trotskistas?: ¿el odio de su propio pueblo?, ¿la repulsa de su clase?, ¿la Gestapo?, ¿el espionaje fascista?, ¿el capitalismo, que desprecia a sus propios instrumentos?

»La conducta de los acusados corresponde totalmente a sus hechos, totalmente a la situación en que se encuentran... Para defenderse, tenían que confesar; y se defienden lo mejor posible: en la medida en que es posible defender la indecible infamia de terribles crímenes. Y esto, precisamente, no es posible hacerlo bien.»

—Todo esto no es convincente —señala Lou.

—Hoy en día, no. En aquel entonces me convenció esa lógica aparente.

Y no sólo a mí.

Lion Feuchtwanger escribe en su libro *Moskau 1937*:

«Hay que imaginarse bien al hombre Trotski: condenado a la inactividad, obligado a contemplar, ociosamente, cómo ese grandioso experimento, que Lenin y él habían comenzado, se convertía en una especie de jardín obrero, gigantesco y pequeño-burgués. Pues, a él, quien quería inundar de socialismo

a todo el globo terráqueo, el “Estado de Stalin” —según decía, según escribía— le parecía una caricatura ridícula de lo que había soñado en un comienzo... Son incontables las veces en las que Trotski expresó su desmesurado odio y su desprecio por Stalin. ¿Por qué no iba a llevar a los hechos lo que ya había hecho de palabra y de escrito? ¿Es verdaderamente tan “inconcebible” que ese hombre, que se consideraba a sí mismo el caudillo idóneo de la revolución, considerase también lícito cualquier medio, por perverso que fuera, para derrocar al “falso mesías” y sacarle del puesto en que se había colado con bajas mentiras? Me parece que es perfectamente concebible...

»El Coriolano de Shakespeare, cuando va a ver a los volscos, a los enemigos de Roma, les dice que todos le han abandonado, y habla de los “falsos amigos”. Toleraron —explica al enemigo jurado de Roma— que por voto de esclavos me viese expulsado de Roma. Ese desatino es lo que me trae a tu hogar. El odio y el deseo de ajustarles las cuentas a quienes me envidian, me traen aquí.

»Así ve Shakespeare la posibilidad de que Trotski haya pactado con los fascistas».

Feuchtwanger prosigue: «... aunque el proceso me convenció de la culpabilidad de los acusados, la conducta de estos en el tribunal —pese a los argumentos de los soviéticos— no me es clara hasta en sus últimos detalles. Inmediatamente después del proceso, en una declaración que hice para la prensa soviética, resumía mis impresiones de la siguiente manera: “No les han resultado completamente claras a las personas del occidente las causas, sobre todo los motivos últimos, de su conducta ante el tribunal. Por mucho que merezcan la muerte esos hombres por sus hechos, no se puede dar por finiquitado

Padrecito Stalin, no vuelvas el análisis de sus caracteres con vituperios y manifestaciones de indignación, por muy comprensibles que estos sean. Para explicarles a las gentes de occidente las culpas y los pecados de los acusados necesitaríamos la pluma de un gran poeta soviético”. Esto no quiere decir, de ninguna manera, que quiera ponerle pegas a cómo se llevó el proceso y a los resultados del mismo. Si se me preguntase por la quintaesencia de lo que opino, entonces sólo podría —siguiendo el ejemplo del gran ensayista Ernst Bloch— citar a Sócrates, quien, cuando se le preguntó por ciertas partes oscuras en los escritos de Heráclito, contestó; lo que he entendido, es excelente. De ahí deduzco que lo demás, lo que no he entendido, también será excelente».

¿Para qué todo esto? El error de los demás ¿hace menos grave el fracaso propio? ¿He de recurrir a Romain Rolland, a un Henri Barbusse, a un Louis Aragón o a un hombre tan puro e importante como lo es Ernst Bloch? ¿O he de citar a Bernard Shaw?: «La fuerza en la posición de Trotski radicaba en la inverosimilitud de las acusaciones que se le hacían... Pero Trotski lo echó todo a perder al atacar exactamente en la misma forma a Stalin. Pues bien: me pasé cerca de tres horas en compañía de Stalin, observándolo con intensa curiosidad, y me resultaba tan difícil creer que él es un delincuente común como creer que Trotski es un asesino» (Isaac Deutscher).

¿O a Bertolt Brecht?: «Los procesos han demostrado con toda claridad, incluso en la opinión de feroces enemigos de la Unión Soviética y de su Gobierno, la existencia de una conspiración activa en contra del régimen, y que esos nidos de conspiradores realizaron tanto acciones de sabotaje en el interior del país como ciertas negociaciones con diplomáticos fascistas sobre la posición de sus gobiernos ante un eventual cambio de régimen en la Unión Soviética...

“Detrás de los actos de los acusados hay que hacer ver una concepción política concebible para ellos y que los llevó al pantano de los crímenes comunes (...) La falsa concepción política los arrastró profundamente al aislamiento y profundamente al campo de los delitos comunes. En ellos se anidó todo lo execrable del país y del extranjero, todo el parasitismo, toda la criminalidad y el espionaje. Con toda esa canalla compartían el mismo fin. Estoy convencido de que esto es verdad, y estoy convencido de que esa verdad ha de parecer totalmente probable, también en la Europa occidental y ante lectores enemigos...»

No tengo la intención de ocultarme detrás de otros. Yo mismo razonaba así: Stalin teme, y con razón, la fascinación que irradia Trotski, su influjo sobre los viejos bolcheviques, en especial sobre los intelectuales. Muchos de esos intelectuales de izquierda, precisamente porque Stalin les era extraño y tan groseramente poco familiar, trataron de engrandecerlo, de idolatrarlo como al gran político realista de la revolución. Y muchos otros, que estaban convencidos de la culpabilidad de los acusados, se dedicaron a leer, en aquella época, a Shakespeare y a Dostoievski, para entender el enigma de sus confesiones; sin embargo, la esencia siguió siendo inescrutable. En mi folleto llegaba a las siguientes conclusiones:

«Resulta ocioso perderse en especulaciones y observaciones psicológicas individuales sobre los posibles móviles de esos hombres que siguieron hasta el fin el camino de la traición; ciertamente, había grietas y deterioros en sus caracteres, pero, probablemente, en otra época y en otro mundo, no se hubiesen convertido en criminales. Vivimos en la época y en el mundo del capitalismo en descomposición; esa enfermedad, ese proceso de putrefacción, anidaron en las grietas y los dete-

Padrecito Stalin, no vuelvas rioros de sus caracteres; sólo en la imagen global de ese mundo desvencijado podemos entender a personas como Trotski, Rádek y Piatakov. Sus hechos son tan verosímiles o inverosímiles como todo ese mundo del capitalismo en descomposición, que destruye el grano y el pan, que hace eriales de los campos labrantíos, dejando que se pudran los frutos en los tallos, que del hambre de los pueblos extrae gases venenosos, fundiendo cañones de sus miserias, que va tambaleándose de fosa en fosa. Que el gran pueblo alemán sea gobernado por un Hitler y un Goering; que los gobiernos democráticos contemplen impasibles cómo el fascismo degüella al pueblo español y a la democracia española, son cosas tan inverosímiles como que Trotski, Rádek y Zinóviev traicionen a la revolución proletaria y se alien con los enemigos jurados de la clase obrera. Pero lo inverosímil es la realidad que nos rodea, la que hemos de cambiar radicalmente, atendiendo al llamado de nuestra misión histórica...»

—Y cuando lees esto —dice Lou—, ¿no sientes con qué ligereza tomabas las cosas?, ¿no sientes ese marxismo vulgar simplificado y esa superficialidad declamatoria?: ¡proceso de descomposición del mundo capitalista, que inficiona a caracteres como Trotski y Piatakov! La realidad inverosímil (...) sí, esto es verdad. Pero, ¿qué era más inverosímil?: ¿que Trotski, el iniciador, junto a Lenin, de la Revolución de Octubre, que los viejos bolcheviques se convirtiesen en cómplices de la Gestapo, en asesinos y saboteadores... o que Stalin y su aparato burocrático necesitasen culpables, para justificar la miseria del pueblo y el descalabro económico? ¿No era más verosímil que Stalin difamase de la peor forma a todo aquél que pudiese llegar a ser un peligro para su persona, con el fin de ahogar hasta

el último indicio de discusión en el seno del partido, de asegurarse la dictadura total del aparato del partido, con un caudillo único e infalible a su cabeza? ¿Era tan difícil ver esto? Nunca entenderé por qué creíste en lo más inverosímil.

— ¿Era lo más inverosímil?

— ¡Sí!

Pero, entonces, si la persona para mí más querida y cercana no puede entender la actitud que asumí en aquella época, ¿qué éxito podrá tener el intento, el más sincero e incisivo, por hacerles comprender a los demás una actitud que a mí mismo me resulta hoy en día repugnante? ¿No es acaso verdad que yo que desconfiaba de todo poder, me sometí inconscientemente precisamente a ese poder, a su omnipresencia, a su gobierno y a su soporífero ambiente? A lo que se añade que, estando en Moscú, metido dentro del mecanismo de los procesos no me enteré de nada de lo que se decía afuera, de ninguna de las refutaciones a las más manifiestas mentiras: como, por ejemplo, el imaginado encuentro entre Piatakov y Trotski, en un hotel de Copenhague, que hacía años que había dejado de existir. Pero, ¿por qué no cotejé después punto por punto? ¿Por qué no comparé inverosimilitud con inverosimilitud? ¿Quería entonces, seguir ciego? El lugar que había elegido para vivir y mi «sí» incondicional a la Unión Soviética, ¿me impedían atentar contra el mito de Stalin? ¿O —lo que en aquellos tiempos no hubiese confesado— me había convertido demasiado en stalinista?

Por libros, por informes orales y escritos y por documentos —escasos, desgraciadamente, ya que los gobernantes que están en Moscú siguen sometiendo a la historia mundial a una absurda censura, dándole, según las situaciones, retoques de carácter agitativo— sabemos hoy que fue el aparato de Sta-

Padrecito Stalin, no vuelvas
lin el que asesinó a Kirov; que Stalin, en calidad de «asesino
meritorio del pueblo» —como lo llamase Brecht en 1956—, no
sólo es culpable del asesinato legal de miles de personas, sino
del «exterminio» de millones. Sabemos cómo se llegó a esas
confesiones, sabemos que fueron utilizados: desde el tormen-
to hasta la invitación a serle fiel al partido; desde la amenaza
(mujer e hijos serían asesinados si el acusado no firmaba la
confesión), hasta la promesa (la confesión sería la formalidad
que los salvaría de todos los métodos de la violencia, del enga-
ño y del enredo psicológico); y todo para cumplir la continua-
mente creciente norma de producción de terror burocrático.

Así fue entonces, y así fue después. Mi viejo amigo LV
fue detenido, después de 1948, en Hungría. Tenía que firmar la
trillada confesión: agente de la Gestapo, pasó luego al servicio
de espionaje americano, enemigo de clase desde su nacimiento,
elemento antisocial, operaciones de diversión militar, encarga-
do de organizar actos de sabotaje, atentados, etcétera... —¿Y yo
he firmar esto? —¿Se niega usted? —¡Usted mismo sabe qué
clase de estupidez es! —¿Así que se niega? —¡Naturalmente!...
Dos esbirros entran arrastrando a su mujer. Llevan barras de
acero... —¡Arrancadle la ropa a esa mujerzuela! ¡Primero la blu-
sa!... Su rostro parece una máscara. Aparta la mirada, suplicante;
es atada y amordazada. Su pecho está al descubierto... —Antes
de que sea azotada y luego violada ante sus ojos: ¿firma usted?
—¡Lo firmo todo!, traiga acá, ¿qué es lo que quiere?, ¿que sea el
diablo, que tenga el encargo de mandar al infierno a todos los
dirigentes del partido, de arrojar bombas atómicas sobre Buda-
pest, que más? De esta manera firmó la confesión.

Y luego mi vieja amiga María Svermova, condenada en
el proceso Slansky. Durante horas enteras, cuenta en voz baja,

objetivamente, sin patetismo, casi con monotonía, cómo, finalmente, llegó a firmar: —¿No metió usted a N. N. en el partido, lo introdujo en el aparato? —Ciertamente. —Ha confesado ser espía, un enemigo del partido y del pueblo, lea su confesión. —Eso no puede ser. —¡Lea usted! —No lo creo. —¡Pues lea entonces la confesión! Uno más de los que usted trajo... —Y así —continúa María Svermova— docenas de tales confesiones, confrontaciones, corroboraciones; todos camaradas en los que yo había confiado ciegamente; una red de espías y de enemigos del partido. Para mí el partido era la vida. ¿Y cómo le había servido? Había sido demasiado poco vigilante, demasiado ingenua. ¿Ingenua? Algo se desdoblaba en mí, me partía por la mitad: una acusada y una acusadora. Esquizofrenia se le llama a eso, ¿no es verdad? Si todos afirmaban tal cosa, ¿habría de tener yo razón, en contra de todos? Había algo que no estaba claro en mí, que no podía estar claro. ¿Cómo quieres justificarte ante el partido? Debes confesar. ¿Pero qué? No he cometido ningún delito. ¿Falta de vigilancia? ¿O más aún? ¿No era más?: —Es usted militante del partido desde un principio. Debe ayudar al partido. ¡Confiese! —Pero, ¿qué he de confesar? —Ha participado en una conjura contra el partido. —No es verdad. —Todos lo afirman. ¿Mienten todos? ¿Sus más íntimos colaboradores? ¿Fue ése el producto de su educación? ¿Educar a todos en la mentira, y sólo usted sin tacha, sin saber nada? El partido necesita su confesión. —¿La necesita de verdad? —Sí. Si usted, una vieja y experimentada militante del partido, una camarada en una posición dirigente, si usted sólo estaba rodeada de agentes, por pura casualidad sólo de agentes: ¿quién podrá creer eso?

MS se negó durante meses enteros a firmar. Resistió los interrogatorios nocturnos, la luz de los reflectores, la tor-

Padrecito Stalin, no vuelvas tura espiritual. Pero, sola consigo misma, en la celda, mantuvo un proceso contra sí. Su doble la acusaba: «¡Piensa! Quizá has... Piensa bien. El partido siempre tiene razón. Necesita tu confesión». El mundo en torno a ella estaba loco, y esa locura se apoderaba de ella, comenzaba a dominarla. —Era, objetivamente, un elemento antisocial; había llevado al partido la traición y el espionaje. ¿Objetivamente? ¿Sólo objetivamente? ¿Quién ha de creer eso? Y tú misma, ¿lo crees? ¿Me creía a mí misma? Ya en nada podía creer, en nada. Siempre nuevas confesiones; camaradas dirigentes se inculpaban y me inculpaban. El partido decía: «¡Confiesa!». Mi partido. «Y si no confiesas, te vomitaré; ¿quieres ser ese excremento? Solamente tu confesión te puede unir al partido». Lo que debía firmar y aprenderme de memoria, palabra por palabra, era demencial. Pero, cuando todo es demencial, todo el mundo está loco, y por ninguna parte un apoyo, sólo el partido, y el partido me exige firmar la confesión, aprendérmela de memoria, como si fuese un papel...: ¿no has de aceptar cualquier papel?, ¿el de secretaria de partido o acusada, el de verdugo o el de víctima, si el partido lleva la dirección escénica, si te necesita en ése y no en ningún otro papel? —y, finalmente, no fue un juez de instrucción, ni un verdugo, sino ella misma, María Svermova, quien la obligó a aceptar ese increíble, humillante y mortífero papel. La infamia de esos seres puntillosos, que obligaron a los acusados a aprenderse de memoria sus papeles y a recitar inexpresivamente lo horrendo, convirtió desde el primer día al proceso Slansky en una mascarada infernal, en una horripilante parodia de los asesinos de la justicia.

Sobre la confesión de la comunista Evgenia Podolskaia nos cuenta Evgenia Ginsburg: «Cuando se le ordenó a Evgenia por primera vez que se presentara en el NKVD no sintió nin-

gún miedo. Pensó que se le querría confiar alguna tarea de responsabilidad por ser una vieja militante del partido. Y así fue efectivamente. Al principio, el juez de instrucción le preguntó si estaría dispuesta a realizar por el partido una misión difícil y no exenta de peligros... Bien, entonces sería conducida a una celda para que permaneciese algún tiempo. Sólo por poco tiempo. Y cuando hubiese cumplido su misión recibiría nuevos documentos con otro nombre. De momento tendría que irse de Moscú.

»La misión consistía en lo siguiente: tendría que firmar un protocolo sobre las maquinaciones antiestatales de una organización contrarrevolucionaria, confesando el pertenecer a ese mismo grupo.

»—¿He de firmar algo que no sé?

»—¡Cómo!, ¿no tiene confianza en los órganos de seguridad? Sabemos perfectamente que ese grupo ha cometido crímenes horrosos.

»Era necesaria la firma de la camarada Podolskaia para lograr un procesamiento penal en ese caso. Y, además de todo esto, podía haber consideraciones de gran importancia, que no necesariamente podían serle comunicadas a una simple militante del partido, aun cuando estuviese realmente dispuesta a aceptar una misión peligrosa.

»Paso a paso fue enredándose en el laberinto de tales silogismos. Se le puso una pluma en la mano, y firmó. Durante el día era encerrada en una celda común, y por las noches se la conducía al piso de arriba, se le daba de comer y se le permitía dormir en un sofá.

»Un buen día, al ser conducida de nuevo, se encontró con un juez de instrucción al que no había visto nunca. La contempló irónicamente de pies a cabeza y le dijo:

—Y ahora, estimadísima señora, la fusilaremos...»

Todo esto lo sabemos hoy en día a través de muchos informes (por el libro de Arthur London, por ejemplo), sabemos cómo se llegó a las más absurdas confesiones, con qué métodos trabajaban los asesinos —no asesinos a sueldo, como en las tragedias de Shakespeare, sino respetables empleados públicos, cuyo sadismo, unido a la ambición y al miedo por la propia vida, estaba al servicio del cumplimiento del plan—, sabemos cómo funcionaba el mecanismo; y, sin embargo, todo eso que hemos vivido y no comprendido sigue siendo inimaginable, detrás del saber queda un resto de incertidumbre, un reino de las tinieblas.

«¿Cómo pudiste escribir eso?» Lou tiene razón; pero, por difícil que sea responder a esa pregunta, más difícil resulta, pese a todo lo que se sabe desde entonces, entender el terror burocrático, comprender los procesos y las confesiones de los años treinta. Vivía en aquellos tiempos un dictador, que sentía miedo por su rival, por Kirov, a quien todos creíamos su favorito, el elegido como sucesor; mandó matarlo, luego mandó matar a los instrumentos, a los confidentes, inculcó del asesinato a sus viejos rivales y aliados, a los viejos bolcheviques, más aún: los acusó de conspirar contra él, de prepararle un atentado, de «traidoras actividades de diversión militar, sabotaje, espionaje y terror... con el fin de adelantar un ataque bélico a la Unión Soviética, de apoyar a los agresores extranjeros en la anexión de territorios de la Unión Soviética, de derrocar al poder soviético, de restablecer el capitalismo y el poder de la burguesía» (auto de procesamiento y sentencia en el juicio de Piatakov, Rádek, Sokolnikov y otros catorce trotskistas); hizo detener, fusilar y torturar hasta la muerte a decenas de miles de los más inteli-

gentes, fieles y probados comunistas; y por orden suya fueron diezmados sectores completos de la población, intelectuales, hombres y mujeres de nacionalidades no rusas, amén del ejército. ¿Y los motivos? Resumiéndolo todo: miedo, manía persecutoria, odio a Trotski, a la guardia de Lenin, a los dirigentes de la Revolución de Octubre —quienes no habían olvidado qué ambiguo y secundario papel había desempeñado antes Stalin—, dificultades económicas, búsqueda del chivo expiatorio y, algo más tarde, la idea de Beria de explotar las regiones nórdicas utilizando a millones de esclavos...; y si se resume todo esto y se mantiene válido el abominable punto de vista de el fin justifica los medios sigue estando en pie la pregunta: ¿no ha perjudicado todo esto enormemente a la causa del socialismo, y hasta a la causa de aquél que eligió tales medios, cualesquiera que fuesen sus fines? Evidentemente, el fin ya no era el socialismo tal como lo había esbozado Marx, y también todavía Lenin, sino el hacer de la Unión Soviética —ya industrializada y convertida en un Estado monolítico— una gran potencia de primer orden, con un Augusto omnipotente, elevado a la categoría de dios. Pero, junto a su poder, creció también el del aparato, el cual se convirtió en un fin en sí mismo, y que, una vez puesto en movimiento para metodizar el terror y darle un carácter racional, con gran barahúnda se salió de toda razón, dando golpes a diestra y siniestra con metódica demencia, y de esta manera, como poder en sí, triturando por el solo placer de triturar, destruyendo por el solo placer de destruir, siguió funcionando, con instinto ciego, sin tolerar otra cosa que no fuese su propia existencia. ¿Era, pues, todavía Stalin poderoso cuando sólo él poseía el poder? ¿No se le escapó de las manos, poniéndose por encima de él? Con la liquidación de los

Padrecito Stalin, no vuelvas hombres más inteligentes, capaces y puros, ¿no fue debilitada demasiado la Unión Soviética?; con el establecimiento de un aparato lacayuno y corrupto, justamente a los pocos años de la guerra, ¿no se la abandonaba a una derrota casi inevitable?

— ¿Y vienes a saber ahora todo esto? —pregunta Lou.

—En aquel entonces no podía saberlo.

—Asististe como corresponsal al proceso contra Rádek y Piatakov. Te engañaron las apariencias, al igual que a Feuchtwanger. Pero has escrito un segundo folleto, un informe sobre un proceso en el que no participaste. *Der Arbeitermörda von Kemerovo* se titula. ¿Cómo pudiste escribirlo? Que todavía seguimos sin poder ver en toda su monstruosidad, globalmente, esa situación, es algo que sé tan bien como tú; pero ha de ser posible que sepas a qué atenerte completamente con aquella persona que eras tú entonces.

—Me esfuerzo, me afano lo mejor que puedo. En el proceso contra Rádek y Piatakov, la catástrofe en una mina de la zona de Kemerovo fue una de las partes agravantes de la acusación. Los mineros de Kemerovo trabajaban en condiciones terribles. Iban consumiéndose; los gases venenosos y las explosiones los diezmaban. «Trabajamos desesperadamente —se decía en un informe de los obreros—; nos esforzamos al máximo: pero no podemos alcanzar la norma. Era como si el demonio hubiese metido mano: ya no sabíamos ni qué podíamos emprender para seguir adelante; cuanto más nos esforzábamos, peores eran los resultados (...), y los ingenieros nos insultaban, diciéndonos que éramos holgazanes, saboteadores (...). Sin embargo, los obreros de la mina Zentralnaia se dedicaron a organizar de manera más racional las condiciones de trabajo y a mejorar la producción por iniciativa propia. Organi-

zaron una década estajanovista, que comenzaría el 23 de septiembre de 1936. Ese mismo día ocurrió una terrible explosión. Diez muertos y catorce heridos de gravedad fueron sacados de la mina. Entre los muertos se encontraba el mejor obrero estajanovista. Ante un tribunal de Moscú confesó el acusado Chestov que esas explosiones habían sido un acto de sabotaje, organizado por el ingeniero jefe alemán Stückling, por el director Pechejonov (condenado en 1928, por actividades antisociales, a tres años de destierro, regresó luego, convertido en un especialista capaz), por el director adjunto trotskista Chubin y por otros empleados directivos. De acuerdo con las declaraciones de Chestov, había contactos con la industria pesada alemana, con la Gestapo y con el centro trotskista. A diferencia de la mayoría de los otros acusados, Chestov daba la impresión de ser un criminal aventurero.»

—¡Ese Chestov no le gusta! —me dijo Togliatti, durante una conversación sobre el proceso.

—Lo considero un criminal poco complicado: un tipo completamente distinto a Piatakov o a Muralov. Pero escúcheme quisiera viajar a Kemerovo, ver con mis propios ojos, escuchar con mis propios oídos. Todo eso es monstruoso: que los ingenieros escondan en una mina abandonada las máquinas de una instalación de ventilación mientras se expande el mortífero gas; que les respondan a los obreros: «Cuando el poder soviético tenga el dinero suficiente, os dará máquinas para la instalación de ventilación, pero no antes»; que el ingeniero Chubin diga: «Les vamos a enseñar lo que es una vida alegre. Los compañeritos van a estirar la pata como ratas»; que un joven obrero, por una botella de vodka, sea ganado para participar en la explosión. Quisiera estar allí donde se entrela-

Padrecito Stalin, no vuelvas directamente la política mundial y el crimen... las palabras «sabotaje» y «actos de terror» suenan tan irreales, se aprieta un botón y... pero lo que sucede al otro extremo, ¿quién se lo imagina? Quisiera aprehender lo inverosímil no sólo en forma de acta de confesión o de declaración de testigo, sino en su realidad. Los de arriba luchan precisamente por el poder, dirán muchos; pero, para los de abajo, ¿qué consecuencias tiene esto para ellos? Esto es lo que habría que exponer.

—Coincido con usted —repuso Togliatti. —Hablaré con Dimitrov. Hable usted también con él.

Dimitrov se mostró de acuerdo. Esperé a que las autoridades soviéticas me diesen el permiso. Que no me lo diesen fue cosa que me extrañó en aquella época. «¡Aquí se tiene un cuidado exagerado con los extranjeros!», dijo Togliatti. Él y Dimitrov me rogaron que escribiese, a pesar de todo sobre los sucesos de Kemerovo. Mi propuesta les parecía buena y justa: me procurarían materiales escritos. En lugar de negarme, cedí. Los informes escritos que obtuve del proceso —celebrado en noviembre de 1936— eran insuficientes; pero muchos detalles parecían auténticos, no retocados. Aún hoy en día estoy convencido no sólo de que tuvo lugar la catástrofe, sino de que muchos detalles no habían sido falsificados; falsificada estaba la interpretación que se les había dado, y falso, por lo tanto el mosaico de chillones colores que yo fabriqué. «¡Una mala novela policíaca!», dijo Lou. Pero aquí no radicaba el error —¿cuántas malas novelas policíacas se han convertido desde entonces en capítulos de la historia universal!—, sino en el hecho de que yo me dejara persuadir para escribir sobre Kemorovo sin haber estado allí. Por otra parte: de haber estado allí no me hubiese enterado más que de comentarios sobre el texto oficial. El ha-

ber asistido al proceso contra Rádek y Piatakov sólo sirvió para convencerme de la veracidad de las acusaciones y de las confesiones. Y así escribí:

«Los mineros de Kemerovo (...) tuvieron que morir como tuvo que morir Kirov, el gran dirigente obrero; tuvieron que morir al igual que decenas de miles de obreros en España: porque la clase obrera le resulta demasiado poderosa al enemigo de clase. “¡Ha de morir medio millón de españoles para que podamos gobernar!”, dijo el general insurrecto español Queipo de Llano. “¡Los mejores hombres de la clase obrera han de morir, para que podamos triunfar!”, dicen los fascistas alemanes y sus aliados. El asesinato de obreros es un programa.»

—¿Pero cómo pudiste poner a viejos bolcheviques a la misma altura de los generales fascistas? ¿Y qué relación podía haber entre España y el imaginado terror trotskista en la Unión Soviética?

—La guerra civil española fue la señal para la más extrema agudización de la lucha de clases internacional, el prólogo a la guerra entre la Alemania de Hitler y la Unión Soviética; así que no era en modo alguno improbable que se uniesen todas las fuerzas antisoviéticas y estuviesen dispuestas a utilizar los medios más extremos. En los informes de que disponía sobre Kemerovo creí ver cómo había surgido la red y cómo se hacía cada vez más espesa. Al leer hoy lo que escribí en aquella época —el mal estilo propagandístico, los muchos signos de admiración...— me asalta el presentimiento de que trataba de ahogar a gritos mis dudas. Y una y otra vez me remitía a lo increíble de aquello en que creía o en que estaba dispuesto a creer: «A veces es tan sólo un detalle lo que se va expandiendo por el cerebro como una llaga, subyugando a la realidad con

Padrecito Stalin, no vuelvas la intensidad de una pesadilla. Chubin declaró ante el tribunal haber convertido, planificadamente, a la mina en un “polvorín de gas”, ampliando su obra con las palabras: “¡Ahora estirarán la pata como ratas nuestros compañeritos!”. Esas palabras me recordaban tanto a expresiones similares en el medio de los S. A. nazis que creía oír las, que no me dejaban, que me obligaban a contestar, con eco no menos chillón: Los asesinos de obreros se equivocan. Los obreros no morirán como ratas: defenderán a su mundo, a su vida, y triunfarán sobre las bandas de asesinos de Hitler y de Trotski. En España luchan con las armas en la mano en contra de los asesinos de obreros. En la Unión Soviética luchan con el arma de la vigilancia de clase, con el arma de la Justicia revolucionaria, en contra de los asesinos de obreros».

He titubeado en repetir esa horrible frase, escrita hace treinta años; pero no debo resistirme a hacer esa confrontación conmigo mismo, ¿con quién?

El yo que escribió ese informe no estaba, de ninguna manera, falto de sinceridad. Pero: ¿sigue existiendo?, ¿no se trata de un otro con el que ya no tengo nada que ver? Nadie me ha impuesto a ese yo, cuya reconstrucción es difícil y penosa. Era un yo partidario, parcial, un yo de partido: negación consciente de mi individualismo; es decir, de mi yo primitivo, espontáneo y en constante transformación. Ese yo no se esforzaba por identificarse con circunstancias pasadas, sino con un “super-yo” voluntariamente aceptado: con la causa, con el partido, con una colectividad que todavía no se había hecho parte de mi ser. Un partido, cuyo orgullo consiste en ser «monolítico», exige también de los egos de cada uno de sus miembros que sean monolíticos, que estén firmemente com-

puestos por algunos pocos principios, cualidades y pautas de comportamiento. Me he esforzado por llegar a ser un ego tal, y la concentración de todos mis pensamientos, afanes y obras en un solo fin: el derrocamiento de Hitler me ayudó a lograrlo. En situaciones extremas puede parecer justo el reducirse a la categoría de un yo de partido, o sea: ser sólo una función y no una persona contradictoria. No creo que sea justo: la posible ventaja que se obtiene de momento es pagada con creces con una deformación creciente que, al final, ya no puede ser detenida. Evocar críticamente a un yo que ya no me representa es, pues, algo más que un simple narcisismo moral (cosa que no viene a cuento); es algo de interés común, ya que no son pocos los hombres inteligentes y capaces que se han impuesto a sí mismos (y siguen imponiéndose) un tal «yo de partido», corriendo así el peligro de perder su inteligencia y sus capacidades, de tomar lo absurdo por verdadero y de defenderlo con chillona voz.

La identidad de la personalidad —el yo como continuidad y totalidad— es un descubrimiento que sigue siendo indispensable en el día de hoy. Tengo la esperanza de que algún día habrá una sociedad libre en la que el pluralismo del yo florezca como lo natural, en la que cada quien pueda encontrar placer en la multiplicidad de su yo, y no se vea obligado a encadenarse en sí mismo. En la era de la irresponsabilidad, en la cual vivimos, la pérdida de la identidad significa la pérdida de toda responsabilidad. ¿Podemos cederles nuestra responsabilidad a los aparatos del poder, a los sistemas, a las «estructuras», retirándonos a un perenne «estado de excepción»? Cada quien tendría sólo la responsabilidad *objetiva* por la realización exacta de aquello que es su cometido, su profesión, su

Padrecito Stalin, no vuelvas especialidad; conducir un vehículo de transporte, convertir en cenizas a una aldea, llevar a la práctica el genocidio que se le ha ordenado... todo sería un cumplir órdenes, y la orden, en sus formas directas o indirectas, la liberación de toda responsabilidad, siendo completamente indiferente quién diese la orden, si un presidente, un general o un ordenador electrónico. Los remordimientos de conciencia están pasados de moda; pero por muy problemáticos que puedan ser en su forma religioso-moral, abogo en favor de los remordimientos de conciencia, en esta era de la irresponsabilidad, y hablo, por lo tanto, de mis remordimientos de conciencia, de la responsabilidad que tiene mi yo global ante cada uno de los egos parciales, ante las muchas metamorfosis de mi existencia.

Mi *función* era la de informar sobre el proceso; y mi ambición, el hacerlo mejor que los demás, explicando de alguna forma lo inexplicable. Puede que esto también haya contribuido a hacerme ver los acontecimientos según las intenciones de sus promotores, o sea; no objetivamente, sino ateniéndome a un criterio partidista. Cada vez que mi intelecto sentía la necesidad de decir NO, la intención de informar —*no sine ira et studio*, sino en interés de la Unión Soviética— subyugaba a las objeciones de la razón por medio de violentas argumentaciones, retocando, con ideas preconcebidas, al inconcebible acontecer. No buscaba la verdad, sino el impacto propagandístico, al servicio de una causa de cuya grandeza y justeza estaba convencido.

—¿Y qué otra cosa hubieses podido hacer?— me pregunta el otro, con una voz que me es extraña, como cuando escuchamos la propia voz saliendo de un magnetófono..., con que quizás se trate de otro, de uno que soy o que fui, o de uno cualquiera, impreciso en la oscuridad.

—No debí de haber escrito mi informe.

—¿Pese a que creías que había sucedido de verdad lo que confesaron los acusados?

—No debí de haberlo creído.

—Quizás. Supongamos, pues, que hubieses confiado más en aquel que eres tú hoy que en el que eras tú entonces, y que te hubieses negado a escribir un informe... ¿qué cambios políticos hubiese acarreado eso?

—Mi silencio y mi resistencia no hubiesen acarreado cambios políticos: pero se trata de algo más que de política.

—¿De ti?, ¿de tu integridad?

—No he hecho nada que pudiese estar en contradicción con un código penal, pero existe un tipo de culpa que es más que criminal. Si el desconocimiento de la ley no exime del castigo exime mucho menos del castigo de la conciencia, la que condena precisamente ese desconocimiento. A aquél que describe algo, que posee el poder de la palabra, no le está permitido el desconocimiento.

—En la época en que Hitler preparaba la segunda guerra mundial era deber impostergable de los antifascistas consecuentes el defender a la Unión Soviética. Ciertamente; los crímenes de Stalin perjudicaron más a la Unión Soviética que toda la propaganda que se ha hecho en su contra. Pero, quienquiera que se encontrase por entonces en el poder en Moscú y quienquiera que representase a la Unión Soviética necesitaba nuestro apoyo; pues sólo la Unión Soviética, en definitiva, y cualquiera que fuese su gobierno, estaba en condiciones de derrotar a Hitler. Con tu silencio no hubieses servido a la causa. Cualquier acusación contra Stalin la hubiese perjudicado. También hay que tener en cuenta este aspecto.

—Esto significaría, por lo tanto, reconocer y apoyar, bajo cualquier circunstancia, a los peores representantes de una causa que aprobamos históricamente, ¿o no? Hemos de liberarnos de esa sofística, pues, en primer lugar, no sirve a la causa el que la identifiquemos con el que la corrompe; y, en segundo lugar, la integridad de la personalidad representa un valor en sí, aun cuando su NO parezca por el momento que se opone a los intereses generales.

Al releer lo que he escrito, me pregunto: ¿qué he omitido?

Lo que falta es la condensación de todo aquello que era yo entonces: mi odio por Hitler. No soy rencoroso, pero he odiado a Hitler con todo mi ser y más que a nada en este mundo. Para mí no sólo era simplemente el representante del imperialismo y del patriotismo más extremados, no sólo el administrador de la corrupción social, no sólo una persona imposible de ser clasificada en una categoría social, no; todo en él me resultaba odioso: su voz, su rostro, su figura, la forma en que construía las frases, sus gestos y ademanes, la más insignificante manifestación. Era, aun cuando no bebía, la encarnación del tufo a cerveza de todas las cervecerías, una manguera que bebía hasta reventar y se vaciaba en cada mitin quedando flácida, fofa, como si se arrastrase penosamente por el fango; y antes del mitin: los aullidos, los bramidos y los berridos del hombre de la calle, poseído por la histeria, salido de sus casillas, del pequeñoburgués desclasado, vuelto gángster, amalgama de compasión por sí mismo y de despecho contra todo aquél que hubiese logrado hacer algo en la vida, contra el obrero especializado, el escritor famoso, el arquitecto, el pintor o el jefe de cancillería con derecho a jubilación, el perrillo rechazado por todos que va a aprender a la casa de un ogro,

el harapiento, quejumbroso y falto de escrúpulos, traicionero y ambicioso, que pretende subir arteramente entre sollozos y rechinar de dientes, el andrajoso Nerón que sueña con ovaciones, con la fama del artista y con incendios, el genio electrificante de una deshumanización total. He odiado a ese hombre como a la mediocridad convertida en monstruo, el provincianismo inflado a proporciones desmedidas, como a la cabeza de chorlito del troglodita enfermo de megalomanía, quien se ve de repente equipado con todos los medios de la técnica, con la violencia de la palabra y de las armas, con el poder concentrado en su persona. En la humareda de sus discursos y en su fija mirada de loco podía verse ya a Auschwitz. El estafador de poca monta haciéndose pasar por la heroica figura de las selvas vírgenes, el ridículo convertido en Lohengrin, la impotencia como *El crepúsculo de los dioses*; y todo esto, más su viciosa manía de escupir substantivos abstractos, su mediocridad desencadenada y su sanguinario diletantismo, fue la cosa más horrible que pude encontrarme en mi vida. Y cuando cogía a un niño en sus brazos era como si oliese carne humana, como si le hiciese carantoñas a la presa de mañana, como refocilándose sentimentalmente, de antemano, en el cadáver del futuro. Un mundo en el que rigiese Hitler era impensable. Todo perdía su importancia cuando se trataba de detener ese desastre. Aportar mi granito de arena a la lucha por el derrocamiento de Hitler era el sentido de mi vida.

No escribo esto para justificar mi ceguera. No, no era ceguera, sino que sólo me fijaba en Hitler, que no veía ni a diestra ni a siniestra, sino sólo el rostro del monstruo, que parecía surgir de un abismo entre emanaciones de fétidos cadáveres.

Si yo hubiese sabido todo lo demás, si no me hubiese resistido a saberlo..., ¿qué consecuencias hubiese tenido esto?

Padrecito Stalin, no vuelvas

O bien suicidio, o bien que, pese a todo, hubiese continuado mi trabajo en contra de Hitler y por la Unión Soviética, que era identificada con Stalin, continuado ese trabajo con menos fuerza y menos seguridad.

Pero ni aun esto puede absolverme.

Stalin: necrológica

Isaac Deutscher

La misma enfermedad que hace treinta años excluyó a Lenin de la escena política ha eliminado ahora del mando a Stalin. Lenin permaneció durante veinte meses en su lecho de muerte, pero 1923 señaló el fin de la era leninista del bolchevismo. De manera parecida el año 1953 contempla el fin de la era staliniana. Si para los extraños la desaparición de Lenin pareció un acontecimiento de importancia local, exclusivamente rusa, la desaparición de Stalin se reconoce como un hito en la historia mundial. El mundo anticomunista, involuntariamente, rinde tributo así al desaparecido y a la leyenda que ronda su lecho de muerte.

Sin embargo, ¡cuan diferentes parecen los dos hombres en este momento! Durante su vida Lenin no estuvo rodeado de culto alguno. Modesto, nada presuntuoso y sobre todo soberbiamente entregado a sus ideales, no permitió que sus seguidores le envolvieran en la bruma y en la leyenda. Sus sucesores solamente pudieron iniciar la leyenda leninista cuando, atacado por la enfermedad, se quedó sin habla. Lenin tenía que morir antes de que pudiera nacer el culto leninista. Stalin ha estado rodeado de una adulación casi religiosa durante un cuarto de siglo. El culto se ha desarrollado con él; dudo que pueda sobrevivirle por mucho tiempo.

En cierto sentido, la era stalinista puede brillar en la historia más que la era leninista. Ha durado mucho más, y ha

Padrecito Stalin, no vuelvas estado jalonada de acontecimientos de importancia mundial. Pero la debilidad de la leyenda stalinista es que está acentuadamente separada de las realidades de nuestra época y que se halla formada en gran parte por el perecedero material que producen las máquinas burocráticas.

He aquí otro contraste entre 1923 y 1953: los hombres reunidos en torno al lecho de muerte de Lenin y que pugnaron por la sucesión fueron auténticos personajes históricos: Stalin, Trotsky, Zinóviev, Kamenev, Rykov, Bujarin, cada uno de los cuales tenía el temple, la voluntad y el pensamiento de los hombres que hacen la historia. Sus virtudes y sus vicios eran conocidos de todos, y también lo eran, ampliamente, sus ideas y aspiraciones. En torno al lecho de muerte de Stalin, solamente sus sombras disputan y luchan por su manto. Sus posibles sucesores, Molotov, Malenkov y Beria, no tienen carácter, espíritu ni vida política propia: todos ellos son meras proyecciones de Stalin. ¿Por cuánto tiempo puede una sombra llevar el manto cuando el cuerpo ya no está allí?

Pero en otro aspecto hay un extenso parecido entre 1923 y 1953. Ambas fechas señalan fases críticas en la fortuna de la Revolución Rusa. Lenin murió en el momento en que la revolución había llegado a una encrucijada y ya no podía seguir por el camino que la había conducido hasta ella. Stalin muere también en una encrucijada semejante. Pero ambos cruces son muy diferentes el uno del otro.

Lenin había fundado el Estado soviético como una dictadura del proletariado, pero también como una democracia proletaria. Había negado la libertad a las antiguas clases dominantes y a sus partidos. Pero esperó que las clases trabajadoras gozaran de la mayor libertad económica y política posible en

el nuevo Estado. Consiguió realizar su tarea negativa, pero sus esperanzas positivas resultaron frustradas. La dictadura del proletariado, tal como cobró forma después de la guerra civil, no era una democracia proletaria. Evolucionaba rápidamente hacia una forma de gobierno autocrática. Valerosa pero desesperadamente, Lenin luchó con el dilema entre democracia proletaria y autocracia hablando en interés del proletariado. Plejanov escribió en cierta ocasión que si existe la necesidad histórica de realizar determinada función, la historia produce el órgano capaz de realizarla. Lenin no era el «órgano» apropiado para realizar las funciones de un autócrata cuasi socialista. Stalin sí.

Durante la era leninista el bolchevismo vivió con la esperanza de la revolución mundial, pero en 1923 esta esperanza se había evaporado. En aquel año el comunismo europeo perdió finalmente el ímpetu que le había infundido la Primera Guerra Mundial. Había comenzado para la revolución rusa una era de aislamiento. La ideología del partido bolchevique empezó a evolucionar desde su internacionalismo militante inicial al autocentrismo nacional, a la «coexistencia pacífica con el mundo capitalista» y, por último, a las formas más extremas de nacionalismo ruso. Tampoco para esta metamorfosis era apropiado Lenin, el internacionalista marxista por excelencia. Una persona distinta tenía que guiar al partido en la nueva dirección.

Si Lenin hubiera vivido habría tenido que convertirse en Stalin o en Trotsky, pues estos dos hombres representaron las dos soluciones opuestas a los dilemas de los años veinte. Pero probablemente Lenin no se hubiera convertido en Stalin ni en Trotsky; en cierto sentido, estos dos caracteres estaban combinados en él. La enfermedad y la muerte se lo llevaron cuando

Padrecito Stalin, no vuelvas se hallaba en una encrucijada ante la cual era incapaz de elegir ninguno de los dos caminos que seguían adelante.

De un modo u otro, en parte empíricamente y en parte deliberadamente, Stalin eligió su camino. Sin que le atormentaran los escrúpulos que asaltaban a Lenin y a otros dirigentes bolcheviques, modeló el Estado soviético en la forma de una autocracia. Volvió la espalda a la tradición internacionalista del marxismo y elevó a la categoría de principio el egoísmo sagrado de la Revolución Rusa. Tal fue la esencia de su «socialismo en un solo país». Parafraseando una expresión ahora muy extendida, el «socialismo en un solo país» fue la fórmula mediante la cual proclamó Stalin la disposición del bolchevismo a una auto contención frente un mundo que estaba inclinado a contenerlo.

Pero la historia ha alcanzado ahora al stalinismo, de la misma manera que en otro tiempo alcanzó al leninismo. El capítulo de la autocontención está cerrado; lo ha cerrado forzosamente el proceso revolucionario engendrado por la Segunda Guerra Mundial. Los espíritus conservadores occidentales consideran a Stalin como el iniciador y conjurador de este proceso, porque para los espíritus conservadores la revolución es siempre fruto de la conspiración y de la conjura. El historiador señalará que en la última década de su vida Stalin se aferró desesperada e inútilmente a la autocontención y que trató de oponerse a la ascendente marea de revolución internacional, que amenazaba anegar la roca del «socialismo en un solo país» sobre la cual Stalin había edificado su templo.

En Teherán, Yalta y Potsdam, cuando delimitó con Roosevelt y Churchill las esferas de influencia, todavía actuaba esencialmente dentro del espíritu de la auto contención, aun-

que se trataba de autocontención dentro de un área algo ampliada de acuerdo con sus aliados. Era escasamente consciente de que la victoria sobre Alemania y el Japón daría a su propio Estado una fuerza expansiva que no sería capaz de controlar plenamente. Hoy sabemos por el propio Tito que el conflicto entre éste y Stalin empezó realmente cuando Stalin, plegándose a sus acuerdos con sus aliados de la guerra, intentó apaciguar el ardiente expansionismo de Tito, alejarle de Trieste y convencerle de que no ayudara a los comunistas griegos, enzarzados en la lucha. La Revolución china cogió a Stalin totalmente desprevenido, como reconoció a Kardelj. Recomendó hasta el final a Mao Tse-tung que llegara a un acuerdo con Chiang Kai Shek, y que se abstuviera de una lucha final por el poder. Dirigió advertencias y reproches a su discípulo, satélite y rival chino. Mao le escuchó respetuosamente, hizo señas de aprobación y luego ignoró tranquilamente los consejos de prudencia y precaución de Stalin, y llevó al comunismo chino a la victoria. Solamente cuando la oleada de la revolución china siguió adelante, destruyendo todos los obstáculos que encontraba en su camino, Stalin se inclinó ante ella, salvando de este modo su reputación comunista casi en el último minuto.

Los estadistas y políticos occidentales se han quedado confundidos ante el papel de Stalin en estos acontecimientos. Han considerado que Stalin inspiraba, apoyaba e incluso armaba a los partidos comunistas satélites. Al igual que el propio Stalin, han supuesto que los dominaba completamente y que por tanto dominaba el fermento revolucionario del mundo. El supuesto ha estado falto de todo sentido sociológico, psicológico e histórico. La varita mágica que Stalin creía que le permitía controlar a los elementos de la revolución mundial se le había

Padrecito Stalin, no vuelvas roto entre las manos desde hacía mucho tiempo; puede verse el ir y venir de sus fragmentos entre las olas y las corrientes de la historia contemporánea. Al final, Stalin pretendió detentar todavía la varita mágica y que era él quien hacía fluir y refluir las olas. Solamente controlaba a los elementos revolucionarios en la medida en que estos, que necesitaban afianzarse y sobrevivir, se unían en torno a Rusia y aceptaban el culto stalinista. De un modo igualmente paradójico, los elementos jacobinos republicanos de Europa se unieron en otro tiempo en torno al imperio de Napoleón. Pero el stalinismo, como expresión de una fase determinada de la Revolución Rusa, la fase del aislamiento y de la auto contención, está muerto desde hace mucho tiempo. Ha correspondido al propio Stalin pronunciar su oración fúnebre, pues no fue otra cosa su último discurso público en el XIX Congreso del Partido.

También en la Unión Soviética el stalinismo ha sobrevivido a su época. Había cobrado vida como una versión del marxismo apropiada para un país en el que los mujiks descalzos que trabajaban la tierra con sokhas, arados de madera, constituían la gran mayoría de la población. En el stalinismo, el ideal socialista de origen europeo occidental se mezcló con el atraso y el analfabetismo de un país semiasiático y con la tradición nativa de la autocracia zarista. El ideal socialista tenía integridad y consistencia internas. La Rusia zarista, a su vez, poseía su propia unidad orgánica y sus propias perspectivas. La amalgama de ambos había de producir algo tan extraño y tan incongruente como el stalinismo.

Sin embargo, en el transcurso de tres decenios, el aspecto de la Unión Soviética se ha transformado. El núcleo de las realizaciones históricas de Stalin consiste en esto, en que

encontró a Rusia arando con arados de madera y la deja equipada con pilas atómicas. Ha elevado a Rusia al nivel de segunda potencia industrial del mundo. Y no se trata de mero progreso material y de organización. Semejante realización no hubiera sido posible sin una amplísima revolución cultural, en el curso de la cual se envió a toda una nación a la escuela para recibir una educación intensiva.

Como todo el stalinismo, también esta revolución cultural ha sido contradictoria. Se ha caracterizado por las extravagancias del culto stalinista, por el dominio despótico del dogma, por la falsificación de la historia, etc. Igualmente, bajo la tutela de Stalin los pueblos soviéticos han llegado o están llegando a la mayoría de edad cultural. Deben a esta tutela tanto, al menos, como lo que han padecido con ella; y ahora parecen estar a punto de superarla. Ello explica, en última instancia, esa *malaise* intelectual y ese constante fermento de ideas, de cuya existencia da una abundante prueba negativa la reciente caza de herejes. Por medio de esa caza de herejes el stalinismo, ese marxismo de analfabetos, lucha por mantener su dominación sobre el espíritu de un pueblo que ha salido ya del analfabetismo.

De Lenin a Stalin

Victor Serge

Todo ha cambiado.

Los fines: de la revolución socialista internacional al socialismo en un solo país.

El sistema político: de la democracia obrera de los Soviets, meta y afirmación desde el comienzo de la revolución, a la dictadura del secretariado general, de los funcionarios y de la GPU.

El partido: de la organización libremente disciplinada, pensante y viva, de los revolucionarios marxistas, a la jerarquía de los comités, venal y sometida a la obediencia pasiva.

La III Internacional: de la organización de propaganda y de combate de los grandes años, al servilismo para aprobarlo todo sin repugnancia ni vergüenza.

Las derrotas: del heroísmo de las derrotas de Alemania y Hungría donde murieron Gustav Landauer, Leviné, Liebknecht, Rosa Luxemburgo, Joguiches y Otto Corvin, a los lamentables fracasos de la Comuna de Cantón.

Los dirigentes: los más destacados combatientes de Octubre parten para el destierro o la prisión.

Ideología: Lenin decía: «Asistimos a la desaparición gradual del Estado, y el Estado de los Soviets no será un Estado como los otros, sino una vasta Comuna de trabajadores». Stalin proclamará que «nos encaminemos hacia la abolición del Estado por el afianzamiento del Estado» (sic).

La condición de los trabajadores: el comunismo tiende a la igualdad económica; la sociedad soviética irá hacia la formación de una minoría privilegiada, cada vez más privilegiada respecto de las masas desheredadas y privadas de derechos.

La moralidad: de la gran honestidad, austera e implacable a menudo, del bolchevismo de otro tiempo, llegamos gradualmente a una superchería incalificable.

Todo ha cambiado, todo cambia, pero nos será preciso retroceder en el tiempo para darnos cuenta de la realidad. Una excesiva adhesión al régimen, ilusiones desmesuradas sobre los hombres, demasiado amor por la tierra, por el país, por los sacrificados, un exceso de grandes recuerdos nos enceguecen a todos, más o menos.

Se verifica aquí que a menudo los motivos morales tienen más valor moral que los juicios fundados sobre la política y la economía. Estas últimas, infinitamente complejas, permiten la mentira de las estadísticas y de las consignas. Aun con mucha ciencia, no suele verse claro. La indignidad, la injusticia, la emboscada tendida a los camaradas de ayer, la degradación de los hombres, la intromisión de la baja política en los debates del partido, revelan en cambio, la realidad. Los que dicen: «¡La política ante todo! ¡Que nos hunda en la cárcel, siempre que haga una política justa!», esos se equivocan en grande.

No es verdad, es cien veces falso que el fin justifique los medios. Con la iniquidad no se hace justicia; no se transforman el mundo y los hombres con cadenas, con altoparlantes gritando falsedades y con vastas agencias de intelectuales retribuidos para oscurecer los cerebros. Cada fin exige sus medios y no se alcanza un fin si no es con sus medios apropiados. Si la revolución socialista, en las horas de peligro, debe servirse de

Padrecito Stalin, no vuelvas las viejas armas que le deja la sociedad burguesa... No puede avanzar sino mejorando la situación material y moral de las masas. Mayor bienestar, más libertad, más respeto común. El socialismo que procede de otra manera, cede a una especie de contrarrevolución interna, se desacredita y corre el peligro de suicidarse.

El año 1928 nos introduce a toda velocidad en este socialismo.

Los factores económicos que se hallan en la base de toda evolución, la determinan visiblemente. No quiere decirse con esto que sea fatal; por el contrario, la experiencia soviética tiene esto de valioso: que demuestra que la economía se gobierna, pero que no se escapa a las consecuencias de una política.

Consideremos la concatenación de hechos y causas.

La dirección del partido, comenzando por la Dirección Política, que es un verdadero Directorio, ha perdido varios años en perjuicio de la industrialización. Durante años ha dejado que los kulaks se afirmaran. Para aparentar que no cedía a la oposición y mantener el poder, acababan de rechazar las proposiciones de los partidarios de la industrialización acelerada y de deportar a los que preconizaban un empréstito forzoso que debía ser cubierto por los sectores rurales enriquecidos (presentando por otra parte, ventajas indiscutibles). Ha decapitado el viejo partido, pero al día siguiente el gobierno carecía de trigo. ¿Por qué habría de venderle el cultivador en condiciones tan desventajosas? El pan faltará en las ciudades. El ejército también carecerá de él. Stalin se halla en un callejón sin salida. (Y los moscovitas, que gustan de las bromas, se preguntan unos a otros: «¿Conoce Ud. el Callejón Stalin?». —«No, ¿cuál es?». —«El Kremlin, pues».)

El trigo que no puede comprarse a los campesinos, hay que tomarlo. La Dirección Política ordena las requisiciones dando una interpretación imprevista al artículo 107 del Código Penal sobre la ocultación de depósitos. El cultivador siembra menos. ¿Para qué sembrar si han de apoderarse de la cosecha?

Para obligarle a trabajar se le forzará a ingresar en una cooperativa vigilada por el Estado, el koljós.

¿Y si se niega?

El que se niegue será declarado kulak o agente de los kulaks, desposeído de lo que tenga y enviado al norte con su familia.

Muchos se niegan. Cuando se consigue la colectivización parcial, resulta que los campesinos que han permanecido independientes están en ventaja manifiesta. No queda más que proclamar la colectivización total —Barbusse y algunos otros hablan de entusiasmo... —y la expropiación y la deportación en masa de los kulaks. Estas medidas originarán millones de expropiados y desposeídos entre los agricultores...

Para remediar urgentemente esta catástrofe en la agricultura, se impone la industrialización más acelerada. El plan quinquenal, corregido de manera que prometa un rendimiento que seis meses atrás se negaba a encarar, debe ser ejecutado con entusiasmo.

Lo será. Pero la crisis de la campaña, que en algunos lugares degenera en guerra civil apenas larvada, tiene como consecuencia hambrear a las ciudades.

Con toda premura se imprimen tarjetas para adquirir víveres. Bien pronto no se dará a los obreros más que raciones irrisorias. De acuerdo a los avisos oficiales difundidos en Moscú, la más alta ración mensual del obrero miembro de una

Padrecito Stalin, no vuelvas cooperativa, en noviembre de 1929, era de un kilo y medio de azúcar, 50 gramos de té, medio kilo de aceite vegetal, tres kilos de avena, 750 gramos de fideos, medio kilo de arenques, medio kilo de jabón.

¡Magnífica ración del proletariado de los grandes centros urbanos!

La insuficiente alimentación del obrero disminuye el rendimiento del trabajo. El racionamiento, el curso forzoso y la inflación disminuirán la capacidad de compra del rublo papel —que es el rublo-salario!— en cuarenta veces menos aproximadamente de la que tenía en 1926. El obrero huirá de las fábricas o permanecerá en ellas solamente por guardar las formas, viviendo de pequeños robos, de acomodos, todo ello favorecido por la especulación. Revendiendo un par de calcetines se gana más que en tres días de trabajo. Se hará preciso obligar al obrero a trabajar, valiéndose de una legislación draconiana. Con el propósito de estabilizarlo en los centros industriales se inventará el pasaporte interno que priva a la población del derecho de desplazarse libremente y permite deportar a cualquiera sin trámite alguno.

Los campesinos matan su ganado antes de ingresar a los koljós. Más vale hartarse bien de carne una vez en la vida y vender en secreto el cuero que dar su ganado al Estado, cuyos procedimientos son sobradamente conocidos. El ganado desaparece.

Son años de pesadilla. El hambre se extiende en Ucrania, en la región de las Tierras Negras, en Siberia, en todas las regiones que fueron graneros de abundancia de Rusia. Millares de campesinos pasan las fronteras de Polonia, de Rumania, de Persia, de China. Se van. Tanto peor si algunos son muertos en el cruce. Los demás pasarán.

La pena de muerte se implanta de un modo permanente en las ciudades y en el campo. Robo de una gavilla de trigo del koljós: pena de muerte. En virtud del decreto del 1 de agosto de 1932, la propiedad socialista es declarada sagrada; el robo se castiga con la pena de muerte.

¿Qué puede rendir en estas condiciones el plan quinquenal? Se ha prometido a la población una era de abundancia después de los esfuerzos y sacrificios que se le han exigido. El quinto año del plan llega en plena época de hambre.

¿Dónde están los responsables? ¡Nombradlos y que se los fusile! Durante años, Stalin, todopoderoso, callaba (hasta fines de 1933).

No se precisa más que una orden telefónica a la GPU, para encontrar a los responsables. La misma noche serán detenidos. Al día siguiente habrán confesado. A los dos días se los podrá ejecutar. Luego sólo faltará reproducir los telegramas de aprobación entusiasta, de confianza llena de admiración y de felicitaciones por los éxitos de la edificación socialista, telegramas que han de llegar a todas las capitales del mundo.

¿No hay ni carne ni conservas? Se fusila al profesor Karatyguine y sus cuarenta y siete co- acusados que en el secreto de la GPU confesaron haber desorganizado, por espíritu contrarrevolucionario, la fabricación de las conservas y el almacenaje de la carne (1930).

¿El plan es un fracaso? Un «partido industrial» clandestino, de acuerdo con el Estado Mayor francés, lo ha saboteado. El profesor (y agente provocador) Ramzine lo ha confesado. Condenado a muerte, indultado, rehabilitado, recompensado (1930).

¿Hay quienes no se han convencido? Otros viejos socialistas confiesan haber preparado la intervención militar de

Padrecito Stalin, no vuelvas Francia en la URSS, bajo las directivas de la Internacional Socialista. ¿Qué importa si estas directivas son inverosímiles y si se sorprende a los acusados en flagrante delito de falsedad? Ellos han confesado. Diez años de prisión (1931).

Leningrado ha pasado un verano sin frutas ni legumbres. Se fusila a cinco administradores de cooperativas. Pero en los veranos siguientes se carecerá igualmente de frutas y legumbres...

Naturalmente este régimen no es defendible para nadie, como no sea para aquellos que lo hacen por encargo y para los que, responsables de la situación, perderían, junto con el poder, la cabeza. El peso de sus responsabilidades hace intratable e implacable a la burocracia. Se defiende. Desde su consagración al poder toda su política no es más que de conservación y se halla dominada por un miedo pánico.

La burocracia ha abandonado la política de la clase obrera para practicar la propia. Tal es la gran explicación de lo que ocurre. Por lo tanto, ¡ay de quien levante una voz contra ella! Todos los años, en vísperas de la celebración de aniversarios y congresos, se detiene por millares a los sospechosos de oposición. Los opositores auténticos —algunos miles—, se hallan en las cárceles desde 1928, como es sabido. ¡Ay de quien se calle! Callarse es eludir responsabilidades abrumadoras. No. Es preciso que en cuanta ocasión se presente el ciudadano lo apruebe todo en voz alta. Todo, todo, todo. No hay más que textos magníficos votados por unanimidad, como las penas de muerte. Los poetas fundan sus votos en verso, que se publican en las gacetas.

Nada puede esperarse de los socialistas del exterior. Comprenden demasiado bien. Todo lo que se hace se justifica

por una pasión revolucionaria, más ciega cuanto más fingida. La Internacional Comunista anuncia en 1928 que «Alemania, Polonia y Francia, han entrado en un periodo de movimientos revolucionarios...» Doriot invita a los campesinos a prepararse para «tomar la tierra con el fusil en la mano». ¡Clase contra clase! En Alemania, donde asciende la ola nazi, la doctrina oficial de la Internacional Comunista dice que no se vencerá al fascismo sino pasando sobre el cadáver de la socialdemocracia.

Cuando en 1932 los nazis obtienen un plebiscito en Prusia con miras a desalojar del poder al gabinete socialdemócrata de Otto Braun, el partido comunista de Alemania —por recomendación especial de Stalin— se une a los nazis y a esto le llama la *Rote Fáhne* el “plebiscito rojo”.

He vivido lo que relato. Pero quiero citar testimonios inéditos cuya absoluta veracidad puedo certificar. Nadie desmentirá una sola línea...

La vida en un koljós: “Los integrantes del koljós no han recibido desde hace dos meses retribución alguna por su trabajo, consistente en el transporte de madera y forrajes. De las ganancias, un 50% va a la caja del koljós y un 50% para impuestos y rentas. ¿Qué es lo que quedará para los trabajadores? Nadie lo sabe. El presidente se paga a sí mismo varios bonos de harina por mes y se abstiene de todo trabajo físico. Los primeros meses, nos dicen, los miembros del koljós deben mantenerse por sus propios medios. Pero los pobres no tienen reservas. Gastan sus ropas en el trabajo, sin compensación alguna. Todo esto da pábulo a la afirmación de los kulaks de que se implanta una «nueva servidumbre”.

En una aldea vecina, cuarenta mujeres se han apoderado violentamente de sus vacas, las han encerrado en sus ca-

Padrecito Stalin, no vuelvas sas, respondiendo a las autoridades del Soviet rural; «Podéis hacer fuego sobre nosotras. ¡No entregaremos los animales!» El ganado desaparece. Cuesta trabajo imaginar que se comen tantas abominaciones en nombre del socialismo. Circula el rumor de que Zinóviev y Kamenev han sido deportados a provincia...

En marzo de 1930, Stalin autorizó a un cierto número de campesinos a salir de los koljós. En su mensaje reprochaba a las autoridades locales haberse dejado «embriagar por el vértigo de los éxitos ...»

«Los koljós se desintegran. Ochenta campesinos de una comuna han venido hoy a quejarse por haberseles obligado, mediante la violencia, a inscribirse en el koljós. En los alrededores han sido asesinados algunos presidentes de koljós. De todas partes vienen mujeres a reclamar y a tomar el ganado. Las ciudades no tienen manteca, ni huevos, ni papas y las mismas capitales reciben raciones microscópicas. Desde largo tiempo atrás carecemos de carne y de pescado. Estos días últimos por fin llegó a las cooperativas, una partida de salchichas de carne de caballo.»

Un obrero escribe acerca de la fábrica:

«Se aprieta el torniquete, ¡y cómo! 25% de aumento en el rendimiento del trabajo y 1.9% de aumento en los salarios. Son tres años ya que no ha variado el salario, no obstante que la producción ha aumentado mucho. Cinco hombres por brigada en lugar de seis, sin modificación de las herramientas. El sistema de las primas se aplica de tal manera que, dando de 20 a 30% por mes, deben pagarse cada seis meses y no se tiene, en realidad, esperanzas de verlas. Vivimos con 55 rublos por mes...»

Sobre la colectivización en el Asia Central: «Los campesinos reciben adelantos mínimos, realizándose la repartición

Antología

de las ganancias al final del año. Si el koljós tiene beneficios, los salarios no son íntegramente pagados sino en el caso de que las sumas entregadas al capital colectivo sean superiores a la suma de los salarios. En el caso contrario, el afiliado al koljós no recibe más que un por ciento de su salario nominal». (Ver reglamento de los koljós de Uzbekistán.) «Colectivizados» por obligación, los labradores no tienen ningún estímulo para el trabajo.

A la colectivización forzada han respondido los campesinos vendiendo su haber, saboteando el trabajo y rebelándose. En una región del Sir Daría ha estallado una revuelta bastante extensa y durado tres semanas...

Los campesinos dicen prudentemente: «El ejército está bien alimentado y bien vestido; no estará de nuestra parte».

Otro camarada escribe que 200 caballos abandonados andan vagando por las proximidades de la aldea adonde ha sido deportado. No se oye hablar más que de revueltas, atentados, arranques de cólera y desesperación, deportaciones, migraciones en masa en la campaña. Los abkhazes del Cáucaso meridional, en un mensaje al gobierno, le ofrecen todo su haber, le agradecen con una cortesía oriental los favores con que los colma y sólo le ruegan una cosa: que les permita emigrar a Turquía.

«Un corresponsal norteamericano, incondicionalmente afecto a Stalin, aprecia en dos millones de hombres, aproximadamente, los confinados y exilados en 1929-30 (*New York Times*, 3 de febrero de 1931). Pero aún se muestra más atroz la verdad si se sabe que la campaña para aniquilar al kulak se ha proseguido sin interrupción en el curso de los años subsiguientes y que los cálculos oficiales estiman que la disminución del kulak varía entre los cinco y los diez millones... (pero

Padrecito Stalin, no vuelvas después del primer quinquenio, en 1933, la prensa de Rostov ha señalado, por una accidental derogación de la consigna del silencio, la deportación en bloque de los habitantes de tres aldeas cosacas del Kuban, o sea, cerca de 50 mil personas; donde otros 100 mil habitantes los habían precedido en el camino de la desgracia, en dirección al norte). Puede afirmarse, pues, que cinco millones de aldeanos, por lo menos, sin distinción de edad ni de sexo, han sido desalojados de sus hogares, entregados a una miseria inicua y muchas veces a la muerte.»

Un deportado de Siberia escribe: «Quiero referir lo que he visto en una región en cuanto a la política para con los kulaks. Por comenzar, vimos llegar a 3 mil kulaks deportados. Muchos de ellos eran campesinos pobres o medianos. Los había que fueron condecorados por haberse batido en la guerra civil, pero naturalmente, se les habían retirado sus condecoraciones. De acuerdo al proyecto, debían trabajar en la tala de bosques; pero nada se había preparado para recibirlos. Bien pronto el apiñamiento en las barracas provocó una fuerte epidemia de tífus. En los bosques la situación era peor aún. Se les mandaba allí, no sé por qué razón, con sus mujeres, sin la suficiente ropa de abrigo, en pleno invierno.

«Se prepararon para una revuelta general, bajo la dirección de un ex-soldado. Logramos impedir esta nueva desgracia obteniendo de las autoridades la abrogación de la orden de envío a los bosques.»

Todo esto se parece mucho al sabotaje organizado, en una escala muy vasta.

Un amigo que ha recorrido muchos koljós me dijo que nada quedaba de las aldeas de otro tiempo y que ya no hay retorno posible a la propiedad individual, sin revueltas catastró-

ficas. Un 15% más o menos de cultivadores es decididamente partidario de los koljós. Son los jóvenes comunistas; hacen de todo, trabajan más allá de las fuerzas humanas. Los otros campesinos, no pudiendo hacer otra cosa, van al koljós, pero procuran en lo posible entrar con las manos vacías. «Los campesinos del Estado, dicen ellos, serán en adelante como obreros, que...»

Los campesinos pobres son tratados también como enemigos: «Se procede a la depuración de las asambleas de los pobres. Un sovieta vecino acaba de resolver la expulsión de veinte campesinos pobres, entre los cuales hay muchos sinceramente afectos al gobierno, calificándolos a todos de *agentes de los kulaks*. Su crimen consiste en no haber callado siempre, en decir que su situación ha empeorado, preguntar si habrá todavía un plan quinquenal. (El informante ha dicho que esta pregunta hacía el juego a los kulaks)».

Sobre este inmenso drama de la campaña rusa existe un notable documento literario, que, subrayémoslo, es obra de una apologista oficial: *Campos Roturados*, la novela de Sholojov.

Para que los errores y los crímenes no puedan ser imputados al socialismo, se impone aquí una corta digresión. El socialismo no concibe aplicar semejantes métodos a los campesinos; lejos de ello, se opone a esas medidas; contrae con respecto a ellos otros compromisos y, conocida la experiencia rusa, sabrá tener en cuenta el ejemplo de lo que no debe hacerse. (Por el contrario, no es difícil que una burocracia fascista al servicio del capital financiero, acorralada por las circunstancias, ante una crisis del trigo, aplique a la pequeña propiedad agrícola los métodos stalinianos.)

Lenin repite incansablemente: «No presionar a los campesinos...» El Estado que crean los bolcheviques se proclama

Padrecito Stalin, no vuelvas Estado de los obreros y campesinos: tal es su denominación oficial. Al mismo tiempo que preconizaba la lucha contra la burguesía rural exactamente como contra cualquier otra burguesía, Lenin hacía votar por el II Congreso de la Internacional Comunista que, en principio, aquélla no debe ser expropiada al día siguiente de la toma del poder...

«Engels —escribe Lenin— ha subrayado que los socialistas no piensan en expropiar a los pequeños agricultores y estos han de llegar a comprender por la sola fuerza del ejemplo, las ventajas de la agricultura socialista mecanizada.»

En otra parte, en uno de sus discursos fundamentales sobre la NEP, que es presentada como una política de conciliación con los campesinos, dice:

«El principio mismo de nuestra dictadura, es el de mantener la alianza con el proletariado y los campesinos para que el primero pueda conservar el poder».

Trotsky, en *La Revolución Traicionada*, destaca el papel que corresponde a la improvisación en el proceso de la colectivización, por incapacidad o imposibilidad de hacer algo mejor. Pocos meses antes de proclamar la colectivización total, la Dirección Política la consideraba como un proceso que debía durar largos años... Desde su destierro en Constantinopla, Trotsky no dejó de manifestar su más rotunda protesta contra lo que denunciaba como «una funesta aventura económica». Con amarga sátira señalaba que la reunión de centenares, ni siquiera de miles de barcas de pesca, no podría formar un trasatlántico; análogamente tampoco se improvisa una gran explotación agrícola moderna obligando a campesinos pobres a reunir sus arados, sus bueyes y sus gallinas. La verdadera colectivización socialista debe imponerse a los agricultores por

las ventajas evidentes que ofrezca mediante el uso de las máquinas y la aplicación de la agronomía racional.

Respiremos aún la atmósfera del país. De una carta de Moscú, fechada en abril de 1933: «Acaba de declararse una huelga en una imprenta donde trabajaban entre 500 y 600 obreros. Causas: durante las interrupciones forzosas del trabajo —falta de papel—, los obreros no percibían más que el 75% de su salario; además, existía un mal aprovisionamiento de la cooperativa. Los comunistas también han abandonado el trabajo y la Comisión de Control los juzgará. Muchos funcionarios han sido inmediatamente revocados y se han satisfecho todas las reivindicaciones de los obreros; tres ‘dirigentes’ están en la cárcel.

«Reina el pánico a causa de la distribución de los pasaportes. Cerca del 30% de los habitantes no puede conseguir sus pasaportes internos para vivir en Moscú y se les ha dado orden de abandonar la ciudad para el 1.º de mayo. Muchos expositores se hallan en ese caso.

«El invierno último ha sido tan duro como el de 1919. El tifus hizo estragos. Veíanse en las estaciones de ferrocarril a enfermos abandonados, devorados por los piojos. Se negaban billetes de tren para ciertas regiones puestas en cuarentena a causa del tifus. Es el caso del Cáucaso septentrional y del Asia Central donde hay algo más que tifus: los disturbios han tomado las proporciones de una guerra civil local.»

Un escritor comunista me decía en esos días: «¿Por qué no escribo más? ¿Y qué quiere usted que se escriba actualmente? Espero la oportunidad de hacerme enviar al Pamir, o al Ártico, en un rompehielos. No puede hacerse nada mejor».

He aquí impresiones de Ucrania, en la misma época: «Kharkov se ha agrandado visiblemente, hay muchas empresas

Padrecito Stalin, no vuelvas y habitaciones cooperativas nuevas. Sin embargo, decenas de millares de habitantes pasan las noches casi sin luz y sin calefacción. Hay barrios íntegros en la ciudad que carecen de electricidad. Los cines están cerrados, las casas a oscuras. Esto, durante semanas. Ni petróleo, ni velas, tinieblas absolutas. Los burócratas, esos privilegiados, son los únicos poseedores de malas lámparas a petróleo. No hay petróleo, aunque la extracción de nafta ha aumentado en Bakú. Ni electricidad, aunque el Dnieperstroy está terminado. Esto es excesivamente deprimente. Lo mismo ocurre en las demás ciudades. Las gentes viven estúpidamente en una angustia animal. El contraste entre la producción y el consumo es desalentador. Poseyendo un número mayor de máquinas ocurre que no se vive mejor, sino peor».

He visto el Dnieperstroy. En verdad es una obra grandiosa de la inteligencia y de la fuerza humanas. Hermoso como un juguete, preciso, brillante, formidable. De los cuatro cuerpos terminados, tres se hallan inactivos porque las fábricas a las cuales debían suministrar energía eléctrica, no existen todavía. ¡Esto en cuanto al plan! Y si la empresa eléctrica está limpia y cuidada, no es lo mismo en lo referente a los barrios obreros. Los periódicos han repetido muchas veces que una aldea próxima se había convertido en una ciudad de 70 mil habitantes. Han descrito los clubs y han publicado fotografías de las habitaciones obreras. ¿Mentiras? No, Todo eso existe. Sólo que no dicen que se trata únicamente de una pequeña minoría que vive en condiciones tolerables. Los otros se albergan en barracas, viven en la oscuridad, la suciedad, el frío, la alimentación insuficiente. Muestran caras de descontento; más que eso, se siente entre ellos la desesperación. Esta situación no podrá prolongarse por mucho tiempo...

Los piojos, a los que en otro tiempo Lenin había declarado la guerra, han retornado en masa. Muchedumbres piojosas llenan las estaciones de ferrocarril, esperan durante semanas no se sabe qué trenes, amontonados, hombres, mujeres, niños. Se les echa; vuelven, sin dinero, sin billetes. Suben a cualquier tren y viajan mientras no se les haga descender. Por lo demás, se mueven silenciosos y pasivos. ¿A dónde van? A buscar pan, papas, trabajo, en fábricas y lugares donde se obtenga una alimentación menos mala. La obtención de pan es el gran motor de estas multitudes. ¿Qué decir de los robos? Se roba en todas partes...

Los dirigentes exigen optimismo. «Se han pasado situaciones más negras.» Todas las mociones que preparan se aprueban por unanimidad. Sobre cada diez comunistas, ocho están llenos de dudas, pero votan. Si se les reprocha esta actitud, responden: «¿De qué serviría que fuera a pudrirme a Siberia?»

La mujer de un capitulador detenido me contó que le decía al juez de instrucción: «¿Por qué lo atormentan? Hace tiempo que renunció a toda oposición y que trabaja con la mejor buena voluntad». Por toda respuesta, el agente de la GPU le aconsejó que se divorciara.

De una carta de febrero de 1933, cito estas impresiones: «Kirov dirigiéndose en Leningrado a los jefes activos del partido, dijo: “Seremos implacables, y no sólo con los comunistas que hacen un trabajo contrarrevolucionario (vale decir, los opositores), sino también con aquellos que carecen de firmeza en las fábricas y en las aldeas y no hacen ejecutar el plan. Se han enviado ya 400 miembros del partido a las islas Solovki”.

»Prosiguen las detenciones en la derecha del partido. Se acaba de arrestar a un gran número de funcionarios del Comi-

Padrecito Stalin, no vuelvas sariado de Agricultura, acusados de sabotaje. Muchos de ellos pertenecen al gobierno. El subcomisario del pueblo en agricultura, Connor y los miembros del Consejo del Comisariado, Wolf y Kovarski, parecían hallarse a la cabeza de la conspiración. Se les acusa de haber estado en relación con los nacionalistas ucranianos de Polonia. Es posible que hubiera traidores en esa repartición, pero la historia en su conjunto parece fabricada con elementos dispares. Connor, originario de Galitzia, se hizo bolchevique durante la guerra, participó en la guerra civil, ha simpatizado hace algunos años, creo yo, con la oposición de izquierda. Nadie cree en esas acusaciones. Todo el mundo piensa que el jefe prepara un proceso, con carácter de ejemplar, contra pretendidos desorganizadores de la agricultura».

No hubo proceso. Connor, Kovarski, Wolf y otros 32 funcionarios y agrónomos fueron pasados por las armas sin juicio previo en Moscú en los primeros días de marzo de 1933.

Hemos llegado al capítulo de la represión. El sistema íntegro descansa sobre la represión desde el día en que la selección de los dirigentes se hizo con ayuda de la GPU. Poco diremos sobre la libertad de opinión o de palabra. Todos los socialistas, sin excepción, de todos los matices, están en la prisión o deportados. Todos los anarquistas y todos los sindicalistas, también. Todos los comunistas opositores también. El pensamiento oficial no soporta ninguna duda, ninguna veleidad de objeción. Estamos en 1930. A partir de esta fecha comienza la proscripción de los sospechosos. Antiguos militantes, retirados de toda actividad política desde hace diez o más años, por haber sido socialistas o anarquistas, o comunistas opositores, desaparecen una noche y muchos meses más tarde se sabe que han llegado al campo de concentración de Ust-Petchora o deportados a las tundras del Ienissei.

Los sospechosos de herejía política son particularmente numerosos dentro del partido. Una palabra torpe, una reticencia, una vacilación —puede hacer años de ello, pero un delator lo recuerda—, un silencio es suficiente. El hombre desaparece. Las cárceles se llenan de sospechosos. De cuatro a cinco mil opositores fueron detenidos en 1928- 1929. Los opositores suman mayor número. Después de 1934 y del asesinato de Kirov por un joven comunista de Leningrado, decenas y quizás centenares de miles de sospechosos, comunistas y otros, siguen el camino del cautiverio. ¡Con esta mano de obra penal excluida del beneficio del Código del Trabajo podrán abrirse canales y trazar caminos estratégicos!

Muchos miles de condenados han trabajado en el canal del Mar Báltico al Mar Blanco. ¿Cuántos han muerto? Los escritores oficiales no nos informan sobre ello.

La URSS tiene los campos de concentración más grandes del mundo. Ocupan regiones enteras, como la de Kem-Solovetski (Mar Blanco), la de Karaganda (Asia Central), la de la desembocadura del Petchora. Pero los hay en todas partes. Cárceles, calabozos subterráneos, obras de desbrozamiento, lugares atroces, empresas modelos, hermosas colonias de reeducación para mostrar a los visitantes y procurar temas fecundos a los directores de películas cinematográficas. (¡Qué cosa sencilla en verdad, el mejoramiento del criminal! Dad al ladrón, a la pobre prostituta, trabajo bien retribuido, buen alojamiento y distracciones inteligentes y nueve veces sobre diez obtendréis el resultado deseado, por la excelente razón de que jamás hubieran robado si hubiesen gozado de condiciones de existencia satisfactorias.) A los políticos no se los ve por ninguna parte. A los que resisten y no mueren a causa de las huelgas de

Padrecito Stalin, no vuelvas hambre para defender lo único que les queda, la dignidad, no se los ve más.

El lector interesado en informarse con precisión sobre este importante aspecto de la vida soviética me disculpará que le recomiende nuevamente recurrir a un trabajo mío: *Le dossier des fusilleurs* y reflejar la verdad de las cosas con ayuda de documentos tomados de las propias fuentes.

«La represión se basa en delación: aumenta el pánico en el Comité Central, y éste reacciona persiguiéndonos. Es difícil hallar palabras para expresar hasta qué extremos ha llegado la persecución. Detenciones en masa. Se arresta por una palabra interpretada como muestra de simpatía hacia la oposición; se detiene por algunas palabras dichas en la fábrica, en las reuniones de “autocrítica”. Centenares de obreros sin partido, acusados de ser opositores, se hallan en la cárcel de Butirky; muchos de ellos ya han sido deportados; pero llegan otros. La delación estaba muy difundida el año pasado, pero al presente reviste proporciones colosales. Se encuentran agentes provocadores en la prisión, en los lugares de deportación, en todas partes. Ciertos agentes provocadores tienen como misión especial la de desmoralizar a los que forman la colonia de deportados, invitándolos a capitular y denunciar a las autoridades a los que no ceden, elementos considerados intratables que no tardarán en ser enviados a otro lugar o encarcelados. Los deportados están constantemente expuestos a las requisiciones, detenciones y traslados sin fin.» (Carta de Moscú, 5 de mayo de 1930.)

Lo mismo ocurre, naturalmente, en toda «la sexta parte del mundo». «Kharkov, 3 de agosto de 1930. —Para nosotros aquí todo sigue como en el pasado: detenciones, deportaciones, prisiones; congresos de unanimidad para los burócratas.

Acaban de encerrar a no poca gente. Bogdanov, del taller de máquinas, había sido elegido por los obreros presidente del Comité de fábrica, pese a la intervención de los burócratas. Llegó la GPU y arregló ese asunto con el artículo 58».

De una carta de Asia Central, agosto 1930: «Nuestros padrinos (la GPU) preparan el XVI Congreso del Partido: puras visitas nocturnas, allanamientos, detenciones, deportaciones. Avoyan, deportado a Bukhara, es enviado al aislador de Verkhneuralsk; María Joffe, por el contrario, ha llegado a Bukhara; en Rúbtsev, cinco camaradas de cada diez están encarcelados; tres han sido detenidos durante su deportación en Kril-Orda, a mediados de julio; seis deportados fueron encarcelados en Kazalinsk. Noticias semejantes llegan de Blisk, Kansk, Tchímkeut, Oremburg, Alma-Ata, Omsk, Tomsk, Slavgorod. Delaciones a cada paso. Nadie consigue trabajo. Hay que mantenerse con los quince rublos asignados por la GPU, cuando el mínimo estricto para vivir sería de sesenta. A pesar de todo mantienen su posición con firmeza».

Los deportados que resisten la desmoralización son constantemente trasladados de un extremo a otro, privados de trabajo, hostigados durante años.

En la víspera del Congreso, se ha trasladado a una cantidad de opositores juzgados como demasiado firmes, llevándolos a los más sucios rincones de deportación. De Uralsk, Nina Stern fue enviada a Kara-Tubé, donde corre el riesgo de morir literalmente de hambre y donde, además, se han producido casos de peste... Uno de los nuestros, llegado a Turi-Kul, encontró allí toda una colonia de camaradas. Muchos acababan de capitular porque ya se les había hecho materialmente imposible toda resistencia. Nos hallamos en la situación de

Padrecito Stalin, no vuelvas ratones con quienes juega el gato. Esto no es una razón para dejarse impresionar y deducir que el gato es lo más poderoso que exista sobre la tierra...

T. ha cedido después de dos años de deportación. Se han cebado con él. «Soy un inválido, me escribe, tengo los nervios rotos, una úlcera en el estómago y escorbuto (adquirido en la prisión); tales son las razones principales de mi capitulación.»

«Los obreros están deprimidos: suben los precios; faltan víveres. La desaparición de la moneda de plata es significativa...»

Ceder, capitular, es renunciar a pensar, declarar por escrito según fórmulas dictadas, aprobar y admirar la «línea general del jefe genial». Es oponerse a disposición de las autoridades para vigilar, espiar, denunciar a los demás, a los camaradas más firmes que resisten. Ceder y guardar alguna dignidad no es de ningún modo cosa fácil: los clasifican como doblemente sospechosos.

Un camarada que ha capitulado, escribe: «Se me deja trabajar en la fábrica, pero no gano más que cincuenta rublos por mes. Dos veces se ha negado el Comité a reintegrarme al partido. Motivos: desconfianza, se duda de mi sinceridad. Los viejos camaradas opositores me huyen como a la peste. Los miembros del partido me miran recelosos. Si formulo una crítica me dicen: “¡Tú reincides!” Si constato que alguna cosa se hace bien, es “por disimular mi pensamiento y hacer proselitismo”. He resuelto callarme, pero ahora me acusan de “condenarlo todo con mi silencio”. A decir verdad, me siento como un sarnoso».

Todo esto no puede ponerse en duda, pero la suerte de los que resisten es con frecuencia peor.

«Nuestros deportados carecen de todo: están literalmente librados al hambre y al frío. Usted me escribía ayer: “Se

nos quiere vencer por el hambre; no nos rendiremos. Tenemos la razón. Reventaremos de hambre, pero no abjuraremos”. Hacemos colectas, pero es extremadamente peligroso». (Noviembre de 1932.)

Katia Kh, estaba en Tchardyr con un bebé de un año. No se le daba trabajo, su marido está en la cárcel. Ella suplicaba en todas sus cartas a los camaradas que no dejaran morir de hambre al pequeño. Cuando hubo terminado sus tres años de deportación se le envió al Asia Central con un convoy de criminales, dándole para su subsistencia 50 kopeks por día. Debo decirles que medio kilo de pan cuesta de dos a tres rublos. En todas partes el mismo cuadro: la situación de los deportados es frecuentemente espantosa. Muchos están enfermos. Solntsev, en prisión, padece de escorbuto. Ha terminado su plazo, pero no se le pone en libertad. Su mujer le propuso solicitar el envío a la deportación, pero él ha opuesto un rechazo categórico.

Eleazar Solntsev, uno de nuestros jóvenes militantes, de extraordinario talento y verdadera grandeza moral, ha muerto en una huelga de hambre, en el hospital de Novosibirsk, en enero de 1936.

Tres camaradas han sido puestos en libertad después de una huelga de hambre, pero uno de ellos ha muerto a consecuencia de la misma.

Mussia Maguid ha sido libertada y deportada por el convoy de los delincuentes comunes, a Minussinsk, después de haber pasado seis meses postrada en la celda. Se halla nuevamente en cama. Es valiente pero escribe a sus padres que no cuenten con volverla a ver. Gaev ha vuelto de la prisión de Verkhneuralsk a Moscú: ha perdido la vista a consecuencia de una anemia perniciosa. Vladimir Kossier está en Minussinsk (Carta de noviembre 1932).

De la prisión desaparecen hombres. «Doscientos cincuenta de los nuestros están en el aislador (casa de reclusión) de Verkneursk. Después de una protesta de los detenidos, Ianuchevski, considerado como un cabecilla, fue enviado a Moscú; enterrado en una prisión interna, y según rumores, fue condenado a diez años de campo de concentración. Como las protestas colectivas no son toleradas, he aquí lo que se hace: un camarada formula una protesta; los demás se solidarizan con él, individualmente. Eso es lo que hizo Ianuchevski. Desde entonces nada se sabe de él y han corrido ya largos meses. Los hermanos Achwalbach, uno de los cuales se hallaba seriamente atacado de tuberculosis, han desaparecido también después de una larga estadía en la prisión interna de la GPU, en Moscú.»

Es verdad que se desaparece mucho más en la ciudad, y por las mismas razones.

No se crea que elijo testimonios excepcionales sobre hechos excepcionales. Tomo casi al azar entre la multitud de documentos, algunas líneas de los que me parecen los más típicos, por su banalidad. Quien conozca un poco la vida rusa, podrá atestiguarlo. Las cartas que he citado datan de varios años atrás porque ya no se reciben más. El sistema se ha perfeccionado; hoy no pasa nada, la situación ha empeorado en mucho. A estos datos hay que sumar, pues, un coeficiente, un elevadísimo coeficiente de dureza, cuando no de ferocidad. De semestre en semestre la represión no ha cesado de intensificarse desde hace años, en amplitud y en falta de humanidad.

La vida en las prisiones: «Uno de nuestros compañeros tenía por costumbre decir que nosotros serviríamos de estiércol para fertilizar el suelo donde han de germinar, después de nosotros, las nuevas cosechas de la revolución. El estado de

ánimo ha mejorado. Se esperan cambios. Trabajamos todos por profundizar nuestros conocimientos, por dominar idiomas, especialmente el alemán. Ininterrumpidas discusiones sobre la cosmología, el tiempo, la mecánica, el marxismo, el peligro de derecha. La censura no deja de filtrar al exterior nada de nuestra vida intelectual. El número de camaradas que pueden comunicarse entre ellos dentro de la cárcel misma, también es limitado. Habíamos organizado muchas huelgas de hambre; después de la primera obtuvimos doce cartas por mes en lugar de cuatro. Esta huelga fue larga; muchos camaradas salieron de la misma gravemente enfermos. La segunda huelga tuvo lugar después de una serie de injusticias terribles; nos negamos a toda comunicación con el exterior. Los nervios están tensos; nos hallamos casi al fin de nuestras fuerzas... No cabe duda que los socialistas salían de las cárceles zaristas en mejor estado que el nuestro cuando salgamos de los aisladores de Stalin». (Carta de junio de 1930.)

A fines del verano de 1931, en el aislador de Verkhneuralsk los malos tratos alcanzaron su punto culminante con una tentativa de asesinato contra un camarada prisionero, llamado Essayan, que fue herido de un balazo en el pecho. Treinta opositores hicieron una huelga de hambre de dieciocho días. Se hizo el intento de alimentarlos por la fuerza. Fueron atacados por el escorbuto. Una delegación de doce detenidos bolcheviques-leninistas, invitada por las autoridades para las negociaciones, fue sacada por la fuerza y llevada a destino desconocido.

En 1933 tuvo lugar con cierto éxito una gran huelga de hambre contra la sistemática duplicación de las penas. La GPU (hoy lo hace el Ministerio del Interior, habiendo cambiado solamente el nombre) infligía penas de reclusión por tres años, sin

Padrecito Stalin, no vuelvas juicio ni motivo, mediante simple disposición administrativa. Si a la terminación de ese plazo el opositor aún no se había convencido de las bellezas del régimen, se le otorgaba un suplemento de dos años. Cumplidos los cinco años, algunos comunistas de la primera hora consiguieron la libertad pidiendo que fueran deportados, esto es, enviados a alguna aldea o ciudad muy lejana, amenazando, en caso contrario, con dejarse morir de hambre.

Y todos lo hubieran hecho.

Algunos meses más tarde, estaban todos detenidos en el lugar de deportación y condenados por orden administrativa a nuevas penas de cinco años de reclusión. Tal es la suerte de mis amigos Gregori Iakovine, Vassili Pankratov, Fedor Dingelstedt, Chanaan Pevzner y muchos otros. El pensamiento socialista de hoy no conoce héroes más estoicos que estos.

Un rasgo todavía: En el seno de la GPU, como en todas partes, reinan el miedo y la confusión. Nadie confía en nadie. A la menor sospecha, frecuentemente injustificada, suscitada por ejemplo por haberse mostrado cortés con un opositor detenido, o displicente durante una requisición, se es despedido. La más mínima falta motiva detenciones. La menor complacencia hacia la oposición es castigada con la pena de muerte.

Acabo de obtener la confirmación de lo que le informé: el guardián de la cárcel de Tomsk que había consentido en transmitir una carta a Sosnovski, ha sido fusilado, cosa que sé de fuente segura.

Nada he dicho de los suicidios, de las ejecuciones secretas. Habría que decir demasiado sobre ello. ¡Abrevio, pero puedo probarlo todo!

El Dios Desnudo

Howard Fast

Como miembro del Comité de Refugiados Antifascistas fui llamado ante el Comité de Actividades Antiamericanas, en un pasado lejano, cuando este comité estaba dirigido por los senadores Wood y Rankin. Un largo proceso con juicios y apelaciones terminó finalmente en una condena carcelaria por desprecio al Congreso; porque desde el principio yo, con los otros miembros de la dirección, rehusamos entregar los libros con las listas de nombres de personas que habían contribuido a la obra del Comité Antifascista y con los de otras que habían recibido ayuda de dicho comité. Sentí, como simple asunto de conciencia, que cuando la gente confía en uno, en cierto grado, no se la puede denunciar.

En el tiempo en que estuve preso, mi nombre había aparecido ya muchas veces unido al del Partido Comunista. Y, aunque jamás afirmé públicamente ser miembro, igualmente evité toda negación pública del Partido. El año antes de cumplir mi condena —es decir, en el verano de 1949, porque me pusieron preso en 1950— tuvieron lugar las terribles revueltas por los conciertos de Paul Robeson en Peekskill. Los detalles de estas revueltas, sobre las que escribí en un libro titulado *Peekskill, USA*, nuevamente volvieron a llamar la atención del público sobre mí, etiquetándome como militante comunista. Después de esto, movimiento tras movimiento, ya se tratara de salvar la vida de un negro condenado en el sur, o de una campaña ante

Padrecito Stalin, no vuelvas el congreso por el Partido Laborista Americano, me encontré —dentro de lo que puede serlo un escritor— como representante público del Partido Comunista de los Estados Unidos.

Durante este período asistí a la destrucción que se hizo de mí como escritor que tenía acceso al público norteamericano. Poco a poco se produjeron las cosas: las revistas empezaron a sospechar propaganda comunista en las cosas que yo escribía; las librerías no solicitaban mis libros o los distribuían de mala gana; gentes con “celoso espíritu público” procuraron hacer censurar mis libros; y *El ciudadano Tom Paine*, fue retirado de las escuelas neoyorquinas, acusado de tener “pasajes subidos de color”. Cuando salí de la cárcel en 1950 empecé a escribir el libro más largo y, para mí, el más importante de mi carrera, *Espartaco*. Cuando lo terminé, año y medio después, había llegado al punto en que mi destrucción ante el público americano era más o menos completa. Siete editoriales importantes rehusaron publicar *Espartaco*. Desesperado, lo publiqué yo mismo, y casualmente se convirtió en uno de los éxitos del año.

Lo que acabo de decir es de suma importancia; atacar y revelar la actitud del Partido Comunista hacia los escritores y la literatura, y afirmar al mismo tiempo que la América no comunista trata la literatura como debería hacerlo una nación enteramente democrática, sería no sólo deshonesto, sino engañoso. Otras cosas son más importantes: y para mí el hecho de que una sociedad democrática sea imperfecta en la aplicación práctica de la democracia no es un hecho concluyente. Vivimos en un mundo imperfecto, cosa que los hombres de buena voluntad han comprendido desde hace años. Y han procurado entonces mejorar este mundo.

En los Estados Unidos quedé mutilado en mi función de escritor. A mi propia costa y con pérdida financiera debí publi-

car mis propios libros. Desde la riqueza y el éxito relativos, me vi obligado a luchar por mi existencia literaria; gradualmente, mi trabajo continuo iba siendo menos y menos conocido.

Pero fuera de las privaciones, tres hechos son importantes:

1. Continué escribiendo.
2. Continué viviendo.
3. Continué luchando por el derecho inalienable a escribir como se me diera la gana.

Lo detallo tanto, a causa de la experiencia brutal e injustificable de aquella época. Me opuse a la política del gobierno de mi país y no ahorré palabras duras. No solicité cuartel y no me lo dieron; sin embargo, los tres puntos especificados arriba se mantuvieron.

Mis colegas en la Unión Soviética pueden mucho menos que yo frente a su propio gobierno. No pueden oponerse. No pueden provocarlo. Como máximo, se atreverán a provocar dentro de su oficio. Y respecto a ellos tres hechos son importantes:

1. No pueden continuar escribiendo: son silenciados.
2. No siguen viviendo: son torturados y ejecutados.
3. No siguen luchando por el “derecho inalienable de escribir como se les de la gana”. Este privilegio es algo extraño para ellos; “Como se le dé la gana”, es una filosofía desconocida, y cuando han procurado descubrir y adoptar esta filosofía desconocida, los jefes los han recompensado con la muerte por haber tenido la desdicha de querer ejercer su oficio.

Si no fuera por el discurso secreto (el informe de Krushov en el XX Congreso del PCUS) y por la cantidad de información obtenida de fuentes comunistas evocadas y sacadas a luz

Padrecito Stalin, no vuelvas por el discurso, lo dicho más arriba sería probable, pero estaría sujeto a graves interrogantes. Porque parece ser una de esas cosas de la vida que no se apoya en la lógica o en la razón, que no se relaciona con la experiencia del mundo de las personas corrientes. Y no es que vivamos en un mundo que desconozca el crimen brutal y sin sentido; pero el asesinato brutal y sin sentido de escritores por un gobierno que se precia de socialista presupone una contradicción paradójica que llega al borde de la locura.

De la misma manera, mucha gente no entiende ahora la creciente resistencia ante el comunismo que se produce entre los escritores del mundo entero... la mayoría habiendo sido comunistas. En otro punto de este libro trato de explicar las fuerzas que actúan sobre un escritor para que la libertad sea su necesidad profesional y humana; pero también es importante analizar cómo opera lo contrario en los países del oriente de Europa y en las democracias populares.

Nosotros, en el mundo occidental, tenemos un conocimiento mucho más amplio y más íntimo de la literatura rusa precomunista, mucho más de lo que los Soviets quieren reconocer. No sólo los grandes novelistas rusos, Tolstoi, Dostoievsky y Gogol han influido en la novela moderna, sino que es inconcebible pensar en un dramaturgo consciente de nuestros días que no haya recibido la influencia de Chéjov, un cuentista serio que no haya estudiado y admirado los incomparables cuentos rusos. Si esto sucede en occidente, ¡con cuánta más razón es consciente de este pasado el escritor ruso y de la Europa oriental!

Hay muchas razones para este espléndido florecimiento de la literatura rusa: me he detenido aquí para mencio-

nar algo de paso. La tardía aparición de Rusia en el escenario moderno, el brusco impacto de la literatura oriental y occidental sobre la pequeña minoría literaria, crearon una especie de Renacimiento en el siglo XIX y, dejando de lado la forma, el desarrollo de la literatura rusa tiene una notable semejanza con la riqueza del Renacimiento. Con esto, la tradición de un humanismo constante en la clase dirigente se enfrentó con un reformismo vital por la constante política de lucha contra la tiranía del zar y los terribles extremos de riqueza y de pobreza que afectaron a un grupo de escritores humanos y meditativos, un sentimiento de compasión y de preocupación por la dignidad del hombre como no ha tenido parangón en el mundo. El hecho de que no pudieran criticar su sociedad, aunque esta crítica se expresara, los salvó de las chaturas y los sentimentalismos de sus contemporáneos occidentales y los aguijoneó hacia las más altas perfecciones del método realista.

Al igual que todos los grandes escritores, no escribieron homilias sino prédicas, aunque no predicaron; desnudaron, expusieron, llevaron una incesante batalla contra la hipocresía, la gazmoñería y demás. E hicieron esto en un lenguaje que, para citar a Lomonosov, incluía: “la magnificencia de la lengua española, la levedad del francés, la solidez del alemán, la ternura del italiano y, sobre todo, la riqueza y la concisión de una poderosa imaginaria, digna del griego y del latín”.

No es sorprendente que logran algo: pero también presentaron un problema a sus descendientes comunistas. Es inútil especular sobre la literatura que podría haber en mundos que no conocemos: en la historia humana las mejores literaturas han sido inquisitivas, impacientes y críticas. A veces, cuando se olvida el tiempo en que fue escrita una literatura y

Padrecito Stalin, no vuelvas se la trata a ésta, tendemos a olvidar los aspectos críticos; pero aún entonces el carácter inquisitivo y buscador del trabajo sobrevive para darnos eso que llamamos grandeza. Hasta tal punto es éste el caso, que así se define la literatura; cuando se prohíbe la crítica, la rebeldía, trabando, envileciendo, enojando a los que disturban, ofenden, irritan y provocan, entonces... se prohíbe la literatura misma. Las dos cosas son una. No existe una literatura pasiva que valga un comino, y esto es tan evidente que hasta vacilo en repetirlo.

En otras palabras: la simple práctica de la literatura es siempre peligrosa para la tiranía; sin embargo, por muchos motivos históricos y sociales, pocos tiranos asesinan a sus escritores. Uno de estos motivos es que las circunstancias de la tiranía impiden generalmente que el tirano pueda pretender tener toda la razón; otro motivo es que la tiranía rara vez es total; otro, las relaciones del tirano con la opinión mundial; y, nuevamente y no menos importante, las fuerzas siempre crecientes de la tradición y la civilización, que siempre han mirado con malos ojos la persecución y el asesinato de los escritores.

Rusia ha presentado al mundo otra situación, la consolidación del poder dentro de una estructura del poder que ya he descrito: el Partido Comunista. Un gran complejo industrial moderno fue creado dentro de una nación que, literalmente, no posee un gobierno tal como lo entendemos nosotros, sino un marco administrativo que controla el Partido Comunista, con una tiranía inigualada por ninguna otra en la historia. Elecciones, parlamento, tribunales, policía, etcétera, todos los mecanismos históricamente creados de un gobierno equilibrado, existen únicamente como ramas del Partido; y nada dentro del andamiaje podrá nunca respirar sin la voluntad y el con-

sentimiento del Partido. La formación de fracciones, de otros partidos, de zonas de resistencia, es casi imposible mientras el Partido Comunista mantenga su unidad monolítica.

El resultado de esta situación se refleja agudamente en la literatura soviética moderna. La vitalidad de esta literatura en la década del 20 reflejó el período de preconsolidación de la revolución y la guerra civil, cuando el Partido Comunista ruso no era lo bastante fuerte ni estaba tan seguro como para imponer su voluntad. El resurgimiento de vitalidad durante la invasión hitlerista se debió al hecho de que la gente y la tiranía burocrática se unieron por un momento frente a la realidad arrolladora, ante el despiadado avance del monstruo del nazismo. Pero este resurgimiento nunca igualó la vitalidad original revolucionaria del veintitantos; porque en este período la literatura rusa llegó a la grandeza pasada sólo cuando se trató directa y exclusivamente del enemigo y de la defensa de la tierra soviética.

Por este tiempo, ya habían sido destruidos los privilegios básicos del escritor que debe tratar con la realidad. El privilegio —en el sentido del escritor, la necesidad— de la crítica y de la oposición ya habían sido quitados; en su lugar, como *reductio ad absurdum* se había instituido la corrupción del grupo de ideas originales del socialismo, de sus sueños y sus esperanzas. Esto consiste en un método social en que, en lugar de la verdadera moral, de la moral de la justicia y del derecho a reclamar justicia, existe un conjunto de supuestos y dictados “puritanos”, moldeados por los toscos y limitados entendimientos de los comisarios.

Daré un ejemplo: en lugar de tratar seriamente de cambiar la condición de degradación social de la mujer rusa, se

han adoptado como “realidad” una serie de gazmoñerías victorianas concernientes al sexo, que no corresponden en modo alguno y que no influyen en la realidad verdadera. La realidad está prohibida.

En lugar de un intento inteligente de entender los problemas de la juventud, se ha adoptado una descripción de los jóvenes que parece salida de alguna serie del año 1900, como “realidad”. Nuevamente, ésta no es la realidad ni la influye pero, para el escritor, es ley. Bajo pena de severos castigos debe aceptar esto como realidad. En lugar de una tentativa sincera de entender a los Estados Unidos y a los norteamericanos, se compara el mascar goma con el nazismo. En lugar de enfrentar la realidad del obrero alemán, se escoge un “verdadero” obrero alemán de los escritos de Lenin, y se lo hace vivir. Y la lista es interminable.

Pero, sobre todo, la realidad central prohibida es la araña gorda que se cierne sobre toda la vida soviética, el Partido Comunista y el comisario. La débil esperanza de que el Partido pueda humanizarse bajo los golpes agudos y devastadores de escritores observadores y capaces, que desempeñen su viejo papel de decir lo que se les dé la gana, sin barreras, quedó final y totalmente destruida cuando Trotsky y los hombres que lo rodeaban fueron derrotados, exilados y asesinados. Así, el escritor no sólo fue manoseado como artista; se convirtió, por la naturaleza misma de su oficio, en un enemigo incipiente del Partido.

Y en esto, el Partido no se equivoca. Lo afirmo con la experiencia de toda mi vida, mis observaciones y conclusiones: tal como existe actualmente el Partido Comunista, *todo escritor, por delicado y leal que parezca, es potencialmente enemigo*

Antología

y destructor del Partido, está movido por fuerzas enormes que sólo puede resistir destruyéndose a sí mismo como escritor digno de tal nombre.

Cuando esto sea visto y comprendido serán claras muchas cosas comprendidas imperfectamente en el pasado. El Partido Comunista de la Unión Soviética destruyó la literatura rusa, no porque los señores del Kremlin no estimaran una gran literatura de la cual pudieran enorgullecerse, sino porque la defensa del Partido y sus reglas hacían necesaria esa destrucción.

El sendero puede ser seguido por cualquiera que tenga la paciencia y el tiempo para leer, digamos, un centenar de novelas rusas escritas desde 1919. Disfrutará así de la frescura, la vitalidad y la exaltación del veintitantos y principios del treinta y pico; quedará intrigado ante el brusco descenso hacia la chatura mediocre del período de preguerra; nuevamente quedará encantado y excitado por algunas novelas, vigorosas y logradas, como *No hay hermosas noches*, de Vasili Grossman, y *El carro de la ira* de Leonov; después, quedará asqueado y aburrido por la increíble cantidad de libros vacíos que siguen a la guerra y que llegan hasta nuestros días.

Lo cierto es que, en un ensayo crítico que escribí hace ocho años para defender la posición comunista ante las artes, tuve que enfrentar esto mismo, y no supe cómo explicarlo. Pero entonces todavía no habíamos visto el resultado del período de postguerra en la literatura. Elegí una encantadora, hechicera novela de Valentín Kataev, *La paz está en donde sopla la tempestad*, como punto de partida para mostrar los logros concretos de la literatura soviética. La obra de Kataev es menor, pero excelente en todo sentido, y junto con las dos no-

Padrecito Stalin, no vuelvas velas de Shólojov sobre los cosacos del Don era un buen punto de partida. Pero cuando intenté desarrollar esto, no tuve dónde recurrir. Escribí a Rusia, y me contestaron con impaciencia que Kataev no escribía más. Era “corrompido” y “perezoso” y no quería tomarse el trabajo de escribir. Acerca de Shólojov fueron vagos y poco precisos. Los tres o cuatro escritores por los que pregunté, también eran “perezosos”. Mis corresponsales rusos explicaron que las ganancias de los escritores en el paraíso soviético eran demasiado grandes. ¿Para qué iban a molestar en escribir los autores? Esto presentaba todo un problema nuevo.

La guerra produjo grandes desequilibrios. Cuando Simonov escribió sobre Stalingrado, que era asunto político y del Partido, hizo un cuento de policías y ladrones a la manera soviética. Polovoy, en su novela *Un hombre de verdad* nunca presentó ni un atisbo de lo que había dentro de ese “hombre de verdad”; cuando le preguntamos personalmente, una noche en mi casa, cómo se había atrevido a escribir la escena increíble y mojigata de la noche en casa de la enfermera, reduciendo el amor y el sexo a un nivel para niñas con trencitas, él se encogió de hombros, sonrió mansamente y explicó: “A nuestra gente le gusta así”. Pero los cuentos de Sobolev, sacados de su experiencia personal en la guerra y la de otros, contienen algunas obras maestras, y la novelita de Grossman puede equipararse a las mejores de nuestra literatura de guerra, aunque está muy por debajo del nivel de la primera guerra mundial.

Pero este mismo espasmo de vida y sentimiento sirve para destacar la pobreza literaria de la pasada década. Habrá que buscar mucho en los Estados Unidos para encontrar un libro tan malo como el gran éxito soviético de Sobko, *Garantía*

Antología

de paz. Alguien se sentirá tentado a mencionar la inmoralidad y vileza de los libros de Mickey Spillane, y es verdad que ese tipo de libros no se escribe en Rusia. Los libros de Spillane están entre las cosas que debe soportar una sociedad libre. Pero en los Estados Unidos nunca han faltado voces para decir la verdad, y nadie en Rusia ha hablado clara y sinceramente del libro de Sobko. *Garantía de paz* tiene un elevado tono moral: todos los personajes del libro se comportan como los niños de una academia llena de ñoñería, pero el libro es una atroz mentira desde el principio hasta el fin, y esto es una inmoralidad mucho mayor que la de hombres y mujeres besándose fuera del matrimonio. El tema del libro es la Alemania ocupada, y la esencia de las perversiones y distorsiones del libro es semejante a la empleada para describir la situación en Hungría antes de la revolución. Después de esta perla, he elegido entre lo que los rusos traducen al inglés, y pueden ustedes estar seguros de que en estas traducciones ellos dan lo mejor: he encontrado que todo está cortado por la misma tijera de distorsión y de ñoñería victoriana... con tres interesantes excepciones, dos de las cuales fueron traducidas a otros idiomas contra la voluntad de los Soviets.

Para recibir una impresión general sobre la literatura soviética, hay que leer los libros. Nunca, nunca, en toda la historia literaria del hombre, se han producido obras más aburridas. No hay excitación, no hay conflicto, no hay lucha interna entre los caracteres, no hay lucha exterior si no es para llenar una cuota, o norma. El héroe y el villano son absolutamente chatos, idénticos, fuera de las situaciones dramáticas, cortados por el mismo molde que han perfeccionado en los Estados Unidos los creadores de historietas policiales, como Nick Car-

Padrecito Stalin, no vuelvas ter. Hay que sustituir logros en *el Partido* por *riquezas y bienestar* y se tendrá la cosa. No es que sean libros malos como libros de colegio: todos reflejan la gazmoñería moral victoriana, cuya base fue dada por el sanguinario y paranoico asesino José Stalin; abundan en frases de cuaderno escolar y en simples lecciones de cómo redimir el alma. Si son ustedes de mi edad, recordarán la serie infantil de *Los muchachos de Rover*, y cómo el desagradable villano terminaba por pasar la hoja y cambiar bajo la influencia del bueno de Rover. Sustituyamos a los muchachos por los comisarios.

Es caso raro que, explorando sus almas dentro de las zonas permitidas, los escritores rusos hayan llegado no hace mucho a la conclusión de que producir buena literatura no era ya posible, ¿porque la perfección de la sociedad en la que vivían había eliminado los conflictos? Naturalmente puede pensarse que después de su experiencia guerrera, recordarán cómo eliminó Hitler el conflicto en Alemania; pero aunque así fuera... ¿Dónde podrían airear estos recuerdos?

Las excepciones que he mencionado son *Deshielo* de Ehrenburg, un libro bastante mal escrito, y, sin embargo, una tentativa de reflejar la realidad por un autor largo tiempo fuera de práctica; *No sólo de pan*, constante y oficialmente atacado en Rusia, y un delicioso libro de cuentos de fantasía científica, por un escritor llamado Yefremov: el único de los tres que recibió el impulso de una traducción oficial.

En cuanto a los dos primeros libros, son productos del impacto del XX Congreso en la misma Rusia, breves relámpagos de luz, aunque no sean notables, y ávidamente recibidos por el público ruso. Pero los guardianes oficiales del Partido han explicado claramente que esta especie de incursiones en la rea-

lidad no serán toleradas en el futuro, y los escritores rusos tienen duros recuerdos de lo que les ha pasado a algunos miembros del mismo oficio que provocaron a los dioses del templo más allá de lo tolerado. Interrogué a todo crítico y escritor que he encontrado sobre Yefremov, y o bien nunca habían oído hablar de él, o indicaban que no podían saber nada de él. De todos modos, es afortunado... o quizás el Politburó se ha desconcertado ante el futuro previsto por la fantasía científica.

Las otras naciones del oriente europeo no nos han dado nada, que yo sepa, por las traducciones... hecho sorprendente después de una década o más de cultura "socialista". Puede ser que se me haya escapado aquí o allá algún libro, y me disculpo por ello, y los diplomáticos de esos países que se interesan en la literatura observan que hay muy poco, o casi nada publicado en su lengua que sea digno de traducción. Los acontecimientos de Hungría y Polonia hacen que esto sea muy comprensible.

Así entendemos un poco por qué se condena a muerte a los escritores. En su propio trabajo, el escritor vive con la prueba matemática de todo el horror de la promesa que alguna vez idealizó... y comprobar esto lo vuelve peligroso. Quizás, en honor de una profesión antigua y no poco gloriosa, puede llegar a ser lo bastante peligroso como para hacer vacilar la estructura.

¿Es acaso extraño que defienda a los escritores, siendo yo escritor? Creo que no. Recientemente, cuando había emprendido este trabajo y terminado la primera parte, la Unión Soviética rompió el silencio en que me habían envuelto desde hacía varios meses, después que anuncié que ya no era comunista. Fuera cual fuera su propósito, lo cierto es que decidieron que yo ya no era "el hombre que había sido", sino Howard Fast, última adición a la larga lista de renegados. En la cargada

Padrecito Stalin, no vuelvas que ha sido conocida como “la forma de opinión soviética”, me acusan de sacar de los centros de propaganda anticomunista “falsos argumentos y métodos calumniosos”. Yo también repito, según ellos, las “invenciones de los agentes reaccionarios del sionismo”.

En el léxico soviético de etiquetas y nombres, un “reaccionario sionista” es alguien que favorece la continuación del Estado de Israel como refugio para los judíos perseguidos, y también como Estado judío. Como Rusia está profundamente comprometida en la lucha del poder por el Medio Oriente y por su petróleo, considera que cualquier crecimiento de Israel es una amenaza para sus propios fines. No se trata, pues, de una cuestión tan simple como convocar a los judíos de otras tierras. La actitud del Soviet hacia la llamada de los chinos que están en otros países es enteramente diferente; y aunque estos dos casos no pueden compararse, toda la actitud soviética hacia el caso judío es un compendio de ignorancia y de antisemitismo latente. Hasta ahora no se ha dado una explicación de la destrucción total de la cultura yidish en la Unión Soviética, y mucho menos se ha explicado por qué la flor y nata de los escritores judíos han sido condenados a muerte. Aunque los partidos comunistas británico y canadiense enviaron comisiones a Rusia para obtener una explicación del asunto, no se dio ninguna.

Cuando yo, en las páginas del *Daily Worker*, presenté la cuestión del rechazo de la Unión Soviética a conceder visas a los judíos soviéticos, caractericé esto de prisión en masa de un pueblo. Con la existencia de Israel esto hace surgir problemas jamás tocados antes por el movimiento comunista. Sin embargo, y pese a todos los precedentes históricos, éste es el hecho.

Con un sutil veneno, el vocero soviético cubre su antisemitismo al lanzar el anatema que debe entregarme a los demonios infernales. Un escritor objetivo no debe tener en cuenta los golpes del adversario cuando escribe. En el léxico, “sionista” significa “judío”, aunque debo decir que existen judíos buenos y judíos malos, variando así el simple racismo de Hitler. Los judíos malos son generalmente los judíos, porque si se toma la posición correcta, se olvidan los antepasados. Y el gran monstruo de un complot “sionista”, que está por debajo de la matanza de escritores judíos, tampoco es nuevo. Los infames *Protocolos de los Ancianos de Sión* son mucho más antiguos que el gobierno de Kruschev, y se puede decir que han servido a amos aún más desagradables. Por veinte años he oído lo que los comunistas llaman “calumnias” contra el Soviet, pero rehusé creer en ellas. Si el poder de creer es muy grande, también puedo asegurar que el poder de la no creencia es enorme; y no esperé que me provocaran para decir, según mis convicciones, una y otra vez: “Miente usted cuando afirma esto y aquello de la Unión Soviética. Todas esas cosas son calumnias lanzadas contra la república de los trabajadores por aquellos que la odian y quieren destruirla”.

Pero si ahora me desnudo al ver que las “mentiras” eran verdad, entonces que no me señalen con el dedo y digan que los traicioné. No les debía nada y, por lo tanto, no podía traicionarlos; pero debo mucho al antiguo sueño de libertad y de igualdad del hombre, y traicioné este sueño por una ignorancia casi tan terrible como la verdad.

Recientemente, Ignazio Silone, en su correspondencia con el director de la *Gaceta Literaria de Rusia*, afirmó que si un poeta era asesinado por el gobierno de Italia, la voz de la ira del

Padrecito Stalin, no vuelvas pueblo se elevaría como un trueno. No conozco esto de hecho, porque no conozco Italia, pero en una tierra donde los poetas y novelistas pueden ser torturados, golpeados hasta quedar en llaga viva, y después ejecutados en silenciosa degradación, la libertad es un ente extraño.

Pregunté por un poeta ruso una vez. Todos los buenos escritores son poetas en uno u otro sentido, pero ésta es una manera de hablar. Otra cosa, y más clara, es afirmar que el poeta es una clase especial de escritor; y cuando el poeta es grande, sus canciones están más cerca que otra literatura de probar el sentido de la existencia humana. El poeta al cual me refiero era Iczik Feffer. Algunos de nosotros, en los Estados Unidos, tuvimos ocasión de conocerlo personalmente, porque a principios de la guerra vino con una misión de buena voluntad y ganó nuestros corazones. Era un hombre alto y hermoso, con el uniforme de coronel del Ejército Rojo. Parecía un símbolo de que la Unión Soviética había barrido el antisemitismo de Rusia: porque Feffer era judío, un poeta querido en la Unión Soviética, un oficial del ejército, un hombre que, en cada palabra que pronunciaba, manifestaba su amor a la patria rusa.

¿Cómo llegó entonces hasta nosotros el rumor —antes del XX Congreso— de que había muerto y que su muerte había sido extraña? No sabíamos nada. Pregunté y otros también preguntaron: “¿Dónde está Itzik Feffer y cómo murió?”.

Cien veces fue hecha la pregunta y quedó sin respuesta, y los que la hicimos quedamos como tontos, porque no podíamos entender las sutilezas políticas que llevaban al asesinato de un poeta. Pregunté esto a un corresponsal de *Pravda* pocos días antes de romper completamente con el Partido... pero yo ya era entonces un huésped desagradable en el hermoso

edificio de Park Avenue, puesto que terminaba de publicar mi primera crítica furiosa en las páginas del *Daily Worker* y en la revista cultural comunista *Mainstream*. Mientras la recepción diplomática se desarrollaba a nuestro alrededor, este corresponsal de *Pravda*, hablando con la voz del “socialismo” y de la “hermandad” me dijo enojado en inglés, idioma que hablaba bastante bien: “Howard, ¿por qué se preocupa tanto por los judíos? ¡Judíos, judíos! No le oigo decir otra cosa. ¿Cree usted que Stalin no mató más que a judíos?”.

Afirmo bajo juramento que repito sus palabras exactamente y precisamente porque, aunque hay palabras que desaparecen como el humo, éstas se grabaron en mi mente. Cuando mis hijos eran chicos, acostumbrábamos a hacer un juego que llamábamos “de los saltos”. Recortábamos figuras de papel y objetos, y los sujetábamos, unos tras otros, en una hoja de papel. Cuando el papel se desenvolvía, las primeras figuras saltaban en seguida. Del mismo modo toda una época saltó en estas palabras... la palabra “judío” convertida en epíteto, las Camisas Pardas de la Casa Parda de Berlín, las cámaras de gases, las casas de matanza donde se producía jabón verde con los elementos del cuerpo de los judíos asesinados. Sin embargo, no pude contestar al corresponsal: hay recuerdos que no tienen sentido si debemos recordarlos a otros.

El XX Congreso vino y se fue, y un silencio burlón, despectivo seguía rodeando la pregunta: “¿Dónde está Itzik Feffer y cómo murió?”.

Pero la muerte de un poeta no es una cosa pequeña, como podría creerse. Un polaco, con lágrimas en los ojos, dijo que el viento estaba lleno de voces menores: y poco a poco fuimos enterándonos de la historia de Itzik Feffer. Después del

Padrecito Stalin, no vuelvas
XX Congreso, fueron a Rusia muchos comunistas y regresaron, y muchos trajeron parte de la historia, y algunos la historia casi entera. Quizá la reconstrucción de la historia no sea exacta, pero es todo lo que pude encontrar. Todo empezó cuando arrestaron a David Bergelson, el famoso escritor judío-soviético. No sabemos por qué lo arrestaron: sólo los rusos pueden decirlo. Pero lo más posible es que la cosa formara parte de la invención “sionista”, y el hecho es que Bergelson fue arrestado por ser judío, fueran cuales fueran las otras razones.

Lo pusieron preso y lo golpearon sistemáticamente para que confesara crímenes que se deseaba hacerle confesar. No hubo lavados de cerebro, ni pastillas para decir la verdad, ninguna de las fantasías científicas corrientes: el calabozo, el látigo y la orden de Stalin: “Golpear, golpear, golpear... volver a golpear”.

Antes que Bergelson muriera, Itzik Feffer se enteró de dónde estaba su amigo y de lo que le estaban haciendo. Feffer decidió salvarlo. Uno tras otro todos los escritores rehusaron unirse a Feffer. Tenían miedo. Dijeron a Feffer que, si seguía insistiendo, sería arrestado. Feffer suplicó a Ehrenburg, y se dice que Ehrenburg rehusó. Ehrenburg era muy apreciado y estimado por Stalin. La historia narra también que Feffer gritó a Ehrenburg: “¡Entonces lo haré yo solo, y cuando me pongan preso y me maten, mi muerte caerá sobre tu alma mientras vivas!”.

Y así fue, Feffer murió como Bergelson porque siguió los dictados de su conciencia. ¿Dónde estaba entonces Fadeyev, que se pegó un tiro después del XX Congreso? ¿Dónde estaba Polovoy, a quien yo he amado y respetado como he respetado y amado a pocos hombres? ¿Dónde estaba Simonov? ¿Dónde

estaba Sholoyov? ¿Dónde estaban todos los que habían sermoneado al mundo con el honor y la integridad humanas, dónde estaban estos “socialistas”? ¿Dónde estaban los predicadores y los justos de la *Gaceta Literaria*? ¿Dónde estaban esos honorables escritores soviéticos que afirman que los Estados Unidos es una tierra de bárbaros, sin herencia cultural?

Sí, nosotros matamos a Sacco y Vanzetti, pero nuestro propio grito despertó al mundo. ¿Acaso mi propia voz se ha silenciado jamás para denunciar la injusticia en mi patria? En nombre de todo lo que es sagrado para vosotros, colegas rusos, ¿dónde estabais cuando el crimen recorría vuestro país? Y hasta hoy no se ha contestado la pregunta acerca del poeta.

Al escribir esto no quiero ocultar una culpa. No me refugio en el hecho de que aquí he hecho oír mi voz contra la injusticia. Joseph Clark, corresponsal extranjero del *Daily Worker*, antes que el corresponsal ruso, me había dicho en la sala de mi casa, en enero de 1957, con voz torturada que apenas ocultaba su angustia y culpabilidad:

—¡Si usted y Paul Robeson hubieran alzado la voz en 1949, Itzik Feffer estaría ahora vivo!

No tuve ánimos para decir que, en 1949, como todos los que estaban fuera de Rusia, yo ignoraba que Feffer hubiera enfrentado un pelotón de fusilamiento. Porque en cierto sentido la acusación de Clark tenía razón. Pero no es de este fracaso en saber, en creer, del que me acusan mis colegas rusos: en modo alguno. Afirman que los he traicionado porque no puedo guardar silencio.

¡Oh, con qué ligereza nos hacemos escritores! Relatamos una historia y nos atrae la magia de las palabras, y amamos los libros que hemos soñado hacer. No había nadie para

Padrecito Stalin, no vuelvas decimos que el deseo se convertiría en pasión, y la pasión en una maldición, y que eventualmente nuestra obligación nos pondría frente al mundo entero. Algunos de nosotros aprendimos con terrible dolor; porque, estuviéramos donde estuviéramos, llegamos a saber que tarde o temprano deberíamos quebrar la imagen... porque habíamos decidido ser enemigos de la obediencia. Era lo contrario de la antigua leyenda de Fausto, porque a menos que escupiéramos en la cara del diablo, en cualquiera de sus formas, terminaríamos entregándole nuestra alma.

Me detengo aquí un momento para comentar un poco la situación del escritor en la sociedad moderna, con el Partido Comunista a la izquierda y la mediocridad bien pagada a la derecha; pero no abro juicio. Estoy por encima de esto en lo que se refiere a mis colegas en la profesión. Sólo cuento lo que ha sucedido y por qué, como escritor, yo no podía seguir dentro del movimiento comunista. Ya no me agrada mi trabajo: está demasiado lleno de dolor y de recuerdos, pero es lo único que sé hacer; y no pido que nadie lllore por los escritores. El nuestro es un trabajo antiguo y que alguna vez fue honorable, y quizás vuelva a serlo algún día.

Pero no puedo amar al Partido por lo que nos ha hecho... y lo peor no ha sido la muerte. Los vivos quedaron también al desnudo. Yo estoy vivo. Boris Polovoy está vivo. Fuimos camaradas en un movimiento en el que yo creía de alma y corazón... él, jefe de la Unión de Escritores Soviéticos, y yo, un escritor comunista norteamericano. Llegamos a conocernos por correspondencia, y por intermedio de nuestras cartas florecieron el amor y el respeto mutuos. Cuando finalmente lo conocí en Nueva York, donde vino como jefe de una delega-

ción de escritores soviéticos, lo abracé como a un compañero antiguo y querido. Era un hombre grandote, cálido, abierto, su sonrisa fue una alegría cuando yo y mi mujer lo arrastramos a casa. “¿No tienen miedo —preguntó— de que yo vaya a casa de ustedes?” ¿Cómo podía existir el miedo cuando los dos estábamos juntos?

Teníamos unas vidas llenas de riqueza que compartir; habíamos vivido, visto y nos habíamos aventurado en algunas cosas, y estábamos unidos más allá de la política, más allá de los continentes, en la delicada hermandad del oficio común. ¡Qué noche pasamos... de intimidad, calor, bebidas, comida, compañerismo!

Lo vimos nuevamente al día siguiente, yo y mi mujer, en una reunión dada por él y por sus camaradas. Nuevamente hubo intimidad y calor. Había una docena de nosotros, entre rusos y americanos, y nuestro sentimiento común era: “¡Que el diablo se lleve a la política y a los políticos! Estamos juntos... que toda la gente de nuestros mutuos países llegue a conocerse, abiertamente y en buena amistad”.

En el curso de la noche formé parte de un grupo que hablaba con Boris Polovoy. La conversación se refería a los escritores soviéticos y a lo que estaban haciendo y, como Polovoy no hablaba inglés, la traducción la hacía un amigo mío, un brillante estudiante de lenguas eslavas, cuyo ruso era perfecto. La perfección del ruso que hablaba mi amigo es importante, porque después controlé una y otra vez la historia, para estar seguro de que era verdadera. Alguien preguntó a Polovoy si podía decirnos algo sobre el escritor judío Kvitko. El intérprete explicó a Polovoy que, desde hacía tiempo, circulaban rumores de que Kvitko, junto con otros escritores judíos, había sido

Padrecito Stalin, no vuelvas arrestado y condenado a muerte. ¿Podía Polovoy aclarar de una vez y definitivamente estos rumores?

Polovoy contestó afirmativamente. Los rumores eran, naturalmente, calumnias antisoviéticas. Afortunadamente, dijo Polovoy, él podía refutarlos mejor que nadie, porque Kvitko vivía en la misma casa de departamentos de Polovoy. ¿Podía haber mejor manera de refutar el rumor?, preguntó.

Quedamos aliviados y contentos. Preguntamos qué hacía Kvitko, y Polovoy dijo que estaba terminando una traducción y que luego pensaba escribir un nuevo libro. También afirmó que había visto a Kvitko antes de salir para los Estados Unidos y que Kvitko le había pedido que diera los mejores saludos a los amigos americanos.

Ésta fue la respuesta de Polovoy, y aquella noche había demasiados testigos para que pueda negarlo. Pero después que Polovoy volvió a su país, después del XX Congreso, nos enteramos por un periódico judío-polaco que Kvitko estaba muerto desde hacía años, que había sido golpeado y ejecutado como Feffer y como Bergelson.

Y yo digo: que toda la justicia implacable del tiempo y de la historia caiga sobre aquellos que no sólo asesinaron hombres y artistas, sino que ensuciaron el alma de hombres como Boris Polovoy. Porque no es solamente que él contara una mentira trágica y grotesca: su invención es el epitome de lo que hace el Partido Comunista con los escritores.

¿Por qué ha vencido Stalin?

León Trotski

Se sabe suficientemente que hasta ahora todas las revoluciones han suscitado reacciones y aún contrarrevoluciones posteriores que, por lo demás, nunca han logrado que la nación vuelva a su primitivo punto de partida, aunque siempre se han adueñado de la parte del león en el reparto de las conquistas. Por regla general, los pioneros, los iniciadores, los conductores que se encontraban a la cabeza de las masas durante el primer período, son las víctimas de la primera corriente de reacción, mientras que surgen al primer plano hombres del segundo, unidos a los antiguos enemigos de la revolución. Los duelos dramáticos de los primeros actores en la escena política, ocultan derrumbes en las relaciones entre las clases y, lo que no es menos importante, profundos cambios en la psicología de las masas, todavía revolucionarias la víspera...

Respondiendo a numerosos camaradas que se preguntaban con asombro lo que había pasado con la actividad del partido bolchevique y de la clase obrera, de su iniciativa revolucionaria, de su orgullo plebeyo, y cómo habían surgido, en lugar de estas cualidades, tanta villanía, cobardía, pusilanimidad y arribismo, Racovski evocaba las peripecias de la Revolución Francesa del Siglo XVIII y el ejemplo de Babeuf cuando al salir de la prisión de la Abadía se preguntaba también con estupor lo que había pasado con el pueblo heroico de los arrabales de París. La revolución es una gran devoradora de

Padrecito Stalin, no vuelvas energías individuales y colectivas; los nervios no la resisten, las conciencias se doblan, los caracteres se gastan. Los acontecimientos marchan con demasiada rapidez para que el aflujo de fuerzas nuevas pueda compensar las pérdidas. El hambre, la desocupación, la pérdida de los cuadros de la revolución, la eliminación de las masas en los puestos dirigentes, habían provocado tal anemia física y moral en los arrabales, que se necesitaron más de treinta años para que se rehicieran.

La afirmación axiomática de los propagandistas soviéticos, de que las leyes de las revoluciones burguesas son “inaplicables” a la revolución proletaria, está completamente desprovista de contenido científico. El carácter proletario de la revolución de octubre resultó de la situación mundial y de cierta relación de las fuerzas en el interior del país, pero las clases mismas que se habían formado en Rusia, en el seno de la barbarie zarista y de un capitalismo atrasado, no se habían preparado especialmente para la revolución socialista. Antes al contrario, justamente porque el proletariado ruso, todavía atrasado en muchos aspectos, dio en unos meses el salto, sin precedentes en la historia, desde una monarquía semi-feudal hasta la dictadura socialista, la reacción tenía ineludiblemente que hacer valer sus derechos en las propias filas revolucionarias. La reacción creció durante el curso de las guerras que siguieron; las condiciones exteriores y los acontecimientos la nutrieron sin cesar. Una intervención sucedía a la otra; los países de Occidente no prestaban ayuda directa; y en lugar del bienestar esperado, el país vio que la miseria se instalaba en él por mucho tiempo. Los representantes más notables de la clase obrera habían perecido en la guerra civil o, al elevarse unos grados, se habían separado de las masas. Así sobrevino,

después de una tensión prodigiosa de las fuerzas, de las esperanzas, de las ilusiones, un largo periodo de fatiga, de depresión y de desilusión. El reflujo del “orgullo plebeyo” tuvo por consecuencia un flujo de arribismo y de pusilanimidad. Estas mareas llevaron al poder a una nueva capa de dirigentes.

La desmovilización de un ejército rojo de cinco millones de hombres debía desempeñar en la formación de la burocracia un papel considerable. Los comandantes victoriosos tomaron los puestos importantes en los soviets locales, en la producción, en las escuelas, y a todas partes llevaron obstinadamente el régimen que les había hecho ganar la guerra civil. Las masas fueron eliminadas poco a poco de la participación efectiva del poder.

La reacción en el seno del proletariado hizo nacer grandes esperanzas y gran seguridad en la pequeña burguesía de las ciudades y del campo, que, llamada por la Nueva Política Económica (NEP) a una vida nueva, se hacía cada vez más audaz. La joven burocracia, formada primitivamente con el fin de servir al proletariado, se sintió el árbitro entre las clases, adquirió una autonomía creciente.

La situación internacional obraba poderosamente en el mismo sentido. La burocracia soviética adquiría mas seguridad a medida que las derrotas de la clase obrera internacional eran más terribles. Entre estos dos hechos, la relación no es solamente cronológica; es causal; y lo es en los dos sentidos; la dirección burocrática del movimiento contribuía a las derrotas; las derrotas afianzaban a la burocracia. La derrota de la insurrección búlgara y la retirada sin gloria de los obreros alemanes en 1923; el fracaso de una tentativa de sublevación en Estonia, en 1924; la péfida liquidación de la huelga general en Inglate-

Padrecito Stalin, no vuelvas rra y la conducta indigna de los comunistas polacos durante el golpe de fuerza de Pilsudski en 1926; la espantosa derrota de la revolución china, en 1927; las derrotas más graves aún que siguieron en Alemania y en Austria, son las catástrofes mundiales que han arrinconado la confianza de las masas en la revolución mundial y han permitido a la burocracia soviética elevarse cada vez más alta, como un faro que indicase el camino de la salud.

A propósito de las causas de las derrotas del proletariado mundial durante los últimos trece años, el autor se ve obligado a referirse a sus obras anteriores, en las que ha tratado de poner de relieve el papel funesto de los dirigentes conservadores del Kremlin en el movimiento revolucionario de todos los países. Lo que aquí nos interesa sobre todo, es el hecho edificante e indiscutible de que la continua derrota de la revolución en Europa y Asia, al mismo tiempo que debilitan la situación internacional de la URSS han afianzado extraordinariamente a la burocracia soviética. Dos fechas son memorables, sobre todo, en esta serie histórica: En la segunda mitad del año 1923, la atención de los obreros soviéticos se concentró apasionadamente en Alemania, en donde el proletariado parecía tender la mano hacia el poder; la retirada pánica del partido comunista alemán fue una penosa decepción para las masas obreras de la URSS. La burocracia soviética desencadenó inmediatamente una campaña contra la “revolución permanente” e hizo sufrir a la oposición de izquierda su primera cruel derrota. En 1926-27 la población de la URSS tuvo un nuevo flujo de esperanza; esta vez, todas las miradas se dirigieron al Oriente, en donde se desarrollaba el drama de la revolución china. La oposición de izquierda se rehizo de sus reveses y reclutó nuevos militan-

tes. A fines de 1927, la revolución china fue torpedeada por el verdugo Chiang Kai Shek, al que los dirigentes de la Internacional Comunista habían entregado, literalmente a los obreros y campesinos chinos. Una fría corriente de desencanto pasó sobre las masas de la URSS. Después de una campaña frenética en la prensa y en las reuniones, la burocracia decidió, por fin, arrestar en masa a los opositores (1928).

Decenas de millares de militantes revolucionarios se habían agrupado bajo la bandera de los bolcheviques-leninistas. Los obreros miraban a la oposición con una simpatía evidente. Pero era una simpatía pasiva, pues ya no creían poder modificar la situación por medio de la lucha. En cambio la burocracia afirmaba que “la oposición se prepara a arrojaros en una guerra revolucionaria por la revolución internacional. ¡Basta de trastornos! Hemos ganado un descanso. Construiremos en nuestro país la sociedad socialista. Contad con nosotros, que somos vuestros jefes”. Esta propaganda del reposo, cimentando el bloque de los funcionarios y de los militares, encontraba indudablemente un eco en los obreros fatigados y, más aun, en las masas campesinas que se preguntaban si la oposición no estaría realmente dispuesta a sacrificar los intereses de la URSS por la “revolución permanente”. Los intereses vitales de la URSS estaban realmente en juego. En diez años, la falsa política de la Internacional Comunista había asegurado la victoria de Hitler en Alemania, es decir, un grave peligro de guerra en el oeste; una política no menos falsa fortificaba al imperialismo japonés y aumentaba hasta el último grado el peligro en el Oriente. Pero los períodos de reacción se caracterizan, sobre todo, por la falta de valor intelectual.

La oposición se encontró aislada. La burocracia se aprovechaba de la situación. Explotando la confusión y la pasi-

Padrecito Stalin, no vuelvas vidad de los trabajadores, lanzando a los más atrasados contra los más avanzados, apoyándose siempre y con más audacia en el kulak y, de manera general, en la pequeña burguesía, la burocracia logró triunfar en unos cuantos años contra la vanguardia revolucionaria del proletariado.

Sería ingenuo creer que Stalin, desconocido de las masas, surgió repentinamente de los bastidores armado de un plan estratégico completamente elaborado. No, antes de que él hubiera previsto su camino, la burocracia lo había adivinado; Stalin le daba todas las garantías deseables: el prestigio de viejo bolchevique, un carácter firme, un espíritu estrecho, una relación indisoluble con las oficinas, única fuente de su influencia personal. Al principio, Stalin se sorprendió con su propio éxito. Era la aprobación unánime de una nueva capa dirigente que trataba de liberarse de los viejos principios así como del control de las masas y que necesitaba un árbitro seguro en sus asuntos interiores. Figura de segundo plano ante las masas y ante la revolución, Stalin se reveló como el jefe indiscutido de la burocracia termidoriana, el primero entre los termidorianos.

Se vio bien pronto que la nueva capa dirigente tenía sus ideas propias, sus sentimientos y, lo que es más importante, sus intereses. La gran mayoría de los burócratas de la generación actual, durante la revolución de octubre estuvieron del otro lado de la barricada (es el caso, para no hablar más que de los diplomáticos, soviéticos, de Troianovski, Maiski, Potemkin, Suritz, Jinchuk y otros...) o, en el mejor de los casos, alejados de la lucha. Los burócratas actuales, que en los días de octubre estuvieron con los bolcheviques no desempeñaron en su mayor parte, ningún papel. En cuanto a los jóvenes burócratas, han sido formados y seleccionados por los viejos, frecuente-

mente elegidos entre su propia progenie. Estos hombres no hubieran sido capaces de hacer la revolución de octubre; pero han sido los mejor adaptados para explotarla.

Naturalmente que los factores individuales han tenido alguna influencia en esta sucesión de capítulos históricos. Es cierto que la enfermedad y la muerte de Lenin precipitaron su desenlace. Si Lenin hubiera vivido más tiempo, el avance de la potencia burocrática hubiese sido más lento, cuando menos en los primeros años. Pero desde 1926, Krupskaya decía; a los opositores de izquierda: “Si Lenin viviera, estaría seguramente en la prisión”. Las previsiones y los temores de Lenin estaban aún frescos en su memoria y no se hacía ilusiones sobre su todo poderío respecto a los vientos y a las corrientes contrarias de la historia.

La burocracia no sólo ha vencido a la oposición de izquierda, ha vencido también al partido bolchevique. Ha vencido al programa de Lenin, que veía el principal peligro en la transformación de los órganos del Estado, “de servidores de la sociedad, en amos de ella”. Ha vencido a todos sus adversarios (la oposición, el partido de Lenin), no por medio de argumentos y de ideas, sino aplastándolo bajo su propio peso social. El último vagón fue más pesado que la cabeza de la revolución. Tal es la explicación del termidor soviético.

El partido bolchevique preparó y alcanzó la victoria de octubre. Construyó el Estado soviético, dándole un sólido esqueleto. La degeneración del partido fue la causa y la consecuencia de la burocratización del Estado. Es importante mostrar, cuando menos brevemente, cómo pasaron las cosas.

El régimen interior del partido bolchevique está caracterizado por los méritos de la centralización democrática. La

Padrecito Stalin, no vuelvas reunión de estas dos nociones no implica ninguna contradicción. El partido velaba para que sus fronteras fuesen siempre estrictamente delimitadas, pero trataba de que todos los que franqueaban esas fronteras tuvieran realmente el derecho de determinar la orientación de su política. La libertad crítica y la lucha de las ideas formaban el contenido intangible de la democracia del partido. La doctrina actual que proclama la incompatibilidad del bolchevismo con la existencia de fracciones está en desacuerdo con los hechos. Es un mito de la decadencia. La historia del bolchevismo es en realidad la de la lucha de las fracciones. ¿Y cómo, un organismo que se propone cambiar al mundo y reúne bajo sus banderas a negadores, rebeldes y combatientes temerarios, podría vivir y crecer sin conflictos ideológicos, sin agrupaciones, sin formaciones fraccionales temporales? La clarividencia de la dirección del partido logró muchas veces atenuar y abreviar las luchas fraccionales, pero no pudo hacer más. El comité central se apoyaba en esta base efervescente y de ahí sacaba la audacia para decidir y ordenar. La justeza manifiesta de sus opiniones en todas las etapas críticas, le confería una alta autoridad, precioso capital moral de la centralización.

El régimen del partido bolchevique, sobre todo antes de la toma del poder, era, pues, el antípoda del de la Internacional Comunista actual, con sus "jefes" nombrados jerárquicamente, sus virajes hechos sobre pedido, sus oficinas incontroladas, su desdén por la base, su servilismo hacia el Kremlin. En los primeros años que siguieron a la toma del poder, cuando el partido comenzaba a cubrirse con el orín burocrático, cualquier bolchevique, y Stalin como cualquier otro, hubiera tratado de infame calumniador al que hubiese proyectado sobre la

pantalla la imagen del partido, tal como debía ser diez o quince años después.

Lenin y sus colaboradores, invariablemente tuvieron como primer cuidado el de preservar a las filas del partido bolchevique de las taras del poder. Sin embargo, la estrecha conexión, y algunas veces la fusión de los órganos del partido y del Estado, provocaron desde los primeros años un perjuicio cierto a la libertad y la elasticidad del régimen interior del partido. La democracia se estrechaba a medida que crecían las dificultades. El partido quiso y esperaba conservar en el cuadro de los soviets la libertad de las luchas políticas. La guerra civil trajo un correlativo severo. Los partidos de oposición fueron suprimidos unos después de otros. Los jefes del bolcheviquismo veían en estas medidas, en contradicción evidente con el espíritu de la democracia soviética, necesidades episódicas de la defensa y no decisiones de principio.

El rápido crecimiento del partido gobernante, ante la novedad y la inmensidad de las labores, engendraba inevitablemente divergencias de opiniones. Las corrientes de oposición, subyacentes en el país, ejercían de diversos modos su presión sobre el único partido legal, agravando la aspereza de las luchas fraccionales. Hacia el fin de la guerra civil esta lucha revistió formas tan vivas que amenazó quebrantar el poder. En marzo de 1921, durante la sublevación de Cronstadt, que arrastró a no pocos bolcheviques, el X Congreso del partido se vio obligado a recurrir a la interdicción de las fracciones, es decir, a aplicar el régimen político del Estado a la vida interior del partido dirigente. La prohibición de las fracciones, repitámoslo, se concebía como una medida excepcional destinada a desaparecer con la primera mejoría real de la situación. Por

Padrecito Stalin, no vuelvas lo demás, el comité central se mostraba extremadamente circunspecto en la aplicación de la nueva ley y cuidaba sobre todo, de no ahogar la vida interior del partido.

Pero lo que primitivamente no había sido más que un tributo pagado por necesidad a circunstancias penosas, fue muy del agrado de la burocracia que consideraba la vida interior del partido desde el punto de vista de la comodidad de los gobernantes. Desde 1922, durante una mejoría momentánea de su salud, Lenin se atemorizó con el crecimiento amenazador de la burocracia y preparó una ofensiva en contra de la fracción Stalin, que había llegado a ser el pivote del aparato del partido, antes de apoderarse del Estado. El segundo ataque de su enfermedad, y después la muerte, no le permitieron medir sus fuerzas con las de la reacción.

Todos los esfuerzos de Stalin, con quien estaban en ese momento Zinóviev y Kamenev, tendieron, desde entonces, a liberar el aparato del partido del control de sus miembros. En esta lucha por la “estabilidad” del comité central, Stalin fue más consecuente y más firme que sus aliados pues no lo desviaban los problemas internacionales de los que jamás se había ocupado. La mentalidad pequeño burguesa de la nueva capa dirigente era la suya. Creía profundamente que la construcción del socialismo era de orden nacional y administrativo; consideraba a la Internacional Comunista como un mal necesario al que había que aprovechar, en la medida de lo posible, con fines de política extranjera. El partido sólo significaba a sus ojos la base obediente de las oficinas.

Al mismo tiempo que la teoría del socialismo en un solo país, se formuló otra para uso de la burocracia, según la cual, para el bolchevismo, el comité central lo es todo, el par-

tido, nada. En todo caso, esta segunda teoría fue realizada con más éxito que la primera. Aprovechando la muerte de Lenin, la burocracia comenzó la campaña de reclutamiento, llamada de la “promoción de Lenin”. Las puertas del partido, hasta entonces bien vigiladas, se abrieron de par en par a todo el mundo: los obreros, los empleados, los funcionarios, entraron en masa. Políticamente, se trataba de disolver la vanguardia revolucionaria en un material humano desprovisto de experiencia y de personalidad, pero acostumbrado, en cambio, a obedecer a los jefes. Este proyecto se logró. Al liberar a la burocracia del control de la vanguardia proletaria, “la promoción de Lenin” dio un golpe mortal al partido de Lenin. Las oficinas habían conquistado la independencia que les era necesaria. La centralización democrática dejó su lugar a la centralización burocrática. Los servicios del partido fueron totalmente renovados, de arriba abajo; la obediencia fue la principal virtud del bolchevique. Bajo la bandera de la lucha contra la oposición, los revolucionarios fueron reemplazados por funcionarios. La historia del partido bolchevique se transformó en la de su propia degeneración.

El significado político de la lucha se obscureció mucho por el hecho de que los dirigentes de las tres tendencias, la derecha, el centro y la izquierda, pertenecían a un solo estado mayor, el del Kremlin, el Buró Político; los espíritus superficiales creían en rivalidades personales, en la lucha por la “sucesión” de Lenin. Pero bajo una dictadura de hierro, los antagonismos sociales, no podían manifestarse al principio más que a través de las instituciones del partido gobernante. Muchos termidorianos salieron antiguamente del partido jacobino del que Bonaparte mismo fue miembro; y entre los antiguos jacobinos, el Primer Cónsul, más tarde Emperador de los franceses,

Padrecito Stalin, no vuelvas encontró sus más fieles servidores. Los tiempos cambian y los jacobinos, comprendiendo a los del siglo XX, cambian junto con el tiempo.

Del Buró Político del tiempo de Lenin no quedó más que Stalin; dos de sus miembros, Zinóviev y Kamenev, que durante largos años de emigración fueron los colaboradores más íntimos de Lenin, purgan, en el momento en que escribo, una pena de diez años de reclusión por un crimen que no han cometido; otros tres, Rykov, Bujarin y Tomski, están completamente alejados del poder, aunque se haya recompensado su renuncia concediéndoles funciones de segundo orden; el fin, el autor de estas líneas, está desterrado. La viuda de Lenin, Krupskaya, es considerada como sospechosa, pues no ha podido, a pesar de sus esfuerzos, adaptarse al Termidor.

Los miembros actuales del Buró Político han ocupado en la historia del partido bolchevique, puestos secundarios. Si alguien hubiera profetizado su elevación, durante los primeros años de la revolución, se hubiesen quedado estupefactos, sin la menor falsa modestia. La regla según la cual el Buró Político siempre tiene razón, y nadie, en todo caso, puede tener razón en contra de él, es aplicada con más rigor que nunca. Por lo demás, el Buró Político mismo no podría tener razón en contra de Stalin, quien, como nunca puede engañarse tampoco puede, en consecuencia, tener razón en contra de sí mismo.

El regreso del partido a la democracia fue en su tiempo la más obstinada y la más desesperada de las reivindicaciones de todos los grupos de oposición. La plataforma de la oposición de izquierda en 1927 exigía la introducción de un artículo en el Código Penal, que “castigara como un crimen grave contra el Estado, toda persecución directa o indirecta de un obrero

a causa de críticas que hubiera formulado”. Más tarde se encontró en el Código Penal un artículo que podía aplicarse a la oposición.

De la democracia del partido no quedan más que recuerdos en la memoria de la vieja generación. Con ella se ha evaporado la democracia de los soviets, de los sindicatos, de las cooperativas, de las organizaciones deportivas y culturales. La jerarquía de los secretarios domina sobre todo y sobre todos. El régimen había adquirido un carácter totalitario antes de que Alemania inventara la palabra. “Con ayuda de los métodos desmoralizadores que transforman a los comunistas pensantes en autómatas, que matan la voluntad, el carácter, la dignidad humana, (escribía Rakovski en 1928) la pandilla gobernante ha sabido transformarse en una oligarquía inamovible e inviolable que ha substituido a la clase y al partido.” Después de que estas líneas indignadas fueron escritas, la degeneración ha hecho inmensos progresos. La GPU ha llegado a ser el factor decisivo de la vida interior del partido. Si en marzo de 1936, Molotov podía felicitarse ante un periodista francés de que el partido gobernante ya no tuviera luchas fraccionales, se debía únicamente a que ahora las divergencias de opiniones son reglamentadas por la intervención mecánica de la policía política. El viejo partido bolchevique ha muerto y ninguna fuerza será capaz de resucitarlo.

Paralelamente a la degeneración política del partido se acentuaba la corrupción de una burocracia que escapa a todo control. Aplicada al alto funcionario privilegiado, la palabra “sovbur” (burgués soviético) entró en el vocabulario obrero. Con la NEP, las tendencias burguesas disfrutaron un terreno más favorable. En marzo de 1922 Lenin puso en guardia al XI

Congreso del partido, contra la corrupción de los medios dirigentes. “Más de una vez ha sucedido en la historia —decía— que el vencedor haya adoptado la civilización del vencido, si ésta era superior. La cultura de la burguesía y de la burocracia rusas era miserable, sin duda. Pero, ¡ay!, las nuevas capas dirigentes les son aún inferiores. 4,700 comunistas responsables dirigen en Moscú la máquina gubernamental. ¿Quién dirige y quién es dirigido? Dudo mucho que pueda decirse que son los comunistas quienes dirigen...” Lenin no volvió a tomar la palabra en el congreso del partido. Pero todo su pensamiento, durante los últimos meses de su vida, se dirigió a la necesidad de prevenir y de armar a los obreros contra la opresión, la arbitrariedad y la corrupción burocráticas. Sin embargo, no había podido observar más que los primeros síntomas del mal.

Christian Rakovski, ex-presidente del consejo de comisarios del pueblo de Ucrania, más tarde embajador de los Soviets en Londres y en París, hallándose deportado, envió a sus amigos en 1928, un corto estudio sobre la burocracia del que ya hemos tomado algunas líneas, pues sigue siendo lo mejor que sobre el asunto se ha escrito. “En el espíritu de Lenin y en todos nuestros espíritus, (escribe Rakovski) el objeto de la dirección del partido era preservar al partido y a la clase obrera de la acción disolvente de los privilegios, de las ventajas y de los favores propios del poder, de preservarlos de toda aproximación a los restos de la antigua nobleza y la antigua pequeña burguesía, de la influencia desmoralizadora de la NEP, de la seducción de las costumbres burguesas y de su ideología... Hay que decir en alta voz, franca y claramente que los comités del partido no han cumplido esta tarea, que han dado pruebas de una incapacidad completa en su doble papel de educación y de preservación, que han quebrado, que han faltado a su deber.”

Es cierto que Rakovski, deshecho por la represión burocrática, renegó más tarde de sus críticas. Pero cuando el septuagenario Galileo fue obligado en los potros de la Santa Inquisición a abjurar del sistema de Copérnico, esto no impidió que la tierra girase. No creemos en la abjuración del sexagenario Rakovski, pues más de una vez ha analizado implacablemente esta clase de abjuraciones. Pero su crítica política ha encontrado en los hechos objetivos una base mucho más segura que en la firmeza subjetiva de su autor.

La conquista del poder no modifica solamente la actitud del proletariado hacia las otras clases; cambia, también, su estructura interior. El ejercicio del poder se transforma en la especialidad de un grupo social determinado, que tiende a resolver su propio “problema social” con tanta más impaciencia cuanto más alta cree su misión. “En el Estado proletario, en donde la acumulación capitalista no se permite a los miembros del partido dirigente, la diferenciación es por lo pronto funcional; más tarde, será social. No digo que llegue a ser una diferenciación de clase, digo que es social...” Rakovski explica: “La posición social del comunista que tiene a su disposición un auto, una buena habitación, vacaciones regulares y que recibe el máximo fijado por el partido, difiere de la del comunista que trabajando en las minas de hulla gana de 50 a 60 rublos al mes”.

Enumerando las causas de la degeneración de los jacobinos en el poder, el enriquecimiento, los abastecimientos del Estado, etc., Rakovski cita una curiosa observación de Babeuf sobre el papel desempeñado en esta evolución por las mujeres de la nobleza, muy codiciadas por los jacobinos. “¿Qué hacéis —exclama Babeuf— cobardes plebeyos? ¿Os acarician hoy? ¡Mañana os degollarán!” El censo de las esposas de los

Padrecito Stalin, no vuelvas dirigentes de la URSS, daría un cuadro análogo. Sosnovski, periodista soviético conocido, indicaba el papel del “factor autoharem”, en la formación de la burocracia. Es cierto que, junto con Rakovski, Sosnovski se ha arrepentido y ha regresado de Siberia. Las costumbres de la burocracia no han mejorado con ello. Por el contrario, el arrepentimiento de un Sosnovski prueba el progreso de la desmoralización.

Los viejos artículos de Sosnovski, que pasaban manuscritos de mano en mano, contienen justamente inolvidables episodios de la vida de los nuevos dirigentes, mostrando hasta qué punto los vencedores han asimilado las costumbres de los vencidos. Para no remontarnos a los años pasados, (Sosnovski en 1934 trocó definitivamente su fusta por una lira), limitémonos a ejemplos recientes, tomados de la prensa soviética, escogiendo no solamente los “abusos”, sino los hechos ordinarios, oficialmente admitidos por la opinión pública.

El director de una fábrica moscovita, comunista conocido, se felicita en *Pravda* del desarrollo cultural de su empresa. Un mecánico le telefona:

—¿Ordena usted que detenga las máquinas o espero?

—Le respondo —dice. —Espera: un momento.

El mecánico le habla con deferencia, el director lo tutea. Y este diálogo indigno, imposible en un país capitalista civilizado, es relatado por el mismo director como un hecho corriente. La redacción no puso objeciones pues no observó nada; los lectores no protestan pues ya están habituados. Tampoco nos asombremos: en las audiencias solemnes del Kremlin, los “jefes” y los comisarios del pueblo tutean a sus subordinados, directores de fábricas, presidentes de koljós, contra maestros y obreros invitados para ser condecorados. ¿Cómo no recordar

que una de las consignas revolucionarias más populares bajo el antiguo régimen, exigía el fin del tuteo de los subordinados por los jefes?

Asombrosos por su despreocupación señorial los diálogos de los dirigentes del Kremlin con el “pueblo” comprueban sin error posible que, a pesar de la revolución de octubre, de la nacionalización de los medios de producción, de la colectivización y de la “liquidación de los kulaks como clase”, las relaciones entre los hombres y la cima de la pirámide soviética, lejos de elevarse hasta el socialismo, no alcanzan aún, en muchos aspectos, el nivel del capitalismo cultivado. Se ha dado un enorme paso atrás en este importante dominio, durante los últimos años; el Termidor soviético que ha concedido una independencia completa a una burocracia poco cultivada, sustraída a todo control, mientras ordena el silencio y la obediencia a las masas, es indiscutiblemente la causa de la resurrección de la vieja barbarie rusa.

No pensamos oponer a la abstracción dictadura, la abstracción democracia para pesar sus cualidades respectivas en la balanza de la razón pura. Todo es relativo en este mundo en donde lo único permanente es el cambio. La dictadura del partido bolchevique fue en la historia uno de los instrumentos más poderosos del progreso. Pero aquí, según el poeta, “la razón será una tontería y la bendición una plaga”. La prohibición de los partidos de oposición produjo la de las fracciones; la prohibición de las fracciones llevó a prohibir el pensar de otra manera que el jefe infalible. El monolitismo policiaco del partido tuvo por consecuencia la impunidad burocrática que, a su vez, se transformó en la causa de todas las variedades de desmoralización y de corrupción.

Hemos definido al Termidor soviético como la victoria de la burocracia sobre las masas. Hemos tratado de mostrar las condiciones históricas de esta victoria. La vanguardia revolucionaria del proletariado fue absorbida en parte por los servicios del Estado y poco a poco desmoralizada, en parte, fue destruida en la guerra civil; y en parte, fue eliminada y aplastada. Las masas fatigadas y desengañadas sólo sentían indiferencia por lo que pasaba en los medios dirigentes. Estas condiciones, por importantes que sean, no bastan de ninguna manera para explicarnos cómo la burocracia logró elevarse por encima de la sociedad y tomar en sus manos, por largo tiempo, los destinos de ésta; su propia voluntad hubiera sido en todo caso insuficiente para ello; la formación de una nueva capa dirigente debe tener causas sociales más profundas.

El cansancio de las masas y la desmoralización de los cuadros contribuyeron también en el Siglo XVIII a la victoria de los termidorianos sobre los jacobinos. Pero bajo estos fenómenos, en realidad temporales, se realizaba un proceso orgánico más profundo. Los jacobinos estaban apoyados por las capas inferiores de la pequeña burguesía, alzadas por la poderosa corriente, y como la revolución del siglo XVIII respondía al desarrollo de las fuerzas productivas no podía menos que llevar al fin y al cabo a la gran burguesía al poder. Termidor no fue más que una de las etapas de esta evolución inevitable. ¿Qué necesidad social expresa el Termidor soviético?

Ya hemos tratado en capítulo anterior de dar una explicación previa del triunfo del policía. Nos es forzoso continuar aquí el análisis de las condiciones del paso del capitalismo al socialismo y del papel que en él desempeña el Estado. Confrontemos una vez más la previsión teórica y la realidad.

“Aún es necesario imponerse a la burguesía, —escribía Lenin en 1917, hablando del período que debía seguir a la conquista del poder—, pero el órgano de la imposición ya es la mayoría de la población y no la minoría como siempre había sido hasta ahora... En este sentido, el Estado comienza a agonizar.” ¿Cómo se expresa esta agonía? Desde luego, en lugar de “instituciones especiales pertenecientes a la minoría privilegiada” (funcionarios privilegiados, mando del ejército permanente), la mayoría puede desempeñar las funciones de coerción. Lenin formula más lejos una tesis indiscutible bajo una forma axiomática. “A medida que las funciones del poder son las del pueblo entero, este poder es menos necesario.” La abolición de la propiedad privada de los medios de producción elimina la labor principal del estado formado por la historia: la defensa de los privilegios de la minoría contra la inmensa mayoría.

Según Lenin, la agonía del Estado comienza inmediatamente después de la expropiación de los expropiados, es decir antes de que el nuevo régimen haya podido abordar sus tareas económicas y culturales. Cada éxito en el cumplimiento de estas tareas significa una nueva etapa de la reabsorción del Estado en la sociedad socialista. El grado de esta reabsorción es el mejor índice de la profundidad y de la eficacia de la edificación socialista. Se puede formular un teorema sociológico de este género: La imposición ejercida por las masas en el Estado obrero, está en proporción directa con las fuerzas tendientes a la explotación o a la restauración capitalista, y en proporción inversa a la solidaridad social y a la devoción común hacia el nuevo régimen. La burocracia (en otras palabras, “los funcionarios privilegiados y el mando del ejército permanente”), responde a una variedad particular de la imposición que las

Padrecito Stalin, no vuelvas masas no pueden o no quieren aplicar y que se ejerce así, o de otra manera, sobre ellas.

Si los soviets democráticos hubiesen conservado hasta ese día su fuerza y su independencia, en tanto que permanecerían obligados a recurrir a la coerción en la misma medida que durante los primeros años, este hecho hubiese bastado para inquietarnos seriamente. ¿Cuál no será nuestra inquietud ante una situación en la que los soviets de las masas han abandonado definitivamente la escena cediendo sus funciones coercitivas a Stalin, Yagoda y compañía? ¡Y qué funciones coercitivas! Preguntémonos para comenzar, cuál es la causa social de esta vitalidad testaruda del Estado, y sobre todo, su condición policiaca. La importancia de este problema es evidente por sí mismo: según la respuesta que le demos, deberemos revisar radicalmente nuestras ideas tradicionales sobre la sociedad socialista en general, o rechazar, también radicalmente, las apreciaciones oficiales sobre la URSS.

Tomemos de un número reciente de un periódico de Moscú la característica estereotipada del régimen soviético actual, una de esas características que se repiten de día en día y que los escolares aprenden de memoria. “Las clases parásitas de los capitalistas, de los propietarios territoriales y de los campesinos ricos se han liquidado para siempre en la URSS; terminando para siempre, de este modo, con la explotación del hombre por el hombre. Toda la economía nacional es socialista y el creciente movimiento Stajanov prepara las condiciones del paso del socialismo al comunismo” (*Pravda*, 4 de abril de 1936). La prensa mundial de la IC no dice otra cosa, como de costumbre. Pero si se ha terminado “para siempre” con la explotación, si el país ha entrado realmente en la vía del socialis-

mo, es decir, en la fase inferior del comunismo que conduce a la fase superior, no le queda a la sociedad más que arrojar, por fin, la camisa de fuerza del Estado. En lugar de esto —apenas es creíble— el Estado soviético toma un aspecto burocrático y totalitario.

Se puede observar la misma contradicción fatal, evocando la suerte del partido. El problema se plantea, más o menos, así: ¿Por qué, en 1917-21, cuando las viejas clases dominantes aún resistían con las armas en la mano, cuando los imperialistas del mundo entero las sostenían efectivamente, cuando los kulaks armados sabotaban la defensa y el reavituallamiento del país, en el partido se podían discutir libremente, sin temor, todos los problemas más graves de la política? ¿Por qué, en la actualidad, después de la intervención, de la derrota de las clases explotadoras, los éxitos indiscutibles de la industrialización, la colectivización de la gran mayoría de los campesinos, no se puede admitir la menor crítica a los “dirigentes” inamovibles? ¿Por qué el bolchevique que de acuerdo con los estatutos del partido tratara de reclamar la convocación de un congreso, sería inmediatamente excluido? Todo ciudadano que emitiera públicamente dudas sobre la infalibilidad de Stalin sería tratado inmediatamente, casi como el participante de un complot terrorista. ¿De dónde viene esta monstruosa, esta intolerable potencia de la represión del aparato policiaco?

La teoría no es un cheque que se pueda cobrar en cualquier momento. Si comete errores, es conveniente revisarla o llenar sus lagunas. Descubramos las verdaderas fuerzas sociales que han hecho nacer la contradicción entre la realidad soviética y el marxismo tradicional. En todo caso, no es posible errar en medio de las tinieblas; repitiendo las frases rituales,

Padrecito Stalin, no vuelvas probablemente útiles para el prestigio de los jefes, pero que abofetean a la realidad vivida. Lo veremos en este momento, gracias a un ejemplo convincente.

El presidente del consejo de comisarios del pueblo declaraba en enero de 1936 al Ejecutivo que “la economía nacional se ha hecho socialista (aplausos). Desde este aspecto (?) hemos resuelto el problema de la liquidación de las clases (aplausos)”. El pasado aún nos deja, sin embargo, “elementos vitalmente hostiles”, desechos de las clases antiguamente dominantes. Se encuentran, además, entre los trabajadores de los koljós, entre los funcionarios del Estado, a veces entre los mismos obreros, “minúsculos especuladores”, “dilapidadores de los bienes del Estado y de los koljós”, “divulgadores de chismes antisoviéticos”, etc., etc. De ahí, la necesidad de consolidar más a la dictadura. Al contrario de lo que esperaba Engels, el estado obrero, en vez de “adormecerse”, debe estar cada vez más alerta.

El cuadro descrito por el jefe del Estado soviético sería de lo más tranquilizador si no encerrase una contradicción mortal. El socialismo se ha instalado definitivamente en el país; desde este punto de vista “las clases han sido anonadadas” (si lo han sido desde este punto de vista, también lo deben haber sido desde todos los otros). Indudablemente que la armonía social es perturbada, aquí y allá, por las escorias y los restos del pasado; sin embargo, no es posible pensar que gentes dispersas, privadas de poder y de propiedad puedan destruir a la sociedad sin clases con la ayuda de “minúsculos especuladores” (ni siquiera son especuladores a secas). Como vemos, parece que todo marcha de la mejor manera posible. Pero, en ese caso, lo repetimos una vez más, ¿qué objeto tiene la dictadura de bronce de la burocracia?

Los señadores reaccionarios desaparecen poco a poco, tenemos que creerlo. Los soviets archi- democráticos bastarían perfectamente para dar cuenta de los “minúsculos especuladores” y de los “chismosos”. “No somos utopistas, —replicaba Lenin en 1917 a los teóricos burgueses y reformistas del Estado burocrático—, no discutimos absolutamente la posibilidad y la inevitabilidad de los excesos cometidos por individuos, así como la necesidad de reprimir esos excesos... Pero no es necesario, para este fin, un aparato especial de represión; para ello bastará el pueblo armado, con la misma facilidad con que una multitud civilizada separa a dos hombres que se golpean o impide que se insulte a una mujer”. Estas palabras parecen haber sido destinadas a refutar las consideraciones de uno de los sucesores de Lenin. Se estudia a Lenin en las escuelas de la URSS, pero no, evidentemente, en el consejo de comisarios del pueblo. En caso contrario sería inexplicable que un Molotov empleara, sin reflexionar, los argumentos contra los que Lenin dirigía su arma acerada. ¡Flagrante contradicción entre el fundador y los epígonos! Mientras que Lenin consideraba posible la liquidación de las clases explotadoras sin necesidad de un aparato burocrático, Molotov, para justificar el estrangulamiento de toda iniciativa popular por medio de la máquina burocrática, después de la liquidación de las clases, no encuentra nada mejor que invocar los “restos de las clases liquidadas”.

Pero resulta tanto más difícil alimentarse con estos “restos”, cuanto que, según confesión de los representantes autorizados de la burocracia, los antiguos enemigos de clase son asimilados con éxito por la sociedad soviética. Postychev, uno de los secretarios del comité central, decía en abril de 1936 al congreso de las juventudes comunistas: “Numerosos sabo-

Padrecito Stalin, no vuelvas teadores se han arrepentido sinceramente... y se han incorporado a las filas del pueblo soviético"... En vista del éxito de la colectivización, "los hijos de los kulaks no deben responder por sus padres". Esto no es todo: "en la actualidad, el mismo kulak no cree indudablemente, poder recobrar su situación de explotador en la aldea". No sin razón, el gobierno ha comenzado a abolir las restricciones legales de origen social. Pero si las afirmaciones de Postychev, aprobadas sin reservas por Molotov, tienen algún sentido, sólo puede ser éste: la burocracia se ha transformado en un monstruoso anacronismo y la coerción estatal ya no tiene objeto en la tierra de los soviets. Sin embargo, ni Molotov ni Postychev admiten esta conclusión rigurosamente lógica. Prefieren conservar el poder, aún a costa de contradecirse...

En realidad, no pueden renunciar. En términos objetivos: la sociedad soviética actual no puede pasarse sin el estado y aún (en cierta medida) sin la burocracia. No son los miserables restos del pasado, sino las poderosas tendencias del presente las que crean esta situación. La justificación del Estado soviético, considerada como mecanismo coercitivo, es que el período transitorio actual aún está lleno de contradicciones sociales que en el dominio del consumo (el más familiar y el más sensible para todo el mundo) revisten un carácter extremadamente grave, que amenaza continuamente surgir en el dominio de la producción. Por tanto, la victoria del socialismo no puede llamarse definitiva ni asegurada.

La autoridad burocrática tiene como base la pobreza de artículos de consumo y la lucha de todos contra todos que de allí resulta. Cuando hay bastantes mercancías en el almacén, los consumidores pueden llegar en cualquier momen-

to; cuando hay pocas mercancías, tienen que hacer cola en la puerta. Tan pronto como la cola es demasiado larga se impone la presencia de un agente de policía que mantenga el orden. Tal es el punto de partida de la burocracia soviética. “Sabe” a quién hay que dar y quién debe esperar.

A primera vista, la mejoría de la situación material y cultural debería reducir la necesidad de los privilegios, estrechar el dominio del “derecho burgués” y, por lo mismo, quitar terreno a la burocracia, guardiana de esos derechos. Sin embargo, ha sucedido lo contrario: el crecimiento de las fuerzas productivas ha ido acompañado, hasta ahora, de un extremo desarrollo de todas las formas de la desigualdad y de los privilegios, así como de la burocracia. Esto tampoco ha sucedido sin razón.

En su primer período, el régimen soviético tuvo un carácter indiscutiblemente más igualitario y menos burocrático que ahora. Pero su igualdad fue la de la miseria común. Los recursos del país eran tan limitados que no permitían que de las masas surgieran individuos siquiera un poco privilegiados. El salario “igualitario”, al suprimir el estímulo individual fue un obstáculo para el desarrollo de las fuerzas productivas. La economía soviética tenía que librarse de su indigencia para que la acumulación de esas materias grasas que son los privilegios, fuera posible. El estado actual de la producción está aún muy lejos de proporcionar a todos lo necesario. Pero, el cambio, ya permite la concesión de ventajas importantes a la minoría y hacer de la desigualdad un aguijón para la mayoría. Ésta es la primera razón por la cual, el crecimiento de la producción, hasta ahora ha reforzado los rasgos burgueses y no los socialistas del Estado.

Esta razón no es la única. Al lado del factor económico que, en la fase actual, exige recurrir a los métodos capitalistas de remuneración del trabajo, obra el factor político encarnado por la misma burocracia. Por su propia naturaleza, ésta crea y defiende privilegios; surge primeramente como el órgano burgués de la clase obrera; al establecer y al mantener los privilegios de la minoría se asigna, naturalmente, la mejor parte; el que distribuye bienes, jamás se perjudica a sí mismo. De esta manera, de las necesidades de la sociedad nace un órgano que, al sobrepasar en mucho su función social necesaria, se transforma en un factor autónomo, así como en fuente de grandes peligros para el organismo social.

La significación del Termidor soviético comienza a precisarse ante nosotros. La pobreza y el estado inculto de las masas se materializan de nuevo bajo las formas amenazadoras del jefe provisto de un poderoso garrote. Primitivamente expulsada y condenada, la burocracia se transformó, de servidora de la sociedad, en su dueña. Al hacerlo, se alejó a tal grado de las masas, social y moralmente, que ya no puede omitir ningún control sobre sus actos y sobre sus rentas.

El miedo de la burocracia, místico a primera vista, por los “minúsculos especuladores”, por las gentes sin escrúpulos y por los “chismosos” encuentra allí su explicación natural. Como aún no está capacitada para satisfacer las necesidades elementales de la población, la economía soviética engendra a cada paso tendencias hacia la especulación y al fraude interesado. Por otra parte, los privilegios de la nueva aristocracia incitan a las masas a prestar oídos a los “rumores antisoviéticos”, es decir, a toda crítica, aunque sea formulada a media voz, de las autoridades arbitrarias e insaciables. No se trata de

Antología
fantasmas del pasado, de restos de lo que ya no existe, sino de nuevas y poderosas tendencias, sin cesar renacientes de la acumulación personal. El primer flujo de bienestar, modestísimo; precisamente a causa de su debilidad no debilitó, sino que fortificó a estas tendencias centrífugas.

Publicaciones de Para Leer en Libertad AC:

- 1. Para Leer en Libertad.** Antología literaria.
- 2. El cura Hidalgo,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 3. Jesús María Rangel y el magonismo armado,** de José C. Valadés.
- 4. Se llamaba Emiliano,** de Juan Hernández Luna.
- 5. Las Leyes de Reforma,** de Pedro Salmerón.
- 6. San Ecatepec de los obreros,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 7. La educación francesa se disputa en las calles,** de Santiago Flores.
- 8. Librado Rivera,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 9. Zapatismo con vista al mar: El socialismo maya de Yucatán,** de Armando Bartra.
- 10. La lucha contra los gringos:1847,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 11. Ciudad quebrada,** de Humberto Musacchio.
- 12. Testimonios del 68.** Antología literaria.
- 13. De los cuates pa' la raza.** Antología literaria.
- 14. Pancho Villa en Torreón,** de Paco Ignacio Taibo II y John Reed.
- 15. Villa y Zapata,** de Paco Ignacio Taibo II, John Reed y Francisco Pineda.

- 16. Sembrar las armas: la vida de Rubén Jaramillo**, de Fritz Glockner.
- 17. La oveja negra**, de Armando Bartra.
- 18. El principio**, de Francisco Pérez Arce.
- 19. Hijos del águila**, de Gerardo de la Torre.
- 20. Morelos. El machete de la Nación**, de Vicente Riva Palacio, Eduardo E. Zárate, Ezequiel A. Chávez y Guillermo Prieto.
- 21. No hay virtud en el servilismo**, de Juan Hernández Luna.
- 22. Con el mar por medio. Antología de poesía del exilio español**, de Paco Ignacio Taibo I.
- 23. Con el puño en alto**, de Mario Gill, José Revueltas, Mario Núñez y Paco Ignacio Taibo II.
- 23. El viento me pertenece un poco (poemario)**, de Enrique González Rojo.
- 24. Cero en conducta. Crónicas de la resistencia magisterial**, de Luis Hernández Navarro.
- 25. Las dos muertes de Juan Escudero**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 26. Y si todo cambiara... Antología de ciencia ficción y fantasía**. Varios autores.
- 27. Con el puño en alto 2. Crónicas de movimientos sindicales en México**. Antología literaria.
- 28. De los cuates pa' la raza 2**. Antología literaria.
- 29. El exilio rojo**. Antología literaria.

30. **Siembra de concreto, cosecha de ira**, de Luis Hernández Navarro.
31. **El Retorno**, de Roberto Rico Ramírez.
32. **Irapuato mi amor**, de Paco Ignacio Taibo II.
33. **López Obrador: los comienzos**, de Paco Ignacio Taibo II.
34. **Tiempo de ladrones: la historia de Chucho el Roto**, de Emilio Carballido.
35. **Carrillo Puerto, Escudero y Proal. Yucatán, Acapulco y Guerrero. Tres grandes luchas de los años 20**, de Mario Gill.
36. **¿Por qué votar por AMLO?**, de Guillermo Zamora.
37. **El desafuero: la gran ignominia**, de Héctor Díaz Polanco.
38. **Las muertes de Aurora**, de Gerardo de la Torre.
39. **Si Villa viviera con López anduviera**, de Paco Ignacio Taibo II.
40. **Emiliano y Pancho**, de Pedro Salmerón.
41. **La chispa**, de Pedro Moctezuma.
42. **Para Leer en Libertad en la Cuauhtémoc**. Antología literaria.
43. **El bardo y el bandolero**, de Jacinto Barrera Bassols.
44. **Historia de una huelga**, de Francisco Pérez Arce.
45. **Hablar en tiempos oscuros**, de Bertold Brecht.
46. **Fraude 2012**. Antología varios autores.
47. **Inquilinos del DF**, de Paco Ignacio Taibo II.

- 48. Folleto contra la Reforma Laboral**, de Jorge Fernández Souza.
- 49. México indómito**, de Fabrizio Mejía Madrid.
- 50. 68: Gesta, fiesta y protesta**, de Humberto Musacchio.
- 51. Un pulso que golpea las tinieblas. Una antología de poesía para resistentes.** Varios autores.
- 52. 1968. El mayo de la revolución**, de Armando Bartra.
- 53. 3 años leyendo en libertad.** Antología literaria.
- 54. El viejo y el horno**, de Eduardo Heras León.
- 55. El mundo en los ojos de un ciego**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 56. Más libros, más libres**, de Huidobro (no descargable).
- 57. No habrá recreo, (Contra-reforma constitucional y desobediencia magisterial)**, de Luis Hernández Navarro.
- 59. Sin novedad en el frente**, de Eric Maria Remarque.
- 60. Azcapotzalco 1821. La última batalla de una independencia fallida**, de Jorge Belarmino Fernández.
- 61. Los brazos de Morelos**, de Francisco González.
- 62. La revolución de los pintos**, de Jorge Belarmino Fernández.
- 63. Camilo Cienfuegos: el hombre de mil anécdotas**, de Guillermo Cabrera Álvarez.
- 64. En recuerdo de Nezahualcóyotl**, de Marco Antonio Campos.
- 65. Piedras rodantes**, de Jorge F. Hernández.

66. Socialismo libertario mexicano (Siglo XIX), de José C. Valadés.

67. El gran fracaso. Las cifras del desastre neoliberal mexicano, de Martí Batres.

68. Rebeliones, de Enrique Dussel y Fabrizio Mejía Madrid.

69. Para Leer en Libertad FIL Zócalo 2013. Antología literaria.

Descarga todas nuestras publicaciones en:

www.brigadaparaleerenlibertad.com

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en el mes de noviembre del año 2013.

El tiraje fue de 1,000 ejemplares para su distribución gratuita y es cortesía de la Rosa Luxemburg Stiftung y Para Leer en Libertad A.C.

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.